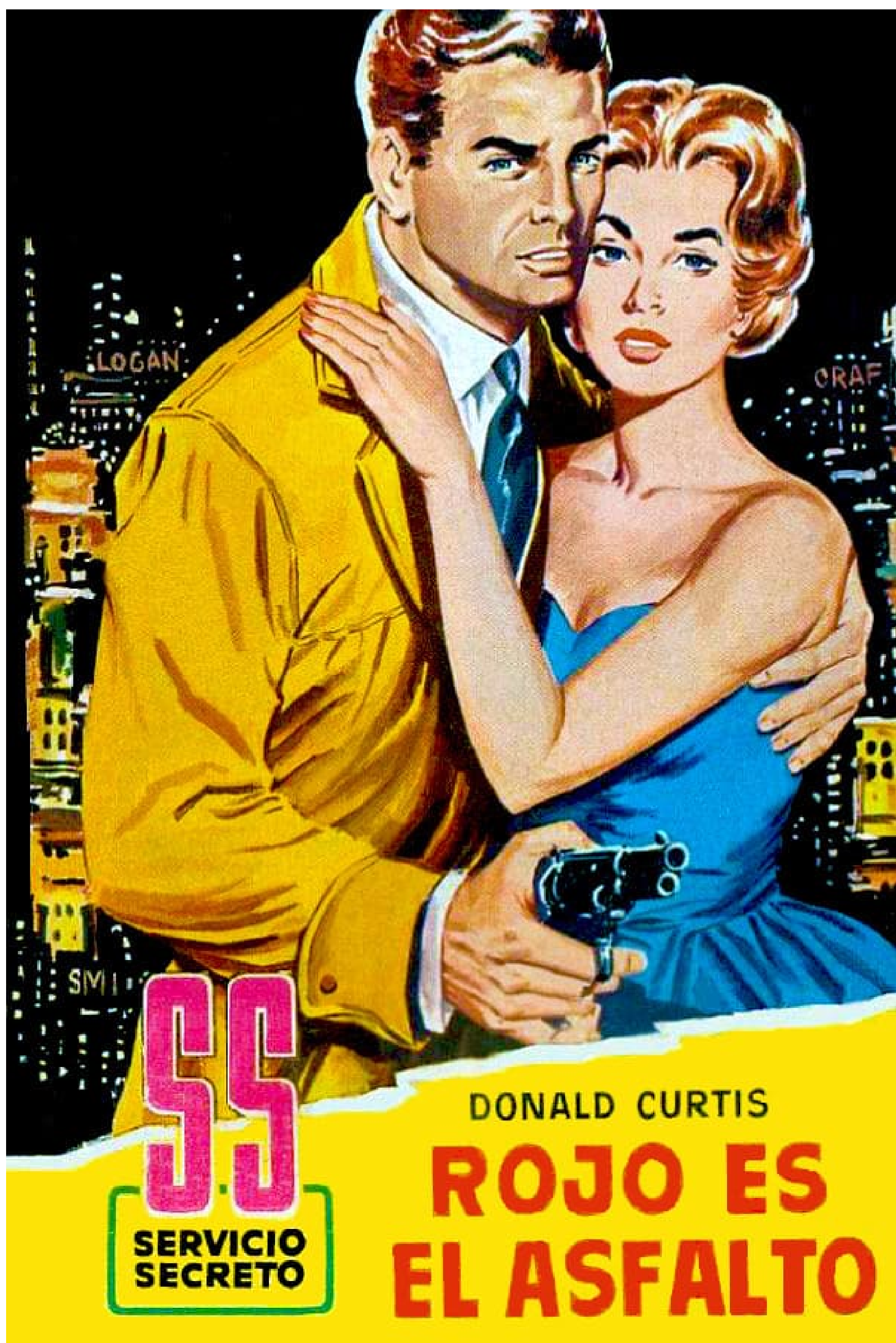

LOGAN
CRAF
SMI
S.S
SERVICIO
SECRETO
DONALD CURTIS
ROJO ES
EL ASFALTO

Dejó atrás el control de entrada a Junction City. Era igual que haber cruzado una frontera o una divisoria territorial. Lugar gracioso, pensó el mocetón rubio y fornido que era Max Drury, antiguo detective y actual «sin trabajo». Sus ojos, de un azul frío y duro, estudiaban las calles amplias, pulcras y bien trazadas de la población. Los edificios, los numerosos anuncios de cabarets y clubs nocturnos, salas de juego y teatrillos de espectáculos poco edificantes. Aquello era peor que Las Vegas.



Donald Curtis

Rojo es el asfalto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 488

ePub r1.0

LDS 04.05.18

Título original: *Rojo es el asfalto*
Donald Curtis, 1959
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Donald Curtis

Rojo es el asfalto

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Su nombre?

—Max Drury.

—¿Profesión?

—Ex detective.

—Eso no es una profesión.

—Lo fue.

—Y ahora, ¿de qué vive?

—De mis ahorros.

—¿Ahorra un detective?

—Depende de sus escrúpulos y de su inteligencia.

—¿Usted ha sido inteligente?

—Lo soy todavía.

—¿Y… escrupuloso?

—Sigo sin serlo.

—Bueno, tal vez encuentre su sitio en Junction City. —El funcionario de la policía le devolvió su documentación. Pero la mirada de los ojos del hombre no era demasiado amistosa—. ¿Va a residir aquí?

—Puede ser.

—No me gustan sus respuestas. Son muy ásperas, Drury.

—¿A mí tienen que gustarme sus preguntas?

—Usted responda y cállese. Esto no es Chicago, Nueva York, ni Boston. Veo que ha ejercido su oficio en todos esos sitios. Pero Junction City es un sitio provinciano. Aquí miramos mucho al que llega.

—No me ha parecido tan provinciano al llegar.

La mirada del funcionario policial se aguzó. Y cobró dureza.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay muchos clubs nocturnos, muchos locales de diversión. Y los anuncios que ponen en las fachadas, no durarían mucho en Nueva York o Chicago, y ni siquiera llegarían a ser expuestos en Boston. El Código de Moral es más rígido que en Junction City.

—¿Es usted un moralista? —rió el policía.

—No. Pero no veo necesidad de exponer desnudos en las fachadas. Hay otros sitios para eso.

—No tiene que enseñarnos nuestra obligación. Métase eso en la cabeza, Drury. Si quiere vivir en paz con todos, deje a todos en paz. Somos provincianos, pero no mojigatos ni tontos. Los sermones nos revientan. La moralidad de algunos tipos nos da náuseas. ¿Ha entendido?

—Más o menos. —Max Drury torció el gesto—. Gracias, agente. ¿Puedo seguir adelante?

—Siga. Y no me llame agente. Soy el delegado local de la Sección de Forasteros.

—Es la primera vez que oigo hablar de esta sección.

—Junction City es un lugar bien organizado. Métase también eso en la cabeza.

—No sé si será lo bastante grande para que quepa todo, pero lo intentaré.

—Muy gracioso. Ande, vaya adonde le parezca. Los forasteros de Junction City acostumbran a hospedarse en los «Apartamientos Bahía». Es un buen sitio.

—¿Tiene muchos espías controlando aquello, delegado? —rió burlonamente Max Drury, subiendo a su coche de nuevo, y haciendo un saludo al policía.

Dejó atrás el control de entrada a Junction City. Era igual que haber cruzado una frontera o una divisoria territorial. Lugar gracioso, pensó el mocetón rubio y fornido que era Max Drury, antiguo detective y actual «sin trabajo». Sus ojos, de un azul frío y duro, estudiaban las calles amplias, pulcras y bien trazadas de la población. Los edificios, los numerosos anuncios de *cabarets* y clubs nocturnos, salas de juego y teatrillos de espectáculos poco edificantes. Aquello era peor que Las Vegas.

Su pequeño «Buick» cruzó por una avenida arbolada y flanqueada de jardines. Casi todo eran residencias. Un alto rascacielos de ladrillos rojos, rematado por enormes antenas,

ostentaba un monumental rótulo luminoso:

«JUNCTION CITY RADIO. —BROADCASTING CORP»

Más allá, otro rascacielos, de cemento y grandes vidrieras, estaba destinado a Ayuntamiento. Entre ambos, una buena hilera de «*night-clubs*» mostraban impúdicas damas tan vestidas como *lady* Godiva en su famosa cabalgada por Coventry.

Era una bonita ciudad Junction City. Moderna, pulcra, ordenada y rica, al parecer. Las gentes que cruzaban sus anchas aceras llenaban los autobuses urbanos o conducían sus automóviles, eran típicos americanos. De anchas americanas en serie ellos; de ropas baratas y sencillas ellas. Como en cualquier lugar del país.

Max Drury preguntó a un agente de tráfico por la situación de los «Apartamientos Bahía». El guardia le informó. Bastaba seguir la avenida de árboles, llamada de Las Américas, hacia su extremo sur, para torcer luego a la derecha y hallar la Hamilton Road, donde se alzaba el «Bahía Apartments».

Drury, dándole cordialmente las gracias, enfiló la avenida hacia el norte. Si algo no le gustaba en la vida, era hacer lo que los demás dijeran. Aunque fuera el delegado de la Sección de Forasteros o cómo diablos se llamara aquel control un poco policial de la vida cotidiana.

Aparcó un momento frente a un establecimiento de bebidas. Se llamaba «Lilly's» y resultó ser un local bastante bien decorado, aunque vacío de público. El largo mostrador de brillante madera barnizada, recibía la cruda luz de unas estrías luminosas en el techo. Las botellas de licor de las estanterías parecían brillar con claridad propia, debido a un ingenioso juego de espejos y luces.

—Hola —saludó al hombrecillo enjuto, de blanca chaqueta, que estaba alineando copas en una estantería—. ¿Sabe lo que es un *high-ball*?

—No. —El tipo le miró de reojo, sacando brillo a una copa con el aliento—. Estoy esperando a que usted me lo enseñe, compadre.

Y sin añadir más, comenzó a prepararlo. Drury rió entre dientes, sacando un cigarrillo, que colgó pronto de sus labios con una brasa

humeante en su extremo.

—En Junction City son muy irritables —opinó—. No quería ofenderle.

—Pues lo disimuló bastante bien. Es forastero, ¿eh?

—¿Se me conoce en algo?

—No, nada en particular. Solamente en una cosa.

—Me devora la curiosidad, amigo. Vengo de Chicago, pero sin el sello de los Mataderos. ¿En qué se conoce que no pertenezco a esta maravilla urbana? No he notado acento especial en la gente de aquí.

—Se advierte que no es de Junction City en que ha entrado a beber en este local —dijo plañideramente el barman, plantándole delante el *high-ball*.

Sin aclarar más, se alejó hasta el fondo del mostrador. Perplejo, Drury sorbió su licor. Estaba bastante bien hecho. Pero ya no pensaba en el *high-ball*.

—¿Y qué ocurre en este bar? ¿Están en cuarentena?

—Algo parecido, señor —respondió una voz desde otro punto de la sala—. Si quiere un consejo, beba deprisa y siga su camino. Hay mil trescientos locales de bebidas en Junction City. A lo mejor hay alguno más, pero no lo recuerdo. Abandone «Lilly's».

Sabía distinguir una voz de mujer de la de un hombre. Y volviéndose en la banqueta del mostrador, estudió a la que hablaba. Desde luego, nadie hubiera confundido con un hombre a la dama que aparecía en una puerta de vidrios escarchados. Ni aun siendo muda. Tenía una cintura de avispa, un busto de madona latina y unas caderas tan exuberantes como las curvas de un ánfora. Además, era rubia platino, pasaba de la treintena de años, y la picardía de su mirada y de su boca roja duplicaban su propia edad.

—Vaya… ¿Y quién es usted? —preguntó Drury, curioso.

—Lilly. La dueña del bar. ¿Se fía de mi consejo?

—Es la primera propietaria que quiere perder clientela.

—Mire, son las cinco de la tarde. Si no se da prisa, le cogerán a usted en el jaleo.

—¿Qué jaleo? —se interesó Max Drury, cada vez más

desconcertado.

La tal Lilly avanzó. Vestía de satén azul eléctrico. Se movía endiabladamente al caminar. Pero de su gesto había desaparecido la picardía. Estaba asustada por algo.

—No pregunte —dijo, bruscamente—. En Junction City es malo preguntar.

—Me costará trabajo. Ha sido mi oficio durante varios años, Lilly.

Aceptando la familiaridad, ella tuvo un gesto de exasperación.

—¿Va a irse o no?

—No —rió Max, volviéndose a su bebida—. Me gustará ver lo que ocurre.

De repente, un coche patinó frente al establecimiento. Sonaron frenos ásperamente manejados. Luego, Lilly hizo un ademán de ira.

—Ya los tiene ahí —dijo, señalando la puerta—. Es tarde para hablar más.

Drury volvió la cabeza con interés. Las puertas de la calle se habían abierto. Aparecieron dos hombres primero. Luego, otros dos. Finalmente, dos más. Parecía una procesión. Los dos últimos se quedaron plantados a ambos lados de la puerta. Los otros cuatro, en forma de un frente sólido, se movieron hacia Lilly. Drury observó que, aunque pálida, ella mantenía la serenidad. En cambio, el barman temblaba como un flan.

—Hola, Lilly —saludó uno de ellos, que lucía una horrible camisa verde, con corbata amarilla y roja—. Ya sabes a lo que venimos, ¿verdad?

—Sí, claro —asintió ella—. Os esperaba.

—El Sindicato está dispuesto a olvidar viejos errores, Lilly —observó el hombre en tecnicolor, humedeciéndose los delgados labios—. ¿Pagas?

—No, Slade.

El tal Slade volvió a mojarse los labios. Luego, bizqueó un poco al mirar a Drury.

—¿Usted quién es? —interrogó, secamente.

—¿Y usted? —respondió Drury, sin soltar su
high-ball.

—Me llamo Slade, ¿no lo ha oído? —Apretó los dientes, enfurecido—. He pedido su nombre.

—¿De veras? —Drury se rascó los cabellos—. ¿Es de la policía?

—Soy del Sindicato de Control Ciudadano. Será mejor que enseñe su documentación y se evitará jaleos.

—Hágalo, señor —le aconsejó Lilly, con un suspiro—. Son algo así como un cuerpo policial urbano, con plenas atribuciones.

Max frunció el ceño. Slade había alzado la solapa de su chaqueta a grandes cuadros, mostrando un pequeño emblema azul y negro con unas iniciales que no entendió. Sin responder, exhibió su carnet de conducir, su tarjeta de identidad y algunos papeles más.

Observó que, mientras Slade examinaba aquellos papeles, los otros tres hombres, impecablemente vestidos todos ellos, aunque con pésimo sentido de la elegancia masculina, se estaban poniendo unos recios guantes de piel. Asombrado, opinó:

—¿Tienen frío? Juraría que hoy hace calor.

—No se haga el gracioso —rezongó Slade, devolviéndole los papeles—. ¿Con que detective privado, eh?

—En vacaciones forzosas —gruñó Drury—. Me echaron.

—¿Por qué?

—Por buen chico. —Lanzó una risita, guardando los papeles—. ¿Todo conforme?

—Sí. Pero si quiere un consejo, vuelva a Chicago… Aquí no nos gustan los detectives privados.

—Ya. —Se volvió hacia el *barman*—. ¿Puede ponerme otro combinado?

—No le va a poner nada —dijo, cortante, Slade—. El local queda clausurado por el Sindicato. Y si quiere largarse, se ahorrará disgustos.

—Todo el mundo quiere que me vaya —saboreó su *high-ball*—. Pero, legalmente, no puede echarme nadie hasta que haya apurado mi consumición.

—Muy bien. —La sonrisa del tipo de la camisa verde y la corbata irisada fue burlona—. Quédese, si es su gusto. Adelante, muchachos. Cumplan órdenes.

Lilly gimió, retrocediendo. Empezaba a perder la serenidad. Drury se preguntó qué iba a ocurrir allí. Los dos tipos de la puerta tenían la mano derecha hundida en el bolsillo derecho de su americana. Podía ser casualidad, pero no creía que lo fuese.

De pronto, comenzó el baile.

Los tres hombres, calzados los guantes de recia piel, igual que si fueran a conducir motos o manejar el lazo con las reses, avanzaron hacia el mostrador. Entraron en él por su extremo. El barman salió, asustado. Y de repente, un estruendo ensordecedor lo llenó todo, al empezar las manos enguantadas a sacudir mamporros a las hileras de botellas.

Quebrándose en mil pedazos, en medio de una lluvia de cristales agudos y de licores diversos, las botellas se hacían añicos, y el espejo se llenaba de grietas profundas.

Atónito, Drury volvió la mirada hacia Lilly. La rubia matrona miraba el desastre con intensa palidez, mordiéndose los labios, pero sin hacer acción alguna defensiva. Si ella, que era la dueña, no movía un dedo, Drury pensó que tampoco él era nadie para hacerlo. Sobre todo, con aquellos dos ceñudos angelitos de la puerta mirándole aviesamente.

A las botellas, cuando las estanterías quedaron vacías, siguió la plataforma repleta de vasos, copas y demás elementos de hostelería. Saltaron en mil trozos, a los embates de las rudas manos que, como un rodillo inapelable, iban sembrando el caos por todas partes.

Parecía que habían terminado del todo, pero no era así. Cuadros, lámparas y apliques murales del local, siguieron la misma suerte, en un vandálico machaqueo que producía escalofríos.

Slade se entretenía en partir las patas de las mesas y las sillas, con eficiencia admirable, fruto de larga práctica.

La destrucción duró escasamente dos minutos. Era tal la pericia de los vándalos, que a su término, todo cuanto rodeaba a Max Drury estaba hecho añicos, y el local entero, convertido en un caos lamentable y penoso. Se asombró de que no hubiera lágrimas en los ojos secos y duros de Lilly.

—Misión cumplida, Lilly —dijo Slade, fríamente—. Supongo que ahora sabrás lo que haces.

—Sí, sé lo que tengo que hacer —dijo ella, fríamente.

—El Sindicato ayuda siempre a sus contribuyentes. Pide cuanto necesites y te será entregado. Pero no te olvides de pagar… y de aceptar las normas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Eso va bien. —Slade se encaminó hacia la puerta,

sacudiéndose el polvo de su traje. Sus compinches se despojaban de los guantes. Al pasar junto a Drury, que seguía bebiendo impertérrito, le miró con cierta sorpresa—. ¿Todavía está aquí?

—Sí. Ya lo ve, Slade.

—¿No se pregunta si estamos locos en Junction City? —rió el tipo, jovialmente.

—Me pregunto muchas cosas, pero no ésa. No tienen aspecto de escapados de un manicomio. Por lo tanto, todo tendrá su explicación.

—Vaya… ¿Le encuentra siempre explicación a todo, detective?

—A todo.

—Pues explíquese lejos de Junction City. ¡Lárguese enseguida, amigo!

—De acuerdo. —Drury echó una moneda sobre el mostrador cubierto de vidrios. Luego miró el vaso vacío y enarcó las cejas—. Pero antes déjeme que haga algo Se les ha olvidado a ustedes.

—¿El qué?

—Esto. —Y estrelló el vacío vaso de combinado a los pies de Slade, que dio un respingo. Una pálida sonrisa asomó a los labios de Drury, cuando miró a Lilly—. Era lo único que faltaba, ¿no le parece?

Y se encaminó a la salida, andando perezosamente. Aplastó su cigarrillo en el umbral de salida, estudiando a los dos hombres de vigilancia, que le dejaron pasar sin objeciones, y poco después se alejaba con su coche del local recién destrozado.

CAPÍTULO II

La residencia Walworth era un sitio de postín. Sus precios eran exorbitantes, pero si Max Drury podía permitirse algún lujo, era el de gastar dinero. Al menos, por el momento.

Pasó frente a los grandes carteles que anunciaban la Convención Política del Estado de Michigan, para fecha muy próxima, precisamente en aquel mismo hotel. Llevaba en su mano la llave del apartamento
D-738.

Se acomodó en él, haciéndose subir su única maleta. La abrió, extrayendo una muda nueva y su traje oscuro. Estaba bastante arrugado, pero ya se alisaría sobre su cuerpo. Se cambió, afeitóse y bebió un trago de la petaca de *whisky* que reposaba en el fondo de la maleta, junto a la automática «Colt», calibre 38.

Dejó ambas cosas en el fondo del equipaje, cerró la maleta y se tumbó en la cama, fumando dos cigarrillos, antes de quedarse adormilado.

Cuando unos suaves golpes en la puerta le despertaron, la luz del día había desaparecido, y por las persianas entreabiertas se filtraba la luz parpadeante de muchos luminosos multicolores.

—¿Quién es? —preguntó, incorporándose.

—Abra a la policía —dijo una voz.

Drury se dijo que había demasiada policía en Junction City, o toda ella giraba en torno suyo. Se dirigió a abrir. Cuando lo hizo, entraron dos hombres en la habitación. A uno le conocía ya. Era el funcionario del Departamento de Forasteros que le revisara los documentos en el control de la carretera urbana.

El otro, un perfecto desconocido, tenía el pelo color gris acero, como los ojos y el traje cruzado que vestía, nariz aguileña y labios

delgados, sombreados por un bigote tan gris como todo lo demás. Era alto y delgado. Parecía tener autoridad. Y la tenía.

—Teniente Mulligan, de la policía de Junction City.

—¿De cuál de ellas? —preguntó Drury, mirando su carnet con indiferencia—. ¿De Forasteros, del Sindicato de Control Ciudadano y de «Destrucción al Minuto», o de otro Cuerpo nuevo?

El policía le miró, ceñudo. Su acompañante aclaró:

—Le gusta hacer chistes, teniente. Es un sabueso de Chicago y Nueva York.

—Vaya… —Se sentó en el brazo de una butaca sin que nadie le hubiera invitado—. ¿Es el tipo que usted me dijo, Larson?

—Sí, teniente. El mismo. Max Drury, de profesión «sus ahorros».

—Muy gracioso. —Max torció la boca en una mueca—. Me anotaré el chiste, Larson. Es usted un tipo de verdadero ingenio.

—Cierre el pico —rezongó el teniente Mulligan, de mal humor —. ¿Qué hace en Junction City?

—Vivir. Como en cualquier otro sitio.

—No se vive en un sitio determinado si no es por una razón.

—He llegado hoy. Todavía no me he acostado más que para descabezar una siesta. ¿A eso le llama vivir en un sitio? Estoy de paso.

—¿Para dónde?

—Para cualquier parte. Nunca tuve idea de a dónde iba, cuando no tenía trabajo.

—¿Es un turista?

—Algo así.

—¿Tiene dinero para hacer el turista alegremente, sin trabajar?

—De momento, sí.

—¿Gana tanto un detective? ¿O lo ha obtenido por otros medios?

—No me acuerdo si asesiné a alguien para robarle —se tocó la cabeza—. Mala memoria.

—¡Le he dicho que no haga chistes! —Silabeó irritado el teniente.

—Perdone. ¿Ve como tengo mala memoria? Lo había olvidado.

—Escuche, Drury —saltó Larson—. ¿Por qué se ha venido aquí? Yo le cité el «Bahía».

—A mí no me gusta ir adonde me dicen los demás, por muy

políticos que sean, hermano —replicó duramente Drury, clavando en él sus azules ojos—. Si aquello está lleno de espías a su servicio, me importa un comino. Yo me alojo donde me da la gana.

—Está bien, dejen eso —cortó Mulligan—. El señor Drury tiene razón. Pero es chocante que elija el hotel de la Convención política. ¿No es con alguna intención?

—¿Con cuál?

—No sé. Es lo que yo le pregunto. Puede trabajar para Rosso.

—¿Y quién es Rosso?

—Herman Rosso, candidato a gobernador de Junction City, Estado de Michigan. ¿Eso no le dice nada?

—La política me importa un cuerno. Sobre todo la de Junction City. No sé nada de ustedes, ni me interesa. Un sitio donde destrozan los bares y luego les ofrecen créditos para reconstruirlos, en nombre de Sindicatos legales, me da escalofríos.

—¿De qué está hablando? —dijo Mulligan, con peligrosa suavidad, achicando sus ojos.

—De «Lilly's» —intervino Larson, vivamente—. Creo que los muchachos de Slade lo han visitado hoy.

—Ah, ya… —Mulligan estudió a Drury con fijeza—. ¿Estaba allí cuando ocurrió?

—Sí, estaba. Contribuí a la noble tarea de las autoridades locales, rompiendo mi propio vaso de licor. Hubiera sido imperdonable dar más trabajo a Slade y sus angelitos…

El bofetón fue tan imprevisto que dejó a Drury vacilando. La mano seca y vigorosa de Mulligan había subido de repente, y se estrelló contra la mejilla del ex detective, con un chasquido agrio y doloroso. Enrojeció violentamente la piel, donde los dedos del policía dejaron marcada su huella.

—¡Cuidado con las bromas! —avisó Mulligan, duramente, apretando las mandíbulas—. Es la última vez que le aviso, Drury.

Max se tocó la parte dañada con la yema de los dedos. Sus ojos celestes eran dos trozos de hielo, entre sus entornados párpados. Ni un músculo de su cara se contrajo. No despegó los labios. Larson estaba con la mano próxima al bolsillo de su americana, estudiándole muy de cerca.

—Eso le enseñará —dijo burlonamente el funcionario—. En Junction no jugamos.

—Escuche, Max Drury —habló Mulligan, con voz cortante como un cuchillo—. En Junction tenemos ciertas leyes peculiares, que nuestra política local defiende contra toda injerencia ajena, incluso federal. Tenemos que conceder permiso de residencia, y no acostumbramos a hacerlo, si el residente que lo solicita no tiene trabajo fijo en la ciudad, dos personas solventes y honorables, con residencia, que le avalen, o un negocio en marcha que justifique su presencia en Junction. También existe otra ley, que fija nuestro derecho a expulsar en el término de veinticuatro horas al que sea considerado indeseable, tenga medios económicos o no. ¿Entendido?

—Entendido. Unas leyes muy especiales.

—Especiales o no, definen claramente la posición de las autoridades locales en su caso —avisó Mulligan, incorporándose—. Le considero persona indeseable. Tiene veinticuatro horas para salir de la ciudad.

—Salvo si me avalan dos personas solventes de Junction, o tengo un negocio.

—Eso es. —Mulligan le desafió con la mirada gris y helada—. Pero no se dará ese caso, descuide.

—¿Sabe una cosa, teniente? Me expulsaron del Cuerpo de detectives privados.

—Ya lo sé. No me interesa lo que le hicieran. Si quiere ablandarme…

—Espere, teniente. ¿Quiere que le diga por qué me echaron?

—Me es indiferente. Pero puede decírmelo.

—Un policía sobornado por unos estafadores, iba a liquidarme. Yo le liquidé a él. A eso se unió el hecho de que anteriormente, cuando fui policía de la Metropolitana de Nueva York, fui expulsado también, por excesiva dureza con los detenidos y los fuera de la ley. He sido siempre demasiado crudo. Salvaje y brutal, según algunos.

—¿Y qué pretende decirme con eso?

—Que no cedo fácilmente. Ante nada ni ante nadie. Buenas noches, teniente. Ha sido un placer conocerle. Lo mismo que verle a usted otra vez, Larson.

Se inclinó, sin añadir más. Mulligan le miró con irritación

creciente. Parecía a punto de abofetearle de nuevo, pero en vez de eso dio media vuelta, seguido de su esbirro. Una vez junto a la puerta de salida, se volvió, avisándole de nuevo:

—Ya lo sabe. Veinticuatro horas justas. Si mañana está aquí, le encerraré por desobediencia a la ley. Y no tendrá medio de quedarse, no se haga ilusiones.

Mulligan cerró de un portazo, y Max Drury se quedó solo. De su rostro desapareció la expresión burlona, para tornarse fríamente hosca, furibunda.

Avanzó hacia la cama. Extrajo la maleta, la abrió y tomó la automática calibre 38. Sepultándola en el bolsillo de su americana, volvió a guardar el equipaje. Poco después, descendió al restaurante de la planta baja de la residencia para cenar.

* * *

Junction City era un bonito lugar por la noche. Parecía volverse una ciudad ebria de luz, de ruidos, de música, de risas femeninas, de estruendo y de colores luminosos.

Iba recorriendo la población con su coche, a paso de tortuga. Lo nutrido del tráfico y la abundancia de transeúntes, en su mayoría mujeres de profundos escotes y ceñidas faldas, acompañadas por hombres de buen aspecto y manos enjoyadas, impedía acelerar la marcha.

Le recordó el bullicio nocturno de Las Vegas. Pero todo lo que allí era juego, azar y diversiones, aquí era otra cosa más fea. El ambiente olía a podrido. Pero su oropel externo, su ropaje de luces y música, de modernidad y confort, disimulaba bastante bien la basura.

Paró el «Buick» frente a un local que parecía más importante que otros. Sus letras ocupaban toda la fachada. Se llamaba
«Ralston's
Place».
«Ralston's
Place», visto por dentro, resultó ser un club nocturno como cualquier otro de Nueva York o Chicago, de los que cobraban veinticinco dólares por consumición. Lujoso y confortable. En una semipenumbra que invitaba a todo lo que no fuera casto. La

orquesta, de negros en su mayoría, era buena. La chica que cantaba en la pista, espléndida. Y no como cantante.

Max Drury se acodó en el mostrador, abriéndose hueco entre varias rubias platinadas que le dirigieron miradas de náufragos hambrientos. Drury las ignoró, pese a lo difícil que a veces resulta ignorar ciertas cosas, sobre todo cuando se exhiben con tal generosidad.

—Un *high-ball* —pidió, encendiendo un cigarrillo.

Se lo sirvieron. Estaba tomándolo, cuando una de las rubias le pidió, con voz cálida:

—¿Tiene fuego, por favor?

Se volvió hacia ella. El truco era viejo. Pero siempre valía en tales casos. Asintió.

—Sí, preciosa. Soy como una llama perenne —rió entre dientes, encendiendo un fósforo.

La damita de pelo dorado, en suaves ondas, figura prieta y más bien menuda, de piernas enfundadas en nylon y visibles hasta donde uno quisiera mirar, se inclinó para prender su cigarrillo. La inclinación era estudiada. Max había visto muchos espectáculos similares cuando las mujeres como aquélla se inclinaban de ese modo. Pero éste era realmente excepcional.

Al recuperar su postura, el escote recuperó su relativa normalidad, y Drury pudo expulsar el aire almacenado en sus pulmones. Ella sonrió, con unos labios carnosos, que tenían demasiado *rouge* encima.

—Gracias, forastero —dijo lentamente, mirándole bajo las pestañas postizas con unos ojos pardos, grandes e inexpresivos.

—¿Llevo etiqueta, preciosa? —interrogó Max, ceñudo.

—¿De forastero? —Ella rió. Una risa falsa, como todo lo de aquellos sitios. Una risa que valdría sus dólares a la hora de pasar cuentas—. Oh, no. Es que yo soy muy lista.

—No me digas.

—¿Te burlas de mí? —Ella pareció irritarse—. Te lo voy a demostrar. Los hombres de Junction City prefieren ir a otros locales. Éste es demasiado caro para ellos. Ralston lo ha montado para los provincianos tontos. De cada diez tipos que entran, llamo a

nueve por el nombre de «forastero». Casi siempre acierto.

—Muy amable. Has acertado otra vez, preciosa. Soy provinciano. Y tonto.

—Oh, no te enfades. —Le puso una mano de largos y sensibles dedos manicurados, con las uñas esmaltadas en un absurdo color verde, sobre el antebrazo—. No iba por ti. Y no me llames «preciosa». Los buenos amigos me llaman Jane.

—Jane… Es un nombre bonito, preciosa —rió entre dientes—. Casi parece de verdad.

—Y lo es —se ofendió la rubia—. Jane Fisher. Tengo veintidós años.

—¿Veinticuatro? Eres muy joven.

—He dicho veintidós —se sobresaltó ella.

—Y yo digo veinticuatro. Son los que tienes, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre añado dos años a los que una chica dice tener, mientras no llegue a treinta. Cuando sobrepasa esta edad, hay que agregar tres y hasta cuatro. Y así, sucesivamente. No falla el cálculo. Como tú con los provincianos tontos.

Ahora sí reía de buena gana la muchacha. Max la interrogó:

—¿Qué vas a tomar, preciosa?

—No, nada —rehusó ella—. Es muy caro todo. Me eres simpático, ¿sabes? No quiero que gastes tontamente conmigo.

—Vamos, toma algo. No voy a arruinarme por mucho que me robe Ralston y compañía.

—Sí, Jane, ¿no tomas nada? —preguntó una voz glacial, junto a los dos.

Ella palideció, volviendo el rostro hacia el que había hablado. Estaba erguido ante ambos. Era muy alto, de pelo negro azulado, nariz afilada, ojos glaucos y fríos, y figura pulcra, elegante, vestida con un «*smoking*» color *beige*. Hablaba sin quitar los ojos de la joven.

—Sí, sí, señor Ralston —asintió ella, con voz vidriosa—. Un… un combinado.

—Eso está mejor. —Se volvió el caballero hacia Drury. Era su mirada como la de un reptil. Al sonreír, mostró sus dientes. Tan iguales y marfileños, que parecían postizos—. Disculpe a la muchacha, señor. Es poco práctica en alternar con los clientes.

—¿Y usted le da lecciones? —Drury arrugó los labios en una

mueca—. Le felicito, señor Ralston. No se puede negar que es persuasivo.

—Gracias. —La mirada glauca era helada como un iceberg—. Si algo precisa, señor, puede avisarme. Ralston siempre está para servir a sus clientes.

—Muy amable. —Drury se volvió hacia el barman, que ofrecía a Jane una copa de indefinible color rosado. Sujetó la copa. Y la volcó con toda calma en la pila de limpiar los vasos—. Ya está bebido, amigo. Cobre.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, rasposa la voz, el elegante Ralston.

—Porque no me gustan sus productos, señor Ralston. Ni tampoco que nadie se tome las cosas a la fuerza. —Tomó del brazo a la muchacha—. Escucha, preciosa. Tengo mi coche a la puerta. Vamos a otro cuchitril donde uno pueda invitar y una chica acepte por grado y no obligada. ¿También es cosa del Sindicato de Control Ciudadano?

—¿Cómo sabes…? —Ella se mordió los labios, y su asustada mirada rehuyó los ojos de Ralston—. Por favor, forastero, quédate aquí. Es el mejor sitio de la ciudad.

—Es una pocilga —aseguró en voz alta Drury—. He dicho que nos vamos, Jane.

—Señor, estoy seguro de que ha bebido más de la cuenta —silabeó Ralston, con expresión lobuna—. Salga de aquí… ¡y solo! O tendré que echarle a la fuerza.

—¿Va a intentarlo usted? —preguntó Max, secamente, mientras en torno suyo se iban agrupando curiosos.

—No desciendo a tanto, señor. Tengo quien cumple mis órdenes. —Dio un chasquido con sus dedos. Max miró en torno. Vio despegarse de la pared a dos hombres que parecían beber apaciblemente. Dejaron sus copas y se movieron hacia él—. ¿Lo comprueba?

—Sí. —Max Drury achicó los ojos—. Comprobado. Supongo que usted es un buen contribuyente del Sindicato de Control Ciudadano, Ralston. Y gozará de todos los privilegios.

—Sabe mucho para ser forastero. Estoy pensando en llamar a alguien.

—Si es al teniente Mulligan, a Slade o a Larson, pierde el tiempo

—rió Max—. Todos son buenos amigos.

—¡Váyase! —masculló sordamente Ralston, entre dientes.

—¿Sin ella? —señaló a la muchacha rubia, cuyo rostro estaba pálido y demudado.

—Sin ella. Tiene tres segundos para decidirse.

—De acuerdo. —Drury apretó los labios. Bruscamente, sepultó la mano en el bolsillo de su americana. Cuando habló, lo hizo agresivamente, en voz baja—: Estoy empuñando una automática del 38, Ralston. Me llamo Max Drury, y no me vuelvo nunca atrás en nada. Voy a irme de su sucia guarida. Pero con esa chica. No tengo ningún especial interés en hacerlo así, pero no me gusta hacer lo que me ordenan otros. Tampoco me gustaría que la chica sufriera ahora un palizón por faltar a las normas del Sindicato. Rechazar un convite en su casa debe ser mala cosa cuando tanto miedo demuestra ella. De modo que viene conmigo.

—¿Va a abrirse paso a tiros? —se mofó el dueño del local, escépticamente.

—Es, justamente, lo que voy a hacer —replicó, cortante, Drury.

—No se atreverá, estoy seguro.

—Mi querido y estúpido señor Ralston, no conoce usted a Max Drury, si dice eso. He hecho cosas mucho peores en mi vida. Ni usted, ni sus Sindicatos, ni el persuasivo teniente Mulligan me importan un comino. Junction City es un lugar podrido, lleno de basuras como usted y su local. Me dan náuseas. El mayor placer que podría depararme es que sus gorilas me dejaran ejercer mi puntería sobre ellos. Desde que maté al sargento Travis, de la policía de Chicago, en defensa propia, no he agujereado ningún abdomen.

Ralston adivinó que hablaba en serio. Un algo de inquietud asomó a sus ojos, y se humedeció los labios. Este gesto le recordó a Drury la repelente figura de Slade.

—Está bien —dijo, con voz ronca—. Parece un gallito de pelea, Drury. Pero va a madurar muy poco en Junction City. En cuanto a ti, Jane, haz lo que quieras. Pero si sales con él, no volverás a cruzar esa puerta. Y ya sabes lo que eso significa.

Los ojos de la rubia mostraron un miedo cerval. Meneó negativamente la cabeza mirando a Max.

—No, Drury —gimió—. Vete solo. No debo hacer eso. Mi sitio está aquí.

Max vaciló. Si ella también se oponía, no había nada a hacer. Aún insistió, ceñudo:

—¿Prefieres arrostrarlo todo, preciosa? ¿Incluso un castigo?

—No…, no habrá ningún castigo —dijo ella, dominando su terror—. Gracias, forastero. Vete y será mejor. Ya nos veremos…

Max no insistió más. Miró duramente a Ralston, que no sonreía. Pasó junto a él. Los dos guardaespaldas le cerraban el paso. Plantado ante ellos, con las largas piernas muy abiertas, Drury esperó. La voz de Ralston avisó:

—Dejadle paso, muchachos.

Se apartaron. Drury pasó entre ellos. No volvió la cabeza ni una sola vez, hasta llegar a la calle, bañada de luz.

Una vez en ella, vaciló todavía unos segundos. Finalmente, se metió en su coche y regresó al hotel. Había perdido ya todos los ánimos de divertirse.

CAPÍTULO III

—Le esperan, señor Drury —dijo el conserje, al tenderle la llave.

—¿Sí? ¿De qué clase de policías son esta vez? —Gruñó agresivamente Max—. ¿De la Brigada de Tráfico?

—No son policías, señor —sonrió el encargado del «comptoir»—. Se trata de un importante caballero de Junction City. Le acompaña otro señor y están aguardando en el salón de lectura. Al final de aquel corredor…

Max se encogió de hombros. No creía que nadie realmente importante de la ciudad quisiera verle, a no ser para recordarle que su plazo de estancia en la población se reducía considerablemente.

—¿Han dicho para lo que quieren verme?

—No, señor. Solamente que le esperarían, llegase cuando llegase.

Max se encaminó al salón de lectura. Cuando entró en él, no le fue difícil localizar a sus dos visitantes. Por la sencilla razón de que no había ningún otro a la vista.

—Caballeros, creo que desean verme. ¿Tengo el placer de conocerles, tal vez?

Los dos hombres alzaron la cabeza. Uno leía una publicación financiera. El otro, estaba hojeando un ejemplar de la revista «Life». El primero era de pequeña estatura, fuerte y grueso. Su cabeza canosa era cuadrada, teutónica. Vestía un sencillo terno marrón, cruzado. Los ojos oscuros, menudos y penetrantes, se fijaron en Drury. Podía tener cincuenta años, acaso algunos más. Pero poco más.

El otro era joven, atlético y bien parecido. Una mujer hubiera dicho que era guapísimo. Sus facciones eran fuertes, acusadas, de tono broncíneo. Los ojos verdes, el cabello castaño claro, no tan

rubio como el de Max Drury. Mediría un metro noventa. Su traje *beige* era excelente y llamativo.

Ambos se pusieron en pie. El de más edad interrogó:

—¿Señor Drury?

—El mismo. Max Drury, para servirles. ¿Y ustedes?

—Mi nombre es Dale Coleman —dijo el de más edad, sobriamente—. Le presento a mi sobrino Raymond Rosso.

—Encantado. —Drury estrechó las manos de ambos hombres con simpatía. Al más joven, le miró de hito en hito—. ¿Rosso ha dicho? Alguien me ha nombrado ese apellido…

—Pero no a mí —sonrió el joven—. Es mi primo, Herman.

—Eso es. Herman Rosso. Candidato a gobernador de Junction City, ¿no es eso?

—Sí. Herman puede ser gobernador cuando se celebre la Convención, a la que seguirán elecciones generales en el Condado. Si hay un mínimo de decencia, lo será.

—¿Y… la hay? —rió a flor de labios Drury.

—Veo que ya conoce Junction City —intervino, sorprendido, Dale Coleman—. Y eso que lleva pocas horas.

—No es difícil conocerla. Basta rascar un poco en su bonita superficie. Todo apesta.

—Ésa es la palabra: apesta. Es un sitio hediondo, donde nadie está seguro.

—Pero no comprendo a lo que vienen. No tengo el placer de conocerles. Jamás les vi antes, ni habrán oído ustedes hablar de mí. ¿Quién les envía?

—Burger & Burger —sonrió Coleman.

—¿Eh?

—Me explicaré. Burger & Burger son los únicos detectives privados de Junction.

—Creí que no los aceptaban aquí.

—Y no los aceptan. Pero Burger & Burger son, además, abogados. También realizan pesquisas estrictamente privadas para sus clientes habituales. En esta ocasión me buscaban a alguien.

—¿A quién?

—A un detective, capaz de encontrar a otra persona.

—Busca usted a demasiada gente, señor Coleman.

—Es lógico que busque a mi hija —declaró gravemente

Coleman, con ojos sombríos—. Y es lógico también que, no pudiendo dar yo con ella, ni comprometerse Burger & Burger a buscarla, trate de localizar a quien sea capaz de hacer las pesquisas.

—Perdone —pidió Max, con voz sorda—. Comprendo sus rodeos. ¿Qué ocurre con su hija?

—Ha desaparecido.

—¿Dónde?

—En Junction City.

—¿Aquí? ¿De qué forma?

—Vivía sola en la ciudad. Bajo el cuidado de mí cuñado Herman y de Raymond, claro está. Pero Herman se ha ausentado en viaje de propaganda electoral. Y Raymond…

—No atinó a cuidar de ella —completó con una sonrisa vaga Max Drury.

—Compréndalo —intervino el joven de arrogante presencia—. Tengo negocios, asuntos urgentes. No podía estar siempre con ella…

—Y Rhonda desapareció —continuó la voz grave de Coleman— inesperadamente. Sin dejar rastro. Sé que se dedicaba últimamente a compañías poco recomendables, y andaba con excusas para no salir con Raymond. Alguien me ha dicho que es muy probable que la aficionaran a las drogas y a bebidas fuertes. Rhonda siempre fue algo frágil de voluntad.

—Ya. ¿Y usted dónde estaba?

—Yo no resido aquí, Drury. Tengo mis negocios en Detroit. Pero ella quería vivir en Junction.

—¿Por qué?

—Pretextos. Aquí hay una buena Escuela de Bellas Artes. A ella le gusta la escultura y el dibujo. En Detroit no podía estudiar bien, y optó por venir aquí durante la temporada de estudios. No creo, sin embargo, que estudiase demasiado.

—Se aficionó a algún vicio, por culpa de alguien… —añadió Raymond—. Pese a cuanto he intentado, no he descubierto nada. Escribí a Herman, pero no sé si llegó la carta. No he tenido respuesta. Tal vez la hayan destruido, y Herman no sepa lo que ocurre hasta su regreso. Y entonces puede ser tarde. Hemos de encontrar a Rhonda.

—Y si ella no aparece, saber quiénes eran sus amigos. Y los sitios

que frecuentaba a escondidas —agregó belicosamente Dale Coleman —. La gente, en Junction, cuando tocas algo de su sistema inmoral y de vicio, se vuelve callada como una tumba. Los dirigentes de ese vicio son las propias autoridades, corrompidas por gentes de dinero e influencia. Todo está igual. Y el terror tapa muchas bocas. Hay demasiada gente que ha sufrido accidentes inexplicables o ha desaparecido en las aguas del lago, sin saberse nada de ellos. Eso silencia muchas bocas que tal vez hablarían.

—Veo que las cosas son mucho peores de lo que parecían —comentó Max—. Y eso que parecían feas. Supongo que todos esos Controles Ciudadanos de Forasteros y demás organismos policíacos…

—Son una misma cosa: control absoluto de todo. Vigilancia de los que pueden perjudicarles, intentar la denuncia o rebelarse contra sus normas.

—He visto destruir hoy un local, un bar céntrico…

—Cuando el local no admite mujeres en sus reservados o se niega a pagar las cuotas al Sindicato correspondiente, cae sobre él la mano dura de los dirigentes. Luego, si quiere, recibe dinero del propio Sindicato. Pero ya no es sino un esclavo de ellos, y ha de pagar ese dinero con creces, y sin salirse de las disposiciones recibidas de arriba.

—¿Y ése arriba, qué es? —preguntó Drury—. O mejor dicho… *¿quién es?*

—Duncan Merril, gobernador actual de Junction City. Y el hombre más rico y más ambicioso a la vez de todo Michigan.

Drury asintió. Estaba examinando pensativamente a sus dos visitantes. De repente, pareció recordar que estaban hablando de la ciudad y olvidando cosas más concretas e importantes. Al menos para él.

—Usted, señor Coleman, ha dicho que quería encontrar a su hija, ¿no es cierto? —interrogó de pronto.

—Eso es.

—Bien. ¿Y por qué me ha elegido a mí? Llevo unas pocas horas en Junction City. No podía saber que me encontraría aquí. Y mucho menos que fui detective privado y todo eso.

—Burger & Burger tienen amigos e informadores en todas partes. Incluso en el Control de Forasteros del agente Larson.

Supieron que estaba aquí. Opinaron que usted es la clase de hombre que andaba yo buscando, y me avisaron. Después supe su historial, a grandes rasgos.

Drury torció el gesto.

—¿Y aún así sigue opinando que yo encontraré a su hija?

—Es cuando empecé a creerlo de veras.

—Si

Burger & Burger

han conseguido un historial aceptable de Max Drury, habrá podido leer que no soy precisamente muy suave. Si doy con su hija en un tugurio, rezumando drogas por todos sus poros, puedo llegar a romperle alguna costilla.

—Como hizo con la mujer del senador Bridges, en Nueva York, ¿no? —rió Coleman, agriamente—. No me importa que Rhonda corra ese riesgo. Ella se lo habrá buscado. Lo que yo necesito es un tipo duro. Con hombres o con mujeres, indistintamente.

—Empiezo a respetar a Burger &Burger —gruñó Max—. Lo de la señora Bridges lo había olvidado yo mismo.

—Ya le dije que tienen muy buenas amistades. Y un archivo notable de todo cuanto juzgan de interés.

—Me ha dicho que su hija se llama Rhonda. Que estudiaba en la Escuela de Bellas Artes de Junction. Y que de la noche a la mañana se esfumó. Pero creo que habrá más datos, algo por donde se pueda empezar con ciertas probabilidades de éxito.

—Poco más —dijo Coleman, sombrío—. De veras siento no facilitarle mucho las cosas, Drury, pero soy el primero que daría años de vida por saber algo importante.

—Y yo también, Drury —añadió el joven y arrogante Rosso—. Aprecio a Rhonda algo más que como prima.

—¿Amor?

Raymond Rosso titubeó ante lo directo de la pregunta. Acabó asintiendo.

—Sí. Quiero a Rhonda. Por eso me duele más cuanto sucede. Pude haberlo evitado yo, de no pelearme con ella.

—¿Se peleó con Rhonda? ¿Qué clase de riña?

—Bueno, íbamos juntos a muchos sitios —habló Rosso a regañadientes—. Hasta que supe que en la Escuela había hecho amistades poco agradables.

—¿Por ejemplo?

—Martin Castle es una de ellas. Es un tipo repulsivo. Rico y vicioso. Frecuenta lo peor. No creo que le guste la pintura ni la escultura. Pero sabe que en la Escuela se encuentran chicas bonitas y algo tontas.

—Como Rhonda.

—Supongo que sí. Ella también fue tonta. Castle es bien parecido y tiene mundología. Demasiada, tal vez. La embaucó y yo me di cuenta. Procedí con poco tacto. Le reproché sus amistades, se irritó conmigo y dejamos de salir.

—¿Y últimamente iba con ese tal Martin Castle?

—Sí.

—Comprendo. —Volvió los ojos al preocupado padre—. ¿Ha denunciado usted el hecho a la policía local?

—Sí. —Coleman hizo un gesto de impotente ira—. Rosso lo hizo. Pero no harán caso. Se muestran amables, prometen remover cielo y tierra…, pero nadie mueve un dedo después.

—¿Vivía sola su hija?

—No. Con otra muchacha, estudiante de Artes también. Una tal Alma Charles, de su misma edad.

—¿Han hablado con ella?

—Yo hablé con Alma —asintió Rosso—. Sabe tanto como nosotros. Sólo estaba enterada de que tenía una cita con alguien, precisamente el día mismo en que desapareció. Desde que abandonó su alojamiento de National Avenue, para acudir a esta cita, no ha vuelto a verla. Ni ella ni nadie.

—Ésta es Rhonda. —Dale Coleman extrajo una cartera de lustrosa piel. De ella, una fotografía de cartulina brillante. A juzgar por su aspecto, hacía poco tiempo que había sido hecha—. Puede guardar la fotografía para reconocerla, si llega a verse frente a ella… en el caso de que acepte, naturalmente.

Max Drury contuvo el aliento. *Aquello* que aparecía allí, con un suéter ceñido a todo lo que había por ceñir, y que era mucho y muy notable, desafiante la clara mirada, entreabiertos los carnosos labios de un color vivo y brillante, y peinado hacia atrás el cabello oscuro, debía de ser Rhonda Coleman. En carne y hueso. Mucho más en una cosa que en otra.

—No dejaré de identificarla —aseguró muy convencido.

Guardó la fotografía y logró exhalar el aire de sus pulmones y tomar nueva dosis.

Coleman pareció sorprendido. Cambió una viva mirada con Rosso. Luego volvió a clavar sus grises pupilas en Max.

—¿De modo que acepta? —preguntó.

—Creo haberle dicho que sí. En otro caso, le hubiera devuelto la fotografía.

—Pero aún no me ha dicho lo que quiere.

—Es cuestión suya —sonrió Drury—. No soy detective con licencia. No puedo exigir.

—A mí no me importa la licencia.

—Sospecho que a la policía de Junction, sí.

—Le pagaré más, si ha de arrostrar dificultades. Voy a extenderle un cheque por anticipado. Será sólo para empezar. Si encuentra a Rhonda, cobrará mucho más. Ese primer cheque puede ser por mil dólares. ¿Es suficiente?

—Es suficiente —asintió Max, sin cambiar su gesto—. Pero necesito algo más.

—¿Más dinero?

—No es cuestión de dinero. No podría sobornar a la policía con dólares suyos.

—¿Sobornar?

—Sí. Mulligan me ha declarado «persona indeseable». Tengo unas horas para abandonar Junction.

—¿Eso ha hecho ese maldito cerdo? —rugió Coleman, furioso, deteniéndose con el libro de cheques y la pluma.

—Tiene arreglo. Basta que firmen mi aval dos ciudadanos de Junction.

—Uno puedo ser yo —declaró rápidamente Rosso.

—¿Y el otro? —Coleman, ceñudo, reflexionaba con viveza—. Yo no soy residente en esta ciudad.

—Adam —aseguró Raymond—. Adam Maddern puede hacerlo.

—Cierto. —Coleman miró con entusiasmo a Raymond—. ¿Está aquí?

—Sí —explicó a Max—. Es el secretario y hombre de confianza de tío Herman. Adam Maddern es un hombre rico, enamorado de la política. Pero de la que es sana y significa limpieza. Iremos a verle. El firmará su aval y ya no podrá echarle Mulligan.

—También hay otro medio legal —intervino Coleman—. Adquirir un negocio para Drury.

—¿No sería gastar demasiado? —sonrió el ex detective privado de Chicago.

—No. Eso es fácil de resolver —gruñó Coleman—. Conozco a alguien que me cederá el negocio, aunque sólo sea momentáneamente, pero con apariencias totalmente legales.

—¿Qué clase de negocio? —se interesó Max.

—Un bar. ¿Conoce uno llamado «Lilly's»?

—¡Oh, no! —gimió Drury—. Entre todos los de Junction City…, precisamente ése.

* * *

—Buena suerte, muchacho —dijo la rubia y opulenta Lilly, recogiendo los billetes de cien dólares que le tendía Dale Coleman—. El negocio es legalmente suyo… por un mes.

—¿Cree que será suficiente tiempo? —preguntó el hombre de negocios de Detroit, dirigiéndose a Max.

—Un mes es tiempo sobrado para encontrar a su hija en el mismo Polo Norte —rezongó Drury, mirando pensativamente el local destrozado—. Por cierto, ¿he de pedir dinero al Sindicato del simpático amigo Slade, para arreglar todo esto?

—Si quiere vivir en paz, sí —dijo Rosso, sonriendo.

Los ojos de Max Drury reflejaban una luz burlona, combativa y fría, cuando se fijaron en el arrogante joven.

—Es que *no quiero vivir en paz,* amigo mío —declaró sencillamente.

Coleman y Rosso se miraron. Lilly silbó entre dientes, mientras sepultaba los crujientes papeles verdes en lo más profundo de su seno.

—Vaya tipo —comentó la mujer—. Ha visto lo que hicieron en mi local y aún quiere plantarles cara. Debe ser de puro hierro para decir eso.

—Estoy seguro de que lo es. —La mano de Coleman oprimió con suavidad, pero con firmeza también, el hombro del expulsado detective particular—. Max Drury, confío en usted. Si hubiera dicho

que iba a pagar cuota al Sindicato, me hubiese defraudado. Le depositaré en el Banco el dinero necesario para los arreglos y reparaciones necesarias. Pero escuche un consejo: tenga cuidado. Un exceso de temeridad puede llevarle al fondo del lago. Sin rastros ni posibilidad de que nadie vengue su muerte.

—No me preocupan las venganzas, señor Coleman —rió Drury —. Procuraré no ir al fondo del lago ni morir acribillado a tiros. Y cuando eso ocurriese, me tendría ya sin cuidado todo lo que pudiera suceder.

—Lo dicho. —Lilly le miró arrobada—. Es todo un tipo. Me gustaría estar aquí cuando vuelva Slade.

—Sí. Le aseguro que se iba a divertir, Lilly —dijo Max, con voz sorda y agresiva.

* * *

Los labios del teniente Mulligan se apretaron hasta formar una durísima línea recta. Los ojos eran dos trozos de hielo clavados en Max Drury.

—Propietario… y avalado por dos ciudadanos de prestigio —silabeó lentamente—. Todo legal, en regla… y muy sólido. No deja fisura alguna para ser cazado, ¿eh?

—Ninguna. —Drury mostró sus dientes en una sonrisa que era poco más que una mueca—. Ahora puedo residir en Junction, ¿verdad, teniente?

—Verdad. —Mulligan asintió—. Es usted muy listo, Drury.

—Gracias. No soy tonto, lo admito.

—Pero a veces es malo pasarse de listo. No es una ciudad saludable para usted, Junction City.

—¿Por qué no? Todas las ciudades son insolubles. Creo que el gris del cemento y del asfalto sientan mal al ser humano. Pero no es un mal privativo de Junction.

—Aquí a veces el asfalto no es gris, Drury —musitó Mulligan.

—¿Eh? —Max le estudió de hito en hito—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. Quisiera advertirle, simplemente, de que su pequeño triunfo de ahora sobre la ley local, no significa nada. Y en cambio, puede ser muy grave posteriormente para usted.

—¿Es una amenaza?

—Oh, no, no. ¿Me cree tan estúpido como para amenazar a nadie? Yo represento al Orden, Drury. Ya le dije que quería advertirle. Regentando ese local y permanecer en la ciudad contra el gusto de muchos, puede provocar violencias. La policía no podrá ayudarle siempre.

—Lo imagino —rió Max, suavemente—. Yo sé defenderme solo, Mulligan.

—Lo espero por su bien —le devolvió los documentos, con una fría mirada meditativa—. Ha encontrado amigos poderosos y aliados fuertes en pocas horas. Deseo que todo eso no precipite sus funerales.

—No llore por mí, teniente. Sospecho que aún tengo larga vida ante mí. Mucho más larga que la de otros.

Abandonó la oficina policial del Departamento Central de Junction City. Detrás suyo quedó Mulligan sombrío y contrariado. Que momentos después, descolgaba el teléfono, sin quitar los ojos de la puerta por donde se fuera el ex detective.

—Soy Preston Mulligan —habló, con voz sorda—. Pronto, necesito hablar con el gobernador Merril. Sí, es algo urgente. Muy urgente…

CAPÍTULO IV

El nuevo día era soleado, luminoso, pero ligeramente frío.

Max Drury, con la gabardina al brazo, asomó al interior de «Lilly's».

La brigada de obreros iba ganando tiempo rápidamente, en las reparaciones del establecimiento. Un camión descargaba cajones de botellas y mobiliario ante la puerta.

Satisfecho, regresó a su coche. La visita al teniente Mulligan había sido muy satisfactoria. Y no precisamente para el policía. Ahora tenía que hacer otra visita. Más importante para su punto de vista personal.

Con ayuda del plano urbano que le proporcionara Raymond Rosso, llegó fácilmente a National Avenue. Era una vía amplia y bien asfaltada, de edificios claros, encristalados y de muchos pisos en su mayoría. Abundaban los arriates, los setos y arbustos, ornamentando la bella avenida.

Detuvo el automóvil frente al número 672. Era un edificio de lujosos apartamientos. Un ascensor suave y rápido le condujo al piso diez. El apartamiento número 1042 era el fin de su paseo matinal.

Pulsó un zumbador eléctrico, tan suave como el sonido que producía el ascensor. Esperó. Adivinó el giro de una mirilla interior. Unos ojos penetrantes le escrutaron durante un breve espacio de tiempo. Luego, llegó una voz femenina, poco alentadora:

—No me interesa comprar nada. Puede llamar en otro sitio.

Había cerrado la mirilla. Max habló:

—No vengo a vender nada. Me llamo Max Drury. Ábrame.

—No le conozco. No conozco a ningún Max Drury. Váyase, por favor.

—Me envía Dale Coleman.

Un silencio. Luego, la voz, algo más suavizada:

—¿Cómo sé que eso es cierto?

—Tendrá que fiarse de mi palabra. No traigo un certificado del propio Coleman. Pero quizá le interese saber que si estoy en Junction City es porque me encargo de algo a cuenta de Coleman… y en cierto modo de Raymond Rosso. ¿Va entendiendo, señorita Charles?

Hubo sin duda una vacilación, porque de nuevo reinó el silencio tras la puerta. Por último, sonó una cadena al desprenderse. Se abrió una puerta. Max vio una bata roja. No debía haber mucho más debajo, aparte de un cuerpo de curvas mareantes. Y por encima, una carita menuda y risueña, de ojos pardos. La boquita roja se contraía nerviosamente.

—¿Qué busca? —preguntó.

—Ya se lo he dicho. Algo para Coleman y Rosso.

—¿El qué?

—¿No lo imagina aún? A su amiga Rhonda, por supuesto.

Se hizo a un lado, y Drury entró. Al pasar, rozó el raso de la bata, y un busto firme proyectado hacia adelante. Aspiró «Violetas de París». Un perfume costoso.

—Rhonda no está aquí. No sé dónde está —declaró ella, secamente—. Ya se lo he dicho al señor Coleman. Y a Rosso también. Nadie sabe a dónde ha ido.

—Eso también lo sé yo. Lo que quiero son otros informes. Por ejemplo: ¿con quiénes acostumbraba a verse? ¿Cuál era su vida íntima? ¿Cuáles sus gustos, sus debilidades?

—¿Y viene a preguntármelo a mí? ¿Es un policía?

—Soy un detective privado. Se lo pregunto a usted porque era su amiga y compañera.

—Compañeras, sí. Amigas… hace cierto tiempo que ya no lo éramos.

—¿De veras? —La estudió con calma—. ¿Por qué?

—Fue culpa de ella. —Se inclinó, respirando fuerte.

La bata se entreabrió un poco, y Max desvió los ojos para poder seguir interrogando con cierta calma.

—No me gustó nunca Martin Castle. Se lo dije, y a ella le molestó. Desde entonces, nos hablábamos solamente lo justo.

—Entiendo. —Max se quedó parado ante un desnudo femenino al óleo, colgado sobre un hogar funcional, que no podía ser encendido, pero que resultaba bastante decorativo. Era la chica de la fotografía—. ¿Quién pintó ese retrato de Rhonda Coleman?

—Ella misma. —Alma estudió el excelente cuadro—. Es un buen autorretrato. Lo hizo ante un espejo.

—¿Y pintó vestida como en ese lienzo? —rió entre dientes Max.

—Era verano —rió a su vez la joven y bonita Alma Charles, avanzando hacia una salita cercana—. Venga, por favor. Si quiere café, puedo servirle una taza.

—Se lo agradeceré. Por la mañana, no me gustan los licores.

—A mí tampoco. —Alma le miró con renovado interés—. Empieza a serme simpático.

—Usted me lo ha sido desde un principio —confesó Max, siguiéndola.

La salita de estar era confortable, alegre y no muy amplia. Por un ventanal alargado, el tibio sol de la mañana entraba cordialmente, bañando de luz dorada los claros muebles y las cortinas de cretonas floreadas.

Se excusó Alma, y se encaminó a una cocina cercana. Cuando volvió, Max fumaba un cigarrillo, con la vista clavada en la avenida Nacional, a través de las vidrieras. Traía dos tazas de café. Se sentaron en un canapé, el uno junto al otro. Los ojos de Alma buscaron los suyos.

—Y bien, señor Drury, ¿qué es lo que quiere saber? —interrogó.

—Todo lo posible acerca de Rhonda. Quiero dar con ella. Usted puede ser la persona que mejor la conocía. Quiero saber lo que sabe y es de interés.

—La conozco bien. No hable en pasado. Una siente entonces la impresión terrible de que Rhonda ha muerto. Y eso no me gusta. Ella no ha podido morir.

—¿Por qué no?

—No sé —se estremeció—. Es… demasiado joven… Y bella. No debe morir.

—Los elegidos de los dioses mueren jóvenes —suspiró Max—. Esperemos que a ella no la hayan elegido. Ahora hábleme de Rhonda, por favor.

—No hay mucho que contar. Es una chica como tantas otras.

Joven, muy bonita y con muchas ansias de vivir. Acaso con demasiadas ansias de vida. Entonces se vive demasiado. Y demasiado deprisa también. Eso es peligroso. Lleva riesgos difíciles de soslayar. Tiene un coche blanco y rojo, de carreras. Capaz de alcanzar hasta las doscientas millas por hora. Muchas veces ha alcanzado esa cifra. Goza con la velocidad. Y no sólo ante el volante.

—¿También ante el amor? —sonrió Max.

—Ante la vida en sí. Y la vida es también amor. Primero parecía locamente enamorada de su primo Raymond. Es un guapo mozo. Pero de repente surgió Martin Castle.

—¿También es guapo?

—En otro estilo. Más estilizado, más enfermizo… más viciado, diría yo. Pero tiene su encanto para las chicas algo desquiciadas como Rhonda. Yo opino que eso lo hace a veces el exceso de dinero, la falta de preocupaciones… Es bonito estudiar Arte, no teniendo que preocuparse del importe de las matrículas, estudios y material. Ni tampoco de la manutención y vicios.

—¿Y usted? ¿No estudia también en Bellas Artes?

—Sí, señor Drury. —La mirada de la muchacha se oscureció—. Pero a pulso. Trabajo más de seis horas al día para costearme estudios y gastos particulares.

—¿En qué trabaja?

—Soy cajera en un restaurante, de once a dos. Luego, por las tardes, redacto correspondencia y tomo notas taquigráficas en una agencia de transportes, de cuatro a siete. A las ocho, entro a estudiar hasta las diez, en la Escuela. Y al otro día, de nueve a diez y media por la mañana.

—Hoy son las diez —dijo Max, consultando su reloj—. ¿No estudia?

—No. Son estudios libres. A veces me siento demasiado cansada para acudir.

—Lo comprendo. Créame que la admiro. Es todo un sacrificio.

—Gracias. Sí, es un sacrificio. Sobre todo, teniendo en cuenta que en Junction City es fácil costearse los estudios con poco trabajo. Muchas condiscípulas mías tienen un «protector». Él les paga todo cuanto precisan.

—¿También está así la juventud en esta ciudad? —Se asqueó

Drury—. Todo huele a podrido.

—¿Que si huele? Apesta, señor Drury. —Ella torció el gesto—. Por ello avisé a Rhonda. Iba demasiadas veces a «Ralston's Place».

—¿A «Ralston's»? —se sorprendió el ex detective.

—Sí. Es un garito de bello aspecto y feo interior. No hay moralidad alguna, desde Ralston mismo, hasta sus clientes, en su mayoría chicas de vida fácil y granujas de toda laya. Martin Castle es uno de ellos… Morfinómano y fumador de marihuana. Me parece que está intentando viciar a Rhonda. Acaso lo ha logrado ya. O ella se rebeló y ha ido a parar al lago. —Se estremeció—. Todo es posible aquí.

—Ya veo. Todo lo malo, al menos. Me han dicho que el último día que fue vista tenía una cita. ¿Es cierto eso?

—Sí. Completamente cierto.

—¿Con Martin Castle?

Se encogió de hombros la joven.

—No sé. Yo creí que sí. Luego he recordado que no percibí su voz ni la oí a ella llamarle por su nombre de Martin. Solamente dijo que iba a ir. Yo le pregunté si volvería muy tarde. Recuerdo que eran las siete y media de la tarde, y me disponía a ir a la Escuela. Le advertí del poco tiempo de que disponía y me respondió: «No pienso ir hoy a la Escuela. Es más importante lo que tengo que hacer ahora». Y sin aclararme más, se arregló y se fue. No he vuelto a verla.

—¿Cuánto hace de eso?

—Exactamente ocho días.

Max silbó entre dientes.

—Es mucho tiempo.

—Demasiado para pensar nada bueno. Pero la policía no mueve un dedo. Opinan cínicamente que Rhonda Coleman se escapó con algún tipo, lejos de Junction.

—Es una teoría cómoda para ellos. Pero tal vez yo no esté de acuerdo.

—¿Y qué va a conseguir usted?

—Muchas cosas. —Apretó belicosamente los labios—. Max Drury siempre complica bastante las cosas cuando quiere. Y ahora estoy deseando complicárselas a la gentuza de Junction. ¿Podría ver las pertenencias de Rhonda?

—Claro. Venga conmigo, Drury. Confío en usted, no sé por qué. —Alma entornó los ojos—. Tal vez porque es diferente de los hombres de esta hedionda ciudad.

Fue con ella a una alcoba provista de dos camas gemelas, separadas por dos mesillas correspondientes a ambos lechos. Todo coquetón, acogedor y perfumado. Agradable e invitador. Rhonda Coleman le sonrió desde un portarretratos de plata, sobre la mesilla de la izquierda, junto a un lecho que aparecía intacto.

—Era su cama —dijo con un suspiro la joven Alma Charles—. Aquella otra es la mía… Si quiere ver sus cosas, esa cómoda de la izquierda es suya. Únicamente el último cajón está cerrado con llave. La policía advirtió que no tocáramos nada hasta transcurrido un mes de su desaparición. Hemos registrado los demás cajones, pero no el último. Habría que fracturar la cerradura.

—Que es, exactamente, lo que vamos a hacer ahora —rió Max, extrayendo de su bolsillo un curioso instrumento metálico, cortante y a la vez afilado, con un extremo ganchudo y otro puntiagudo y sutil. Era un objeto de múltiples aplicaciones ilegales.

Ahora sirvió para entrar en la cerradura. Tras un leve giro, ésta dio un chasquido y se abrió fácilmente. Drury tiró del cajón sin perder tiempo.

Había ropa blanca interior. Toda ella femenina. Sin ruborizarse, Max apartó con rapidez combinaciones, enaguas, y otras prendas íntimas de mujer. Debajo apareció una caja de madera, de las que se utilizan para llenar de bombones, con un bello dibujo de colores como cubierta, mostrando una pareja en plena danza de un vals. Tenía un diminuto candado cerrando la caja. La ganzúa de Max también logró abrir esta cerradura sin dificultades.

Aparecieron diversas fotografías dentro. Alma lanzó una exclamación. Y Max, tomando las fotos, apartó una tras otra las de Rhonda Coleman, fotografiada en bikini y sin bikini. Lo malo de estas últimas es que, además de no lucir bikini, tampoco lucía ninguna otra prenda.

—Las Bellas Artes abarcan muchas especialidades en Junction, a

lo que veo —rezongó Drury, sepultando las fotografías en su americana—. Si esto lo viera Dale Coleman, iba a tener un buen disgusto y… ¡Hola! ¿Qué significa esto?

Las fotografías que aparecían ahora ante él no eran ya de cuerpos femeninos más o menos vestidos. Eran de hombre. Pero de un hombre que hubiera parecido dormido, a no ser porque de sus fosas nasales fluían dos hililllos de algo oscuro y brillante. Yacía sobre algo, un colchón o unas ropas de cama. Sus facciones afiladas, sus párpados cerrados…

Max sabía de antemano lo que estaba viendo. Pero Alma Charles, que se había inclinado, mirando sobre su hombro el manojo de excelentes fotografías tomadas desde diversos ángulos, lanzó un gemido angustiado:

—*¡Dios mío!… ¡Son fotografías de un hombre muerto!*

Max asintió. Era verdad. Eran fotografías de un cadáver.

* * *

No iba muy satisfecho. El resultado de la visita era tal vez positivo. Pero desconcertante para él. Ni Alma conocía al muerto fotografiado allí, con la sangre fluyendo por su nariz, ni él tenía la menor idea de quién pudiera ser.

¿Qué hacían esas fotografías macabras en poder de Rhonda Coleman, y mezcladas con fotografías que se hubieran cotizado a alto precio en un mercado clandestino de arte inmoral? Eran dos estilos fotográficos tan dispares, tan lúgubremente distintos… Su significado escapaba de la percepción algo confusa de Max.

Detuvo su automóvil frente a los apartamientos Walworth. Tenía que llamar a Raymond Rosso antes de hacerlo a Coleman. Quería identificar a toda costa al hombre de las macabras fotografías. Y tratar de averiguar lo que sus fotos hacían entre las de Rhonda. Después de eso, quería saber muchas cosas más. Por ello tenía prisa. Mucha prisa. Saltó a tierra, y comenzó a cruzar la acera hacia la puerta del edificio residencial. En aquel momento, alguien llamó a sus espaldas:

—¡Drury! ¡Eh, Drury, por favor!

Se volvió. De la acera contraria a la amplia avenida llegaba la voz. Vio a una figura femenina, rubia y estilizada, con un traje

sastre gris azul, haciéndole señas con viveza. Le resultó conocida aquella estupenda criatura.

Quedó plantado en la ancha acera, esperando. La rubia comenzó a cruzar la calzada, también amplia y poco transitada a aquellas horas de la mañana. Taconearon sus zapatos de alto tacón sobre el asfalto. Max reconoció las piernas. Luego alzó los ojos hacia el rostro de la mujer.

Lo encontró más pálido y hundido. Acaso ahora no llevaba maquillaje. Pero de todos modos, parecía haber envejecido cinco años en unas pocas horas. Traía mucha prisa. Y miraba ansiosamente a ambos lados.

De un callejón adyacente surgió un pequeño camión de carrocería azul, con un gran rótulo sobre ella: «Lavandería di Bruno».

De momento, eso fue un simple detalle accesorio que la retina de Drury captó mecánicamente. Después, en un solo instante, se tomó en dramático motivo de horror.

Porque el camión, al virar, en vez de hacerlo lejos de la muchacha, y a marcha moderada, se precipitó sobre ella rugiendo furiosamente el motor. Drury apenas si tuvo tiempo de gritar una voz de alarma casi instintiva:

—¡Cuidado!

Ella se paró en medio de la calzada, como un náufrago lejos de la orilla. No podía alcanzar la acera, ni Drury alcanzarla a ella. Estaba sola. Sola frente al rugiente camión que se precipitó sobre ella implacablemente en menos de un segundo.

Su grito, el grito terrible de la muchacha, se confundió con el crujido de sandía madura de su cuerpo arrollado por los anchos neumáticos a más de cien millas por hora.

Todo fue tan rápido, tan terriblemente rápido, que cuando Drury echó a correr hacia el centro de la calle, ya había sucedido. El camión se alejaba. En mitad de la calle, un cuerpo de mujer estaba aplastado, destrozado contra el asfalto. Y la gente se arremolinaba en ambas aceras, comenzando a percibir la tragedia.

Max Drury apartó sus ojos dilatados del cuerpo de mujer roto sobre la calle. Miró con furia delirante la parte posterior del camión, que comenzaba a virar, sin reducir su marcha, hacia otra calleja inmediata.

Su mano extrajo la automática «Colt» del 38. Fue un movimiento de puro reflejo. Apuntó al camión. El pulso no fallaba, a pesar de la ira que le sacudía. Los ojos se clavaron en los neumáticos de atrás. La curva comenzaba a ser tomada cerradamente, con un agrio chirrido de gomas. Un agente de tráfico, sin demasiadas prisas, avanzaba hacia el lugar del suceso haciendo sonar su silbato. Pero sin hacer la menor acción de detener al camión azul de la lavandería.

Max Drury disparó. Una, dos, tres balas, salieron de su arma en sucesión continua, perforando el quieto aire de la calle en la mañana, con lenguas de fuego que empujaron las balas del calibre 38 hacia el camión.

Tras las detonaciones sonó el estampido del neumático herido. Luego el otro neumático estalló también, tocado por la mortífera puntería de Drury.

El camión alargó su chirrido, en plena curva, osciló y perdió su estabilidad al huir el aire de los neumáticos posteriores a tan enorme velocidad. Dio un brinco extraño, rebasó la acera, tambaleándose de costado, y ante el estupefacto terror de un grupo de transeúntes, se hincó espectacularmente, con un estruendo formidable, en un escaparate cuajado de aparatos electrodomésticos y brillantes anuncios de discos fonográficos.

El camión comenzó a arder, al tiempo que Max corría hacia la persona arrollada en mitad de la calle. No necesitaba examinarla de cerca para reconocerla. Pero quería comprobar si era tarde para intentar algo en su favor.

Lo era. El hermoso cuerpo de mujer estaba roto, quebrado por el peso del camión asesino. La cabeza había perdido su belleza de antes.

Jane Fisher, la chica alegre del «Raldston's Place», no volvería a tomar combinados en el bar. La habían destrozado en vida.

Su sangre empapaba el asfalto gris. Y mecánicamente, Drury recordó una frase del teniente Mulligan, que ahora cobraba un siniestro, horripilante significado:

«—*Aquí, a veces, el asfalto no es gris…*».

Ahora no lo era. Estaba teñido de rojo. El rojo de sangre

humana…

CAPÍTULO V

Su avance hacia el camión envuelto en llamas fue lento e impasible. Un grupo de agentes de tráfico rodeaba el lagar de la hecatombe.

—¿Qué ha hecho usted? —rugió uno de los guardias, volviéndose violentamente hacia él—. ¡Ha provocado una muerte! ¡El hombre que conducía ese camión está muerto, aplastado entre el volante y el asiento!

—Lo celebro —dijo duramente Drury, mirando con ojos helados al policía.

—¿Está loco? Tengo que arrestarle en el acto. Es una imprudencia, un crimen, lo que usted ha cometido a la vista de todos.

—¿Y lo que hizo él? ¿No es un crimen asesinar a una mujer y huir después?

—Fue un accidente desgraciado —replicó el policía de tráfico cínicamente—. La chica pasó a destiempo y…

—¡Miente! —rugió, descompuesto, Max Drury—. ¡Yo lo vi, agente! ¡Yo puedo declarar, ante el Primer Tribunal de la nación si hace falta, que ese camión abandonó una calle transversal, lanzándose *premeditadamente* sobre Jane Fisher, asesinándola, y escapando después!

—Me temo que no podrá apoyar su acusación en prueba alguna —masculló el otro, exhibiendo los dientes en una mueca—. Yo sostengo que fue un simple accidente…

—Muy bien. —Drury cargó contra él de forma despiadada—. Usted mismo ha caído en su trampa, en su afán de encubrir ese crimen.

—¿Qué está diciendo?

—Si fue un accidente, el deber civil y moral de todo conductor

es detenerse a asistir al herido o a arrostrar su responsabilidad. También creo que la ley de Junction, por cómoda y ruin que sea, no admite la velocidad de cien millas por hora que llevaría ese coche. Y en tercer lugar, cualquier ciudadano está autorizado para detener, por todos los medios a su alcance, si la autoridad no puede… o *no quiere* hacerlo, al vehículo infractor.

—Usted no ha detenido al camión. Ha disparado sobre él.

—Tengo licencia de armas para todo el Estado de Michigan, Junction City incluido —declaró duramente Drury—. Y disparé a las ruedas, como puede comprobar un experto si examina los neumáticos. El resultado de mi acción ya no alcanza a mi responsabilidad. De ir a velocidad legal dentro de la ciudad, el camión no se hubiera despistado así. Y el conductor, el asesino de esa muchacha, viviría aún… para ir a la silla eléctrica como merece.

—El conductor ha muerto —informó otro agente—. Era Clark Murphy, chofer de Burt Ralston. Esto va a costarle caro, si Ralston lo lleva adelante a los tribunales, amigo.

—Ralston no llevará nada adelante, para evitar que le cuelguen a él —rugió Drury—. Díganselo así a él… y a los demás que le apoyan. No sé por qué han matado a esa chica. Tal vez por rebelarse, tal vez por evitar que me dijera algo… o tal vez como ejemplo de lo que pueden hacer conmigo en cualquier momento. Pero no me asustan. Si esta ciudad está podrida, yo estoy acostumbrado a revolearme en las basuras. No es fácil atemorizar a Max Drury. Adiós, señores.

Dio media vuelta, alejándose hacia la Residencia Walworth. Todavía dirigió una mirada compasiva al cuerpo informe que cubrían unos periódicos piadosamente apilados para cubrir a la pobre Jane Fisher. La recordó la noche anterior, sentada a la barra del local.

Ralston, desafiando al dueño del local al faltar a su obligación. Ahora, un chofer de Ralston, conduciendo el camión de una lavandería tal vez imaginaria, había terminado con ella. Demasiada coincidencia.

¿A qué iba a verle la joven? ¿Por qué cruzó tan rápidamente, en busca suya? Miró al otro lado de la calle. Había un pequeño establecimiento. Cambiando de idea rápidamente, cruzó la calzada en dirección inversa. Entró en el bar.

No había más que dos clientes, sentados a mesas separadas. Un hombre, tras el mostrador, leía las noticias deportivas de un diario. Demasiado apacible todo, para haber muerto una chica frente al lugar. Una chica que hacía poco estaba allí sin duda.

El del mostrador miró a Drury y se puso nervioso.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó con falsa naturalidad.

—Ya lo sabe usted. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí esa chica? La que ha matado el coche.

—¿La que han atropellado? —El otro se encogió de hombros—. No sé, señor. Ni siquiera la he visto por aquí.

—Está mintiendo —silabeó Max—. Estaba aquí, vigilando los apartamientos Walworth. Esperándome a mí. Cuando me vio, salió del bar, dirigiéndose al otro lado de la acera. Y entonces la arrollaron.

—Si todo se lo dice usted, ¿para qué pregunta? —refunfuñó el *barman.*

—¡Escuche, sabandija! —Estiró las manos, aferró por las solapas de la chaqueta blanca al empleado y tiró de él hacia sí con violencia —. ¡Se ha cometido un crimen ante sus propias narices, y usted aún disimula! ¿Fue usted el que telefoneó a Ralston, advirtiéndole que Jane Fisher estaba aquí, aguardando a alguien… o se limitó a presenciar el asesinato como un fiel contribuyente del sindicato de perros ladrones y asesinos que regentan Slade y su pandilla?

Los asustados ojos del barman giraron en sus órbitas alocadamente. Max advirtió que miraba a espaldas suyas. Le soltó de un empellón que le lanzó contra las estanterías de botellas, volviéndose en redondo.

Era a tiempo. Los dos clientes, de apariencia desinteresada en cuanto ocurría se habían puesto en movimiento. Uno de ellos extrajo algo del bolsillo. Rápido y silencioso. Un chasquido marcó la salida de una hoja de acero de su empuñadura. Con la navaja automática entre sus dedos, el supuesto cliente se movió con expresión malévola hacia Max.

Drury observó que el otro empuñaba una botella de licor y quebraba su parte inferior contra el borde de una mesa. Así, armado de un objeto terriblemente cruel y eficaz, como era una botella astillada, avanzó también en su dirección.

—No quieren ruido, ¿eh? —Drury exhibió los dientes en una

mueca sarcástica—. Bueno, lo siento por ustedes…

Esgrimió con una rapidez inaudita su pistola automática. Los otros dos recularon algo asustados. Sin embargo, el de la navaja logró anticiparse a él. Dio un leve impulso a su brazo. La hoja de acero salió disparada, silbando en el aire.

Max Drury se hizo a un lado. La navaja se hincó, vibrando siniestramente, en la madera del mostrador, a menos de dos pulgadas de su cuello. Max, sin vacilar, apretó el gatillo contra el de la botella.

Los vidrios se quebraron en mil pedazos, incrustándose en la mano tocada por el proyectil. El hombre se retorció, con los dedos bañados de rojo. Su compinche, una vez arrojada la navaja, trató de huir hacia la salida del bar.

Drury se lanzó tras él. Como era difícil darle alcance, porque era un tipo enjuto y escurridizo, apeló a una silla. La aferró con una mano, por una pata, alzó el mueble sobre su cabeza y lo lanzó como una catapulta.

El de la navaja abría en ese instante la puerta del establecimiento. La silla le golpeó brutalmente en la nuca, y le aplastó contra la acera tras un grito ronco e inarticulado.

Allí se quedó inerte, gimiendo entre dientes. Drury pasó junto al que se retorcía con la mano ensangrentada, y alcanzó al de la acera. Sin compasión alguna, le pateó el costado, silabeando rabiosamente:

—Avisad a vuestros amos. No me asustaréis fácilmente, ratas hediondas. Si estáis dispuestos a enrojecer el asfalto con vuestros crímenes, no será sólo mi sangre la que corra… ¡La de muchos otros correrá antes, ensanchando esta maldita ciudad!

Volvió luego los ojos al barman, que no se había movido de su postura inicial, acurrucado contra las anaquelerías adonde le arrojara Drury.

—Las cosas han empezado a cambiar aquí —avisó—. No siempre va a triunfar la cobardía que ahora os domina. Si alguna vez os sentís hombres, recordad que ese Sindicato de Control Ciudadano es ilegal y arbitrario, contra toda ley federal.

Salió del establecimiento. El revuelo de la calle, con la doble tragedia de Jane Fisher y del camión asesino, había impedido que nadie prestara la menor atención al disparo del bar, ni siquiera que fuera percibido. Si alguien lo oyó, lo confundiría probablemente

con un neumático reventado o algo así. Nadie se acercaba a indagar.

Cuando entró en la residencia Walworth, las sirenas de las ambulancias se aproximaban velozmente.

El ceño de Max Drury aparecía fruncido. No era ningún demente, y sabía con la fuerza que se estaba enfrentando. Un hombre solo, frente a una sociedad corrompida y mediatizada. Un solo ser rebelde, contra una ciudad entera, dominada por el vicio y el crimen. Los propietarios, los industriales y la propia autoridad a sueldo de alguien. El terror o el soborno, presidiéndolo todo.

El asfalto mojado de sangre. Sangre derramada por asesinos. La policía, el gobernador Merril, todos en suma… alineados en el bando opuesto.

Pero no era capaz de sentir miedo. Sabía que, a la larga, perdería la lucha. Era inevitable. Sin embargo, no se arrepentiría de haber declarado la guerra al poderoso, cruel e incógnito enemigo.

Max Drury no se arrepentía nunca, absolutamente de nada.

* * *

Burt Ralston alzó la cabeza. Sus ojos glaucos eran como el hielo al clavarse en el que acababa de entrar. La luz de la sala hizo destellar con fulgores azules su negra cabellera.

—No esperaba verle otra vez por aquí, señor Drury —dijo lentamente.

—¿No? —Max enarcó las cejas, apoyándose con indolencia en una columna para encender un cigarrillo—. ¿Y por qué no? Ahora no voy a provocar jaleos con Jane Fisher.

—Puede provocarlos con otra cualquiera. Creo que tiene especialidad en complicarse la vida y complicarla a los demás.

—No, no. Ahora he escarmentado. No meteré a nadie en jaleos.

—Vaya… No me dirá que tiene miedo…

—Pues sí, lo tengo. Pero no por mí.

—¿Por quién, entonces?

—Por la pobre chica cuya vida complicase. Podría terminar como Jane Fisher.

—¿Qué quiere insinuar con eso? —El tono de Ralston se hizo chirriante.

—Nada. ¿Sabe que su chofer encontró la muerte esta mañana, poco después de atropellar a Jane Fisher frente a mi residencia?

—Sí, me lo ha dicho la policía. Pero no saque conclusiones precipitadas, Drury. Mi chofer había dejado su servicio conmigo ayer mismo. Hoy se colocó en una lavandería, y tenía poca práctica en conducir camiones.

—Casualidades de la vida, ¿verdad? —Drury hizo un gesto compasivo—. Pobre chico…

—¡No se burle! —Se irritó Ralston—. Fue usted quien le mató.

—Para no ser empleado suyo, se ha preocupado mucho de inquirir detalles.

—Me lo han referido todo sin preguntar nada. Todos saben que es usted una especie de pistolero. ¿Ha venido con la idea de asustarnos a todos? Si es así, le advierto que ni la protección de Coleman y de Rosso le servirá de nada.

—Yo no necesito protectores, Ralston. Ni siquiera del Sindicato de su amigo Slade.

—Slade no es mi amigo. Soy un contribuyente como otros. Y si quiere rebelarse contra las leyes locales, lo pasará mal. Ahora, señor Drury, buenas noches. Lamento no poderle decir que me encanta verle por aquí, porque no sería cierto.

—Hace bien. Detesto a los hipócritas y a los embusteros. Tal vez porque en pocas horas he visto demasiados. Buenas noches, Ralston.

Siguió adelante, buscando una mesa cerca de la pista de atracciones. Las chicas del local andaban de un lado para otro como sonámbulas. Sin duda, la trágica muerte de su compañera les había afectado más de lo que querían aparentar.

Eligió una mesa inmediata al borde de la pista donde bailaban las parejas, esperando a que comenzara el *show* de cada noche. Una mujer joven, atractiva y de espléndido traje de noche verde, paladeaba una copa de champaña con aire ausente y la vista perdida en los juegos de luz irisada de las bolas de cristal espejeante que giraban en el techo.

Max Drury pidió un *high-ball*. Luego encendió otro cigarrillo, tras aplastar el anterior, y posó su mirada en los que danzaban. Distinguió un rostro conocido, por encima del estrecho abrazo a una rubia de inverosímil escote. Tras

una leve reflexión, recordó quién era. Slade, el agente ejecutivo de las curiosas disposiciones del Sindicato de Control Ciudadano.

Le fue servido el *high-ball*. Al volver la cabeza un momento, su mirada se cruzó con la jaspeada de la dama de la mesa inmediata. Ella le sonrió vagamente, con aire pensativo. Max correspondió con otra sonrisa.

—¿Nos conocemos? —interrogó ella, suave la voz.

—No lo sé. Estoy tratando de recordar —sonrió Max—. Pero me temo que no.

—Yo también lo temo. A pesar de todo, he visto su cara en alguna parte.

—Hoy la publican los diarios —comentó Drury—. ¿No me ha visto en la primera plana de su periodicucho local, el «Clarion»?

—¿El «Clarion» un periodicucho? —Ella enarcó las cejas color frambuesa—. Es el órgano oficial del gobernador de Junction City.

—Por eso lo digo —refunfuñó, sorbiendo un trago de *high-ball*—. Si le echa una ojeada, verá mi hermosa cara en la columna tres. Bajo un titular que dice, más o menos: «Max Drury, un ex detective privado con métodos del Chicago de 1929, en nuestra ciudad. ¿Hemos de tolerar el pistolerismo como sistema de fingirse buen ciudadano?».

—Ya. Y usted es Max Drury —sonrió ella—. Ahora creo recordarle. Pero la foto no le favorecía. Es más guapo al natural.

—Gracias —tomó su *high-ball*, se levantó y avanzó hacia la mesa de la dama de pelo rojizo—. Es usted una criatura encantadora. Y muy inteligente en sus gustos.

—No es nada modesto, ¿eh? —rió la desconocida jovialmente, mirándole con ojos chispeantes y burlones. No dijo nada al ver que se sentaba a su lado—. ¿Se cree irresistible, Drury?

—Como cualquier otro hombre de treinta años, que mida seis pies y pico y no tenga nariz de alcachofa u orejas de coliflor —dijo Max torciendo el gesto—. Tampoco tengo abuela que me elogie. Y procuro no echarla en falta.

—Pues lo hace muy bien —alzó la vista hacia el camarero de blanco frac que avanzaba hacia ella, con la vista clavada en Max.

Movió una mano con femenina suavidad llena de energía—. Deje, Sam. Este caballero me hará compañía.

El camarero se retiró, con una inclinación, pero con hostil expresión hacia Max. Drury la estudió sorprendido. Desde la frente ancha y despejada, la breve nariz y la boca sensual, hasta el escote en V de su traje verde, que mostraba la tersura de su piel y la agresividad de sus líneas.

—Toda una mujer. Segura de sí misma —comentó—. Se cree fuerte y acaso lo sea. Tiene autoridad y lo sabe. También lo saben los demás. Tal vez sea rica. Tal vez tenga excesiva afición a la frivolidad. Apuesto setenta contra uno a que es casada.

—Un estudio sicológico magnífico. ¿Se me nota que soy casada?

—Sí. Especialmente por el anillo… —se mofó Max, señalando su mano.

Ella la curvó sobre el mantel cuadriculado en rojo y negro, riendo de buen grado.

—Es usted simpatiquísimo, Drury.

—¿De veras? Dígaselo a otros y verá lo que le contestan. A Ralston, por ejemplo. O al gobernador Merril, al teniente Mulligan y a otros. Le harán de mí un retrato perfecto. Y bastante diferente del que usted ve con sus ojos.

—Estoy segura de que, en el fondo, es un buen chico metido a hacer grandes travesuras.

—¡Y qué travesuras! —mascullό Max—. Hoy he matado a un chofer, he roto una mano de un balazo y casi he aplastado una cabeza a silletazos. Eso, aparte de zarandear a un barman y ver morir ante mis ojos a una chica que se rebeló contra algo o alguien, y que por añadidura iba a revelarme cosas de interés.

—Realmente terrorífico —la dama se estremeció, con mirada algo inquieta—. Creí que Junction City era un lugar tranquilo, que se divertía liberalmente.

—Se ve que sólo conoce su epidermis. Debajo, palpita un océano purulento.

—¿Y usted es el antibiótico que va a cortar esa hipotética infección? —rió ella.

—No creo tener tanta potencia. Pero ando buscando los verdaderos medicamentos que sanen algo esa podredumbre, ya que le gusta ese símil, señora…

—Audrey. Llámeme Audrey.

—A las damas casadas me gusta llamarlas por el nombre de su esposo, como es ley. Y no me agrada estar en público con ellas.

—¿En privado sí?

—Eso es cuestión privadísima —rió Drury, acabando su *high-ball* e incorporándose—. Ahora permítame volver a mi mesa. No me gustaría añadir un duelo de honor a mi lista de peripecias.

—No sea anticuado. Duncan es un marido de hoy, no del siglo pasado. Ahí llega. Y no tema que le arroje el guante a la cara.

Max se volvió despacio. Un hombre alto, atlético y fornido aparecía ante él, bloqueando toda otra vista del local. Sus hombros eran anchísimos bajo la chaqueta clara de *smoking*. Era muy rubio, tan rubio que su cabello parecía oro. Tenía ojos azules, de luz algo fría, nariz halconada, boca firme, de labios delgados, y un profundo hoyo en la barbilla. Drury lo asoció físicamente con el galán de la pantalla Kirk Douglas. Se parecía bastante, pero era más alto y algo más recio este de la realidad.

—Buenas noches, querida —saludó el hombre, inclinándose ante la dama de ojos jaspeados—. Perdona mi retraso. Hubo más trabajo del previsto. Cosas urgentes todas, Audrey.

—Claro, Duncan —sonrió ella agradablemente—. Lo comprendo. Este joven me ha hecho compañía durante un buen rato.

—¿De veras? —La mirada azul del halcón humano que era Duncan estudió de hito en hito a Max. Le sonrió con la boca torcida —. Encantado, señor. Me resulta familiar su rostro, pero ignoro…

—Se llama Max Drury —dijo ella, con voz algo burlona.

El rubio atleta dio un respingo. Su mirada fue estupefacta al estudiar a Max.

—¿Drury? ¿El hombre que viene hoy en el «Clarion»? —exclamó, desconcertado.

—El mismo —asintió gravemente Max—. Soy un tipo popular.

—Mi marido también lo es —rió Audrey—. Señor Drury, le presento a Duncan Merril, mi esposo… y gobernador de Junction City.

Ahora le tocó a Max dar un respingo y clavar sus ojos atónitos en el hombretón. Los dos se midieron largamente en silencio.

—¿He de decir que es un placer, señor Merril? —interrogó

secamente.

—No necesita decirlo —replicó con igual aspereza el primer ciudadano de Junction—. Ni yo tampoco.

—Es toda una situación divertida —opinó vivamente Audrey Merril—. Parecen dos gatos estudiándose antes de lanzarse el uno sobre el otro.

—Tu símil es lamentable, Audrey —le reprochó el gobernador—. Yo no tengo por qué pelearme con el señor Drury ni con nadie. Sólo deploro que tengas tal sentido del humor.

—Su esposo tiene razón —declaró Drury con aspereza violenta —. Todo ha resultado muy desagradable para ambos. Espero no tener la dudosa satisfacción de ver de nuevo al gobernador que permite que su ciudad sea una ciénaga.

Palideció el gobernador, apretando los puños sin decir nada. Sentóse junto a Audrey, que parecía poco alterada por la violencia del momento. Drury inclinóse, alejándose con vivo paso. Audrey le sonrió débilmente, con su luz burlona en las pupilas de jaspe.

Pagó su consumición, y se encaminó a la salida del club nocturno. Ralston le siguió con la mirada desde un rincón del local.

De repente, Drury se detuvo junto a un camarero e interrogó:

—¿Ha llegado Martin?

—¿Quién, señor? —preguntó el empleado, sorprendido.

—Martin Castle, claro está. Tengo que verle.

—No acostumbra a venir a estas horas, señor. Le encontrará en el «Sparrow».

—Gracias —dijo secamente Max Drury.

Salió del local. Rápidamente Ralston se encaminó al teléfono. Lo descolgó y marcó un número.

—¿El «Sparrow»? —preguntó con voz sorda al ponerse alguien al otro lado del hilo—. Pronto, con Martin Castle. Es muy urgente…

CAPÍTULO VI

Era un club nocturno de feo aspecto y aún más feo interior. Había demasiado humo, y hacía demasiado calor y olía en exceso a cerveza.

No poseía el lujo del santuario de Ralston. Su clientela también era muy distinta. Max estudió todo esto con aire abstraído. Luego avanzó hacia el mostrador, pidiendo un
high-ball.

—Busco a Martin Castle —dijo lentamente, mirando de hito en hito al *barman.*

—¿De veras? —El otro le sirvió el combinado con total indiferencia—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa. Soy amigo de Martin. Tengo que verle.

—Ya —recogió el billete de diez dólares que Max le tendía bajo el vaso—. Si va al fondo de la sala de baile encontrará dos puertas. La derecha lleva a los camerinos de los artistas. La izquierda a una sala interior donde se juega al póker. Allí encontrará a Martin seguramente. Pero yo no le he dicho nada, señor. Usted lo sabía ya.

—Claro —sorbió medio vaso de cóctel—. Yo lo sé todo, hermano.

Se alejó a través de la sala. Cruzó por entre las mesas, buscando la zona oscura del local. La mayor parte de las parejas, ni siquiera asistían al espectáculo de la pista. El resultado no era demasiado edificante.

Encontró las dos puertas. La izquierda era la que le interesaba. Una cortina de terciopelo verde la ocultaba a la vista del público. La orquestina quedaba a su izquierda, sobre el tablado.

Empujó, abriéndola. Un pasillo en penumbra apareció ante él. Al final, una bombilla protegida por una esfera enrejada de hierro,

derramaba un cerco de luz amarilla sobre el corredor. Y tras esa luz, seis escalones de ladrillo, con barandilla de hierro, subía entre dos pilas de cajas de madera agrupadas allí, hasta una puerta por la que se filtraba luz amarillenta a través de su rendija inferior.

Avanzó sin preocupaciones por el pasillo. La mano derecha hundida en el bolsillo, cerrada sobre la culata de la automática del 38. Los ojos clavados ante sí, en la meta de su exploración.

Llegó al pie de la escalera. La música llegaba amortiguada allí. Se percibía rumor de voces apagadas tras la puerta, y un denso humo azulado salía por la rendija inferior.

Subió un escalón tras otro. Se detuvo ante la puerta. Tocó el pomo y comprobó que giraba. Lo hizo girar. La puerta se abrió. Max pisó el umbral…

—Adelante, Drury. Y no dispare ni toque la pistola que lleva en el bolsillo. ¡Alce los brazos o le perforamos la cabeza!

No bromeaban. Claro que, a pesar de la advertencia, a él le bastaba oprimir el gatillo para enviar a uno o dos a la eternidad. Pero eso no impediría que los otros tres hombres le facturasen a él con igual destino. Y resultaba un consuelo muy dudoso verse precedido por dos adversarios en tan largo viaje.

Lentamente, extrajo la mano del bolsillo. Alzó ambos brazos por encima de su cabeza, sin apartar los duros, entornados ojos, del grupo de cinco hombres, armados todos ellos de automáticas, excepto uno, que empuñaba un viejo «Colt», tan eficaz como el que más para despachar billetes de largo trayecto.

Eran cinco tipos clásicos de los bajos fondos que saben ataviarse como caballeros Ropas chillonas, caras pero sin elegancia, camisas oscuras o de fantasía, corbatas delirantes, de una milla de anchura, sombrero claro dos de ellos, con banda de color, y hasta había un tipo que, mostrando un diente de oro al sonreír, lucía un «mambo» rojo, negro y verde, por encima de sus anchos pantalones blancos, arrugados en las rodillas.

—¿Hay cónclave? —preguntó fríamente Max Drury, sin moverse de la puerta.

—Entre —le avisó el tipo del diente de oro—. Y no haga tonterías, si no quiere pasarlo mal. Le estábamos esperando.

—Ya veo —entró—. Están muy bien informados.

—En Junction, las noticias vuelan. Nuestro telégrafo especial

nos avisó: «Un pájaro llamado Drury, que se las da de matón, va hacia ahí. Cuiden de él».

—Y van a cuidarme como amorosas niñeras, ¿no «Diente de Oro»?

—Cierre el pico, imbécil —le insultó el aludido, apretando los labios.

Drury sonrió. El tipo debía presumir de guapo. Y no le gustaba que mencionaran su fallo dental. También llevaba oro en dos gruesos anillos, un sello, una cadena de pulsera, un reloj y una ancha banda del mismo metal. Padecía auromanía. Acaso por eso usaba oro también en la boca.

—¿Qué van a hacerme ahora, «Diente de Oro»? Yo busco a Martin Castle.

—Martin Castle no quiere verle a usted —rezongó el otro, dando unos pasos hacia él. Y sin esperarlo nadie, disparó hacia arriba su mano armada de la pistola. El cañón, negro empavonado, golpeó a Max en la mandíbula. Fue como si chocara con un camión, y se sintió caer de rodillas.

Cuando tocaba el suelo, un puntapié escalofriante en el rostro le arrojó contra la pared como un guiñapo. Allí resonó su cabeza contra el muro de ladrillos. El «Diente de Oro» reía con crueldad.

—Vamos, ¿no se defiende el caballero de la audacia? —Se acercó a él en dos zancadas y le arrebató de un manotazo la automática del bolsillo. Ante los ojos de Max, todo tenía ahora un color turbio que borraba las figuras. Algo cálido le corría desde la boca y la nariz—. ¿No había venido a limpiar de gente Junction City? Pronto se arruga…

Y le disparó otro patadón al costado. Con una mueca de dolor, Drury se dobló, y tosió con el rostro pegado a un suelo sucio de polvo, puntas de cigarrillos y salivazos. Aún experimentó algo así como un ferrocarril aplastándole las costillas, cuando «Diente de Oro» le pateó bestialmente la espalda.

Después una inconsciencia balsámica le invadió. Se hundió en sombras…

* * *

El despertar no era mucho más agradable.

Le seguían rodeando los muros de ladrillo, el techo con una bombilla cubierta de motas dejadas por las moscas. El suelo polvoriento y sucio, y el olor a cerveza ácida. La puerta metálica estaba cerrada. Ésa era la única diferencia. Eso, y que no había nadie más que él dentro de la estancia.

Se palpó los huesos, torciendo el gesto varias veces. Le dolían como si se hubiera caído desde lo alto del Monte Rushmore. La cara estaba hinchada, un labio aparecía partido, y estaba seguro de tener la nariz como un boxeador que pierde el título tras un combate feroz.

«Buena paliza te han dado, Max Drury», rezongó para sí, sentándose en tierra y extrayendo un paquete de cigarrillos aplastados, del que sacó uno todavía más aplastado. Pero al encenderlo y aspirar su humo, sintióse algo mejor, pese a que tosió espasmódicamente.

Aquello era todo cuanto había sacado de su visita al «Sparrow». Y Martin Castle no aparecía por ninguna parte aún. Dios sabe lo que harían con él. Tipos capaces de aplastar a una muchacha en plena calle, no serían demasiado compasivos con él. Lo habían demostrado con creces.

Cuando el tabaco le supo a acíbar, aplastó el cigarrillo contra la pared y se puso en pie. Esto le costó devolver, y tener que apoyarse en el muro para no ir de bruces al suelo otra vez. Le flaqueaban las piernas, y la cabeza le deba tantos tumbos como pudiera dar un barril por una pendiente.

Finalmente se encontró algo mejor. No mucho, pero lo bastante para avanzar hasta la puerta. Podían apostarse diez mil dólares contra uno que estaría cerrada con llave y candado. No tenía con quién apostar, pero luego se alegró. Porque hubiera perdido.

La puerta se abrió, dejándole perplejo. Vio ante sí el corredor, con su bombilla protegida por la capucha de metal enrejado. Sólo que ahora estaba apagada, y unas rayas de luz azulada se filtraban por las rendijas de una claraboya, en el techo.

—Es de día —gruñó, asombrado—. Y esos cerdos me han dejado abierto. Que me ahorquen si entiendo algo de todo esto…

Avanzó hacia la puerta que conducía al club nocturno. Naturalmente que si ésta se hallaba cerrada, estaría tan prisionero como en el otro caso. Sólo que esta vez no se hubiese arriesgado a

apostar nada. También hubiera perdido.

Se encontró, después de ceder la puerta de salida, ante una sala desierta, con las sillas recogidas encima de las mesas, formando un raro boscaje inanimado. Una mujer de piel negra fregaba el suelo de un color bruñido, y le miró con ojos redondos y dilatados.

—Dios me valga —rezongó la negra con su acento sureño—. ¿De dónde sale usted?

—De las nubes, hermana —silabeó Max, echando a andar hacia la salida por entre mesas y sillas—. ¿No hay nadie por estos andurriales?

—No, señor. Es muy temprano todavía.

—¿Temprano? —Max miró su reloj. Estaba parado y con el cristal roto. Una ojeada a otro reloj, el de la sala, le mostró la hora: las ocho—. Para mí es muy tarde.

Salió a la calle. Se detuvo contra la pared, parpadeando ante la claridad de la mañana. Una mujer de aspecto hogareño, llevando su cesta bien repleta de hortalizas y paquetes, se paró ante él.

—¡Cielos! Señor, ¿le ocurre algo? ¿Aviso a la policía o a una ambulancia? —se interesó.

—No, señora, gracias —hizo una mueca. ¡Cómo debía de estar! —. Me he caído. Pero ya me encuentro mejor…

La buena mujer no le dio mucho crédito, y siguió plantada allí, viéndole alejarse. Drury se metió en la calleja lateral. Seguía su «Buick» allí. Con dos papeletas de multa fijadas en el parabrisas. Las arrugó, tirándolas a un montón de basuras, y se metió en el coche. Al buscar las llaves en su bolsillo, tropezó con una cartulina que antes no estaba allí. La extrajo, ceñudo.

Era una tarjeta del «Sparrow». Se leía en ella, escrito a lápiz en su dorso:

> «Esto por curioso. No se meta en líos y vivirá mejor. ¿No es insano este clima para usted?».

La arrugó, tirándola por la ventanilla con ira, y puso en marcha el coche. El motor estaba helado como un carámbano y le costó un largo rato arrancar. Cuando lo hizo, el rostro del joven aventurero, deformado por la paliza, reflejaba una cólera realmente temible.

* * *

No había sido difícil. Y tal vez debió empezar por allí.

Aquél era el 832 de East Side, frente a la bahía abierta sobre el lago. El aire era fuerte y frío, con olor a humedad. Los *ferrys* surcaban el Michigan hacia Wisconsin.

En el 832 de East Side, según el listín telefónico, vivía un tal Martin L. Castle. Puede que fuera el que buscaba o no. Pero no figuraba ningún otro.

Se miró en un espejo al entrar. No le desagradó del todo su aspecto. En aquella hora que mediaba entre su salida del «Sparrow» y la llegada a East Side, había mejorado bastante. Gracias a la camisa y el traje recién comprados, los impecables zapatos y corbata, igualmente de reciente factura, y el baño y aseo completos, que, con la más elemental cura de sus heridas y golpes, le hacían aparecer como un hombre distinto al que abandonó el club nocturno.

No había ido por sus apartamientos. No quería ser vigilado o seguido, como suponía que harían. Le faltaba un buen sueño y reposar en una cama blanda y acogedora. Pero dominaba la tentación a fuerza de cafés solos y bien cargados, y una dosis enorme de voluntad.

El conserje no le preguntó nada, y Drury subió en el ascensor hasta unas oficinas del sexto piso, adonde se dirigía mucha gente. Una vez allí, fingió haberse equivocado y volvió a otro ascensor, preguntando al ascensorista:

—Por favor, ¿no es en el sexto piso donde puedo encontrar a Castle…, bueno, a Martin L. Castle?

—No, señor. Aquí son todo oficinas. Habrá de ir hasta el piso doce, apartamento
B-122.

Le dio las gracias y subió. Avanzó hacia el
B-122.
Pulsó el timbre. Un silencio. Lo volvió a pulsar. Nuevo silencio, y finalmente un arrastrar de zapatillas.

—¿Quién llama? —preguntó una voz pastosa, somnolienta.

—Señor Castle, un certificado urgente —deformó Max su voz—. Ha de firmar, por favor.

—Ya va —rezongó el otro.

Sonó un pestillo y una cadena al ser desenganchada. La puerta se abrió un poco. Asomó un rostro somnoliento y despeinado. Vivamente, Max hincó el pie en la abertura y cargó contra la puerta. El otro se hallaba demasiado dormido para reaccionar. Cuando lo hizo, fue tarde. Drury estaba ya dentro del piso, cerraba tras sí y le sujetaba con ambas manos por las solapas de su pijama, apretando los labios.

—¿Señor Martin Castle? —preguntó, sibilante.

—¿Qué…, qué pretende? ¿Quién es usted? —rugió el otro, atemorizado.

Drury contempló las facciones suaves, casi femeninas, del joven alto y enjuto a quien sujetaba. Olía a cosméticos y a alcohol por los cuatro costados. Tenía enrojecidos los ojos, y una huella de carmín en los labios, no precisamente suya.

—Martin Castle, el amigo de Rhonda Coleman, ¿me equivoco?

—¿A usted qué le importa? —farfulló el otro.

Drury disparó su mano abierta. Abofeteó por tres veces al hombre, sin la menor compasión. El otro gimoteó al tercer impacto en sus mejillas.

—¡Conteste, maniquí! —ordenó Drury—. ¿Es Martin Castle o no?

—Sí…, sí… —jadeó el otro—. Pero se equivoca. Si le envían Rosso o Coleman, se equivocan también. Nada sé de Rhonda…, no la he visto más…

—Vaya. Parece que tiene lengua, por fin. Y sabe utilizarla —le soltó otra bofetada que le lanzó contra un butacón de floreado tapiz, en el que se hundió, asustado. Drury se plantó frente a él como una mole granítica, durísima la expresión de su deformada cara—. ¡Escuche, macaco! No he venido a perder el tiempo. Sus gorilas hicieron anoche una bonita obra conmigo, pero no quiero repetirla yo con usted. Las venganzas me dejan frío. Quiero informes, ¿entiende? Todo cuanto sepa de Rhonda y su desaparición. Pero sin monsergas, ¿sabe, amiguito? A la primera mentira, le sacudo de nuevo. Y así hasta cansarme.

—¿De veras, señor Drury? —saltó una voz glacial desde el fondo de la estancia.

Y al volverse hacia allá Max, descubrió a la autora de la mancha

de *rouge* en los labios de Castle.

Era una mujer. Una mujer exactamente igual a Rhonda Coleman, la mujer desaparecida.

Empuñaba una pistola automática. Y le estaba apuntando a él.

Capítulo VII

—¿De modo que ya apareció la niña perdida, la *enfant terrible* de *Mr*. Coleman? —Drury contempló con asco la belleza femenina, casi al descubierto con la bata de seda, translúcida y mal anudada. Tenía corrido el *rouge* en los labios, y el cabello sedoso, oscuro. Si en la fotografía era seductora, ahora era el vicio encarnado en un cuerpo de mujer de firmes líneas, y de cara depravada. Al viejo Coleman no le hubiera gustado verla así.

—Una solución fácil a su caso, ¿verdad, sabueso? —rió ella, desafiante, hinchando el busto—. Debe sentirse muy decepcionado…

—Mucho —asintió Max, pensativo.

Martin Castle se había incorporado, envalentonado por la presencia oportuna de la joven.

—Gracias, querida —dijo con voz chirriante—. Hiciste bien en coger la pistola de la mesilla. Voy a darle a este polizonte asqueroso un buen escarmiento…

Pero en su afán de vengar los bofetones, Castle cometió un serio error. Ponerse entre Drury y Rhonda Coleman un solo segundo; era cuanto necesitaba Max.

Y lo hizo. Muy rápido, pero más aún lo fue Max. Al ver a Castle en la línea de tiro, saltó adelante, atenazándolo por el cuello con su brazo musculoso, de forma que le inmovilizó ante sí, a guisa de escudo. Entretanto, con la mano libre, y mientras Rhonda vacilaba, sin saber si disparar o no, Max Drury tomó una pesada estatuilla de bronce, representando a una dama tan vestida como Eva, y poco menos que Rhonda Coleman.

La arrojó contra ella. Era tal la puntería del impacto, que Rhonda chilló, al ver escapar de su mano la automática, y sentir en

sus dedos el golpe del metal.

Rápido, Max hizo girar al forcejeante Castle y le hincó los nudillos en el estómago, haciéndole patinar sobre el linóleo con gesto de dolor, hasta derribar una silla y caer encima, astillándola.

Rhonda, con admirable espíritu de lucha, se abalanzaba ya a por la pistola cuando Max Drury saltó igual que un tigre, cayendo con todo su peso sobre ella, y rodando ambos por el suelo. La mujer logró estirar los dedos hasta aferrar el arma. Pero Max torció su muñeca sin dificultades, sentándose a horcajadas sobre la arqueada espalda de la fiera femenina, y arrancándole por último la automática suavemente.

Jadeando, con la bata totalmente desanudada, Rhonda le miró con odio, por entre las ondas maltrechas de su peinado. Era igual que una alimaña hembra vencida por un animal más inerte.

—Maldito y cochino policía —silabeó—. Le mataré. Le mataré en cuanto pueda…

—La bella y desgraciada muchacha que desapareció. —Drury se incorporó, mirándola con aversión—. Su padre iba a llevarse una gran decepción al verla así…

—¡Mi padre! El tiene la culpa. Siempre con sus negocios, con su dinero… y pensando en hacer más dinero. Siempre más dinero… Y su hija olvidada, abandonada, sola siempre… ¡No tiene más que lo que merece! ¡Mañana sabrá la verdad, iré a verle cuando tome la droga, y escandalizaré a toda la ciudad, a todos los que le conocen y respetan! ¡El viejo y podrido Dale Coleman!…

—No le perjudicará sólo a él, señorita Coleman. También a su tío.

—¿A tío Herman? —Ella se encogió de hombros—. Me tiene sin cuidado. Estamos bien con Merril. ¿Para qué buscar otro gobernador?

—Seguro. Están bien los que son como usted. Depravados, viciosos y estúpidos. O locos y asesinos. Ésta es una ciudad que cada vez huele peor y da más asco, señorita Coleman. Vamos, levántese de ahí, vístase decentemente y acompáñeme.

—¿A usted? ¿A dónde?

—Va a ver a su padre. Es mi misión. Lamento que haya sido tan fácil… y tan poco agradable su final. Pero cobré por esto. No sé cómo no dieron con usted antes, pero me tiene sin cuidado la

torpeza ajena. Yo sé lo que tengo que hacer. Y voy a hacerlo. ¡En marcha!

—Mi Pobrecito Martin… —Miró, compadecida, al inerte Castle, tumbado aún sobre la silla, con la respiración entrecortada—. ¡Le ha pegado usted!

—Se merece mucho más ese repugnante seductor y embaucador. Déjele que le duela un poco el estómago. A mí me duele ya hace tiempo. Todos ustedes me dan náuseas.

—¿Qué se figuraba mi querido papaíto? ¿Que había muerto?

—Ya hablará eso con él. Vamos, vístase.

—Cuando me vea, maldecirá por no haberme visto muerta —rió ella.

—Pienso que hubiera sido mejor para todos —gruñó Max—. En marcha, pequeña.

La empujó hacia una habitación del fondo. Ella le miró, irritada.

—¿Es que también va a ver cómo me visto?

—No vería mucho más que ahora. Pero no tema; no pienso mirarla. Las mujeres como usted me hacen el efecto de un vomitivo.

—Es muy galante —le clavó los ojos centelleantes, de pupilas dilatadas por el uso de las drogas. Una mueca burlona crispó sus labios, lívidos bajo la pintura—. Cuando no lleve golpes en la cara, también debe ser guapo, Drury.

—He dicho que se vista. Sus piropos me dejan indiferente. No pierda el tiempo ridículamente.

Ella juró obscenamente y se metió en el dormitorio. Drury, pistola en mano, se volvió a Castle. Estaba recuperándose, con la cara del color de la bilis. Tosía y jadeaba, frotándose el estómago.

—Debe de estar diciéndose por qué no me hizo matar anoche en el «Sparrow», ¿verdad? —rió Drury con dureza.

Castle le miró con odio y no respondió. Drury continuó:

—¿Quién le dio el aviso? ¿Ralston o su jefazo, el gran Duncan Merril?

Esta vez tampoco contestó el interrogado. Seguía gimiendo, con la mano en el estómago. Drury sepultó la pistola en su bolsillo, y se sentó en el borde de una mesa, frente al dueño del piso.

—De modo que Rhonda se vino a vivir clandestinamente con usted —mencionó despacio—. Tiene algún escondite bueno en la casa, y aunque registraran no la encontrarían. Seguro que la trajo a

escondidas de todos y no sale para nada de casa. Así, nadie sabe dónde está. Y la solución es tan sencilla, que a nadie se le ocurre venir a registrar esto. De no sorprenderles yo dormidos, y golpearle a usted, ella no hubiera salido. Seguiría siendo un misterio su paradero. Todo esto es muy raro, Castle. Yo me pregunto si la quiere tanto como para hacer todo esto… o existe alguna otra intención en tal encierro.

—¿Qué mil demonios dice? —farfulló Castle, sin mirarle a la cara—. Son tonterías.

—¿Tonterías? Si lo fueran, no replicaría. Algo ocurre, Castle. Y algo feo. Rhonda escondida aquí. Sepultada en el vicio de las drogas por usted… Y usted rehuyendo el encuentro conmigo, poniéndome obstáculos delante, y tipos con dientes de oro que saben pegar y no tienen muchos miramientos. Demasiadas cosas raras para defender una simple pasión entre hombre y mujer, por fea que sea su relación íntima.

—Sigue diciendo tonterías.

—No. No las digo. He puesto el dedo en la llaga. De todas las cosas sucias de Junction, hay alguna que lo es más que las otras. Y Rhonda juega algo en ello… o sabe algo. Y usted, entonces, la pone fuera de circulación.

—Siguen las estupideces sin sentido, Drury. Cállese, que me da náuseas.

—Usted me gusta tanto como un crótalo rabioso o un buitre hambriento. Pero me aguanto, Castle. ¿Qué teme usted de Rhonda? ¿Quién le ha ordenado que la oculte aquí?

—Está borracho o le pegaron demasiado fuerte en la cabeza.

—Le voy a enseñar algo, Castle —sonriendo, extrajo de su bolsillo unas cartulinas brillantes—. Si las tengo aún, es porque tuve la precaución de ponerlas en un lugar de mi coche donde no las encontrara nadie. Vea a su hermosa Rhonda. Está muy bien en esas fotografías. Es el original el que desmerece.

—¡Démelas! ¡Son mías! —chilló Castle, extendiendo el brazo hacia las fotos de Rhonda.

—Espere —las apartó de su alcance sin esfuerzo. Hizo pasar las primeras fotos y volvió a mostrarlas—. ¿Éstas también son suyas?

Castle palideció, retrocediendo unos pasos ante la imagen tan distinta que veía ahora. La faz del hombre muerto, con los hilos de

sangre brotando de la nariz. Un feo modelo, después de ver a la Coleman. Pero no tanto como para perder el color y reflejar tanto miedo en las pupilas.

—Cielos… —jadeó, tragando saliva—. ¿De… de donde ha sacado eso?

—Usted lo sabe. Lo que quiero es saber quién es este hombre de la fotografía. Y qué significa para usted o para Rhonda.

—¿Rhonda? ¿Es que ella tenía esas fotografías? ¡Conteste!

—Claro que las tenía. Entre las suyas. Usted está bien enterado.

—No…, no… sabía… —demudado, se apoyó en un mueble—. Dios mío, eso lo altera todo…, todo…

—¿Qué es lo que altera? Le repito: ¿Quién es este hombre? ¿Por qué se asusta tanto?

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación del fondo. Reapareció Rhonda. Parecía resignada con su derrota. Iba altiva, se había retocado el maquillaje y su traje sencillo, de un azul pálido, muy ajustado a su hermoso cuerpo, la hacía parecer de nuevo juvenil y atractiva, como en las fotografías. Pero todo eso era ficticio.

—¿Vamos, señor Drury? —le desafió burlona—. ¿O le avergüenza salir conmigo a la calle?

Gimió algo, tapándose la boca con una mano crispada, al ver las fotografías en manos de Drury.

—¡Dios mío, no! —sollozó—. Las ha encontrado usted…

—Sí, señorita Coleman. Y me gustaría saber si esas fotografías pueden haber motivado que su adorado Martin Castle la secuestrara con falsedades y engaños…

Ella abrió mucho sus ojos, se arquearon las cejas y pareció sopesar la pregunta. Su mirada, repentinamente recelosa, se dirigió a Castle.

—Martin… —musitó—. No…, no será eso, ¿verdad? Tú…, tú no me habrás traído para…

—Por favor, Rhonda, no digas tonterías —habló con premura Martin—. ¿Es que te va a embaucar este tipo?

—Martin, tú registraste mis cosas el primer día de ocultarme en tu casa… Es más, has tratado de convencerme para que me trajese las demás cosas, avisando de algún modo a Alma… Martin, ¿buscabas esas fotografías tal vez?

—¡No! —chilló Castle, descompuesto—. ¡Es una trampa, un engaño de ese gusano!

—La trampa es suya por completo, Castle —acusó fríamente Drury—. Empiezo a pensar que Rhonda Coleman ha vivido muy engañada últimamente… y empieza a ver claro ahora…

Se movió hacia ella con paso lento, llevando las fotografías en la mano. El terror de Castle aumentaba por momentos.

—Vamos, señorita Coleman. La acompañaré hasta casa. Si lo prefiere, puede reponerse allí, hablar con su amiga Alma… antes de ir a ver a su padre y a su primo Raymond.

—Sí…, sí, gracias —había ahora gratitud, una humedad extraña en los ojos de Rhonda—. Es… es usted mejor de lo que creía, Drury…

—Sí —suspiró el detective—. Casi soy una dama caritativa. Es lo malo que tengo. Me ablando demasiado pronto. Pero es que tal vez usted no sea tan mala como parecía.

—Vamos, Drury —miró a Martin con recelo—. Espero que no sea cierto lo que sospecho, Martin.

—Es todo una mentira de Drury para embaucarte —se desesperó Castle—. ¡No te dejes sorprender, Rhonda!

—No le haga caso —avisó Drury—. Soy el único que puedo ayudarla. ¿Va a confiar en mí y revelarme lo que significan esas fotografías?

—Sí —afirmó Rhonda con rotunda voz—. Lo cierto es que no las he dado importancia hasta ahora. Pero veo que hay algo muy turbio en todo lo que… *¡Mire, Drury!*

Max dio un respingo, revolviéndose hacia donde señalaba ella con la velocidad del rayo, llevando la mano a la automática instintivamente. Era la amplia ventana de la estancia. Al otro lado de la calle lateral de East Side había un edificio aún más alto que aquél.

Y en una ventana, a la misma altura de ellos, se distinguía el brillo de algo que se movía, algo que se enfocaba hacia ellos, con reflejo del sol en una lente.

—¡Nos espían! —gimió Rhonda—. ¡Nos vigilan con prismáticos!

—¡No! —rugió Max—. ¡Es un rifle con teleobjetivo!

Y se arrojó velozmente al suelo, empujando al mismo tiempo a Rhonda.

Pero ni una cosa ni otra fue lo bastante rápida. Porque tampoco era un rifle, sino una potente ametralladora dotada de televisor para largas distancias. A tan corto trecho, la puntería del tirador era infalible con tales medios.

La ráfaga estruendosa, mortífera, de proyectiles en abanico, desgajó en mil fragmentos la ventana y barrió a los que ocupaban la estancia. Drury, con las rodillas en tierra, se sintió levantado y golpeado por el impacto de las balas en su cuerpo. Oyó gritar terriblemente a Rhonda, que se cubrió con las manos el hermoso rostro. Algo rojo fluyó entre sus dedos.

El rosario crepitante de proyectiles siguió asolándolo todo. Martin Castle trató de huir, de poner por medio una puerta o un muro. Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta de salida. Quedóse rígido, al sacudirle las balas la tela del pijama, abriendo boquetes en hilera. Se agitó, girando sobre sí mismo, para caer trinchado sobre el linóleo. Allí quedó inmóvil, grotescamente retorcido, mientras la mortífera canción de la ametralladora seguía desgarrando los tímpanos de Max Drury, caído en tierra, sobre su propia sangre, y pugnando por aplastarse al linóleo para no recibir más impactos.

Ya no se movía nadie. Ni Rhonda, ni Martin… y él aún respiraba, jadeante. Las balas silbaron por encima de él.

Fue lo último que oyó, porque de repente le acometió un dolor intenso, y una masa de negruras se derrumbó sobre él.

CAPÍTULO VIII

Un techo blanco, muros blancos, y una cama de metal esmaltado de blanco, sólo podía significar que estaba en un hospital. Y así era.

No necesitó ver al hombre de edad madura y blanca bata que permanecía en pie junto al lecho, ni tampoco a la enfermera que, silenciosamente, anotaba algo en un cartón colgado a los pies de la cama. A pesar de su debilidad y aturdimiento, sabía dónde estaba.

—¿Me falta mucho para morir, doctor? —preguntó plañideramente.

—Vaya. Es el primer enfermo que, al recobrar el conocimiento, me pregunta algo así.

—Soy algo original —masculló Max Drury, rebulléndose entre las sábanas. Un punzante dolor se le despertó súbitamente en el costado y el hombro.

—No se mueva. Y hable lo menos posible —le advirtió severamente el doctor—. No está en condiciones de bromear. ¿Sabe que llegó aquí, hace ya cinco días, con el cuerpo cosido a balazos?

—Cinco días…

—Sí. Es un milagro que viva. Ninguna bala le tocó el pulmón y el corazón, como temíamos. Además, es fuerte como un caballo. Pero no debe abusar de su buena suerte.

—¿Y… los otros? Rhonda Coleman… Martin Castle… Estaban conmigo cuando…

—¿Cuando les acribillaron? —El médico asintió sombríamente —. No tuvieron tanta suerte como usted. Ni siquiera llegaron a salir vivos de aquella habitación.

Rhonda Coleman sufrió un balazo mortal en plena frente. Castle…, bueno, era una criba horrible. No quedaba ni una gota de sangre en su cuerpo cuando le recogieron.

Max Drury respiró fuerte, entornando los ojos. Aquél había sido el final de los dos amantes. Precisamente en su propio nido clandestino. Un milagro, según el doctor, había impedido que él les acompañara en el viaje. La idea le hizo estremecer.

—¿Y el asesino? —preguntó roncamente.

—No tengo la menor idea —se encogió de hombros el médico—. Mi misión consistía en salvarle la vida. Creo haberlo logrado. Eso que usted pregunta, atañe a la policía.

—La policía… Junction City no tiene policía. Solamente asesinos y pistoleros a las órdenes de alguien.

—No haga acusaciones de esa gravedad, se lo aconsejo. Las cosas andan bastante revueltas desde lo ocurrido en East Side aquella mañana. Herman Rosso, el candidato a Gobernador del Condado, está aquí.

—¿De veras? —Torció el gesto—. ¿Va a luchar contra Merril?

—Creo que va a luchar contra todos. Ha llegado la hora de frenar esa ola de sangre y de horror que invade Junction City.

—¿Cuándo ya han caído tres personas asesinadas cobardemente? Menos mal que salen de su letargo…

—Tiene usted razón, Drury. Hemos sido algo tardíos.

La voz llegaba de la puerta. Había allí tres hombres. Max identificó a dos de ellos: Dale Coleman, vestido enteramente de negro, con la faz afilada y lívida, parecía la sombra de quien él conociera días atrás. Raymond Rosso, aunque fuerte y atlético como siempre, mostraba un gesto torcido, sombrío y belicoso, augurio de grandes violencias.

El tercer personaje, precisamente aquél a quien no conocía, era el que había hablado y ahora le miraba fijamente a través de los cristales de sus lentes con montura de oro.

Se parecía notablemente a Raymond, pero tendría treinta años más que éste. Vestía de gris, impecable.

Era alto, elegante y correcto. El cabello encanecía en las sienes, y era de un ondulado rizoso.

—¿Quién es usted? —preguntó Max débilmente.

—Es tío Herman —refirió Raymond—. El candidato a gobernador, Drury. Tío, ése es Max Drury, el bravo detective que encontró a Rhonda… aunque por desgracia un poco tarde.

—Es un placer conocerle, Drury —avanzó el hombre de los

lentes con amarga sonrisa—. Sé que trató de salvar a mi sobrina. He visto el lugar del suceso, he podido comprobar que el asesino o asesinos barrieron todo a balazos, ya que sólo unˆmilagro le permite seguir vivo. Espero que su cooperación nos sirva para localizar al asesino y darle su merecido.

—¿No le han encontrado aún?

—No. El teniente Mulligan dice que ha revuelto toda la ciudad, pero infructuosamente.

—Mulligan… No se fíe de él. Es un granuja, comprado por los dirigentes del vicio.

—¿De veras? A mí me parece un hombre demasiado recto, que no quiere traicionar a las autoridades elegidas por el pueblo, cometan errores o no —juzgó Herman Rosso.

—Es demasiado benévolo con él. Quien apoya a sus jefes, siendo éstos simples asesinos y rufianes, cornete igual delito. Mulligan jamás buscará al que disparó sobre nosotros.

—¿Pudo verle usted la cara, sería capaz de identificarlo, Drury?

—No, no creo que pudiera hacerlo. Todo fue muy rápido. Apenas si recuerdo las manos que empuñaban la ametralladora con el teleobjetivo. Luego, sólo vi las ráfagas de fuego, la muerte alrededor mío… y nada más.

—Entiendo. —Rosso inclinó la cabeza, contrariado—. Hemos de seguir buscando, sin la menos pista.

—¿El tirador huyó?

—Sí. Escapó del piso situado frente al de Martin Castle, desde donde disparó. La policía ha registrado aquella planta. Pertenece a unas oficinas desalojadas recientemente. Alguien las ha alquilado hace cosa de una semana. Al parecer, no las utilizó en absoluto, ni el arrendador ha aparecido. Su nombre y señas son totalmente falsos.

—¿Fue alquilado para vigilar a Castle?

—Sí. O para no perder de vista a Rhonda —miró de reojo al sombrío Dale Coleman—. Usted dio con ella, ¿verdad?

—Sí —asintió despacio, Max.

Dale avanzó ahora. Sus ojos secos, opacos, se fijaron en el joven.

—¿Cómo estaba entonces, Drury? —preguntó anhelante—. ¿Es cierto que se había degenerado… o seguía siendo una buena chica, a pesar de sus errores?

Max no vaciló. Muerta Rhonda, las cosas cambiaban mucho. No se puede hablar contra los muertos. Hay que dejarlos descansar en la paz eterna que se han ganado. Habló:

—Viva tranquilo, señor Coleman. Su hija era tal como la vi en la fotografía. No la había engañado nadie. Creía que Castle iba a casarse con ella, eso es todo. Pero al final, cuando iba a salir conmigo, para verlo a usted, se dio cuenta de muchas cosas. Y estaba decidida a abandonar para siempre a Castle.

—Dios mío, Drury, qué feliz me hace saber eso —el anciano respiró hondo—. Es…, es siempre un consuelo saber que iba a recuperar a mi pequeña Rhonda. ¿Quién pudo ser? ¿Quién fue el monstruo que la mató tan cobarde, tan estúpidamente?

—Eso quisiera saber yo —dijo sordamente Drury.

—¿Y por qué? ¿Qué motivos podía haber para asesinarla?

—Creo que Rhonda sabía algo de cierta persona —declaró despacio Max—. Algo muy peligroso, que estaba a punto de revelar. Y no creo equivocarme si aseguro que el hombre que disparó sobre nosotros, seguía los movimientos de sus labios por el telescopio de su arma. No es difícil, a tan corta distancia y con el lente de aumento de un rifle o fusil ametrallador dotado de teleobjetivo. Y más si el individuo tiene cierta habilidad en ello. Cuando ella iba a hablarme de lo que sabía, y por cuya razón la había ocultado Martin a los ojos de la gente con engaños, dispararon para silenciar su boca, la mía y también la del propio Martin, que parecía tan asustado como para revelar cualquier cosa grave, si con ello podía salvar su vida o su libertad.

—Asesinos… —Silabeó roncamente Dale Coleman, con la vista perdida en el vacío—. Si yo pudiera saber quién o quiénes movieron aquel gatillo para acabar con mi hija…

—También a mí me gustaría saberlo, señor Coleman —dijo rudamente Drury—. Y no sólo por las balas que me clavaron a mí. Rhonda fue víctima de ellos. Pero antes, otra muchacha que solamente cometió el error de rebelarse contra ciertas normas, fue aplastada por un camión. Murió el que iba al volante, pero no el cerebro que ordenó aquel crimen abominable…

Coleman miró fijamente al detective. Su voz sonó helada, durísima, cuando dijo:

—Drury, le voy a hacer una oferta: diez mil dólares por una

información.

—¿Diez mil? —Drury silbó entre dientes—. ¿Está en su sano juicio, señor Coleman?

—Más que nunca. Diez mil a cambio de un nombre: el asesino de Rhonda. El hombre que disparó desde la ventana.

—Ese pudo ser cualquiera: Slade, Larson, Ralston, un esbirro cualquiera…, el propio teniente Mulligan o el gobernador Merril. De su pandilla de forajidos, desde luego. Acaso un tipo con dientes de oro…, ¿quién lo sabe? Lo importante será dar con la persona que rige toda esa cadena de infamias. ¿Es Merril o hay alguien por medio que dicta órdenes en lugar del gobernador?

—Merril es el único responsable de todo —afirmó con voz vibrante de cólera Herman Rosso. Su mandíbula se encajó belicosamente—. Cuando le derribemos, todo su régimen de inmundicia surgirá a la luz y nos horrorizará, Drury.

—Yo no quiero esperar a tanto —cortó Coleman—. Insisto, Drury: diez mil por el tipo del fusil ametrallador. Sea quien sea. Lo quiero vivo o muerto. Vivo, a ser posible.

—No me gustaría abusar de sus sentimientos actuales —objetó Max—. Si baja esa oferta a un precio razonable…

—Diez mil o nada. Será barato, si me proporciona ese informe.

—Está bien —suspiró el joven—. Usted lo quiere. Tendrá a su hombre.

—¿Tan seguro se siente? —sorprendióse Raymond Rosso.

—Mucho —una mueca burlona curvó los labios de Drury—. Si en aquel tiroteo no caí, es que tengo piel de rinoceronte. Va a costarles mucho acabar conmigo…

—No se precipite de un modo irreflexivo —avisó Herman Rosso —. No me gustaría que le liquidaran en vísperas de ser elegido yo. Si alcanzo el cargo, usted va a hacerme mucha falta para barrer escoria de Junction City.

—Por cierto, ¿saben si alguien recogió las cosas de la habitación acribillada? —saltó de repente Drury, que estaba reflexionando mientras hablaba el candidato—. Había algo en mi mano cuando caí herido…

—Fotografías de Rhonda, sí —asintió gravemente Raymond Rosso—. Nos las devolvió Mulligan.

—¡Mulligan! ¿Y las fotos del hombre muerto?

Se miraron entre sí los tres hombres, y luego observaron con sorpresa a Drury.

—¿Hombre muerto? —Herman Rosso denegó lentamente—. No hemos visto fotografía alguna así. ¿A qué se refiere?

—Con las fotografías de Rhonda, había las de un cadáver. Alguien que yacía muerto en el suelo. Todo primeros planos. Rhonda sabía quién era el muerto y algo más. Entonces la mataron.

—No hay fotografía alguna de esa clase —denegó Coleman—. Yo recogí las fotografías de Rhonda, que nos entregó Mulligan. Pero nada más.

—¡El muy cerdo…! —Drury encajó los labios—. Mulligan…

—Fue el primero en llegar con sus agentes a la vivienda de Martin Castle —informó como al azar Raymond Rosso.

—Sí, debí imaginarlo… —Apretó los labios hasta que formaron una durísima línea recta—. Doctor, ¿cuánto tiempo permaneceré aún en este lugar?

—Tiene que pasar al menos una semana sin moverse.

—Ha de ser menos. Dentro de cuatro días quiero estar en la calle.

—Imposible. Podría recaer. Sus heridas han sido bastante serias.

—No me importa lo que ocurra luego. Quiero salir de aquí dentro de cuatro días todo lo más tardar. Arrégleselas como sea, y el resto déjelo a mi cuenta.

El médico movió la cabeza con irritación, y salió de la estancia sin decir nada.

* * *

Alma Charles abrió la puerta. Era la tercera llamada. Se sorprendió al ver a su visitante.

—Señor Drury… Me habían dicho que estaba muy grave, en el hospital… —exclamó, retrocediendo dos pasos instintivamente.

—Lo estuve. Pero ya no. Puedo seguir andando *por* el mundo —sonrió, cerrando tras sí—. ¿Continúa viviendo sola?

—Sí. Desde que Rhonda… desapareció, no he querido compañía en el apartamiento.

—¿Supo lo ocurrido?

—Claro. Por eso sé que estuvo usted al borde de la muerte. ¿Por

qué no deja de meterse en líos tan grandes? Se dice que Merril es un enemigo implacable. No choque con él. Siempre llevará las de perder.

—Me gusta chocar con los poderosos. Con los débiles carecería de emoción.

—La muerte es una emoción bastante fea.

—Aún no estoy muerto —contempló la dulce expresión de la joven y se encogió de hombros—. ¿Sabe una cosa? Estoy solo en el mundo. Tal vez por eso no me asuste morir.

—¿No tiene esposa ni hijos?

—¿Tengo aspecto de hombre hogareño? —Se estremeció—. Cielos, claro que no, señorita Charles. Detesto la paz. Hoy, después de tres días consciente en el hospital, se me caía encima el techo. He salido a costa de reñir con el médico. Pero he salido. Fuera de aquel maldito lugar con olor a desinfectante, me siento otro hombre.

—Si yo fuera su mujer, no le dejaría danzar por ahí.

—Estoy seguro de ello —rió Max Drury—. Todas las mujeres tienen espíritu tiránico. Escuche, pequeña. Son las ocho menos cuarto. Creo que dentro de unos minutos entra en la Escuela de Arte, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto. Tiene muy buena memoria.

—Excelente. Sobre todo con las chicas bonitas. ¿Tiene usted novio?

—No —ella sonrió—. ¿Se me va a declarar?

—No tema. Ya le he dicho que me horroriza el matrimonio. Quería saber si hay alguien capaz de enfurecerse con usted si yo la acompaño a la Escuela de Bellas Artes.

—No lo hay. ¿Le interesa la Pintura o la Escultura?

—Me interesa un retrato que ando buscando. Tal vez el Arte me inspire y lo sepa trazar yo mismo.

—¿Qué retrato?

—El de un asesino, mí querida señorita Charles.

* * *

La Escuela era un bello edificio, digno de las Artes que representaba, cercado por macizos de arbustos y de flores, y una

cerca de alegres verjas pintadas de blanco y verde que hacía pensar en una clínica más que en una Escuela especializada.

Asistían muchos alumnos a las clases nocturnas, en su mayoría gente que tenía ocupaciones durante el día y había de aprovechar aquel horario.

Alma Charles bajó del coche de Max Drury, con sus cuadernos de dibujo bajo el brazo, y su caja metálica de lápices y otros accesorios. Avanzó delante de Drury, que contempló su esbelta, pero prieta figura, de suaves curvas, deliciosamente juvenil con aquel traje claro y vaporoso.

Cerrando la portezuela, Drury siguió tras ella. Nadie puso objeciones a su entrada en la Escuela, pero fue preciso que sacase en una ventanilla una tarjeta especial de «oyente» para poder pasar a las aulas, decoradas en su mayoría con excelentes copias de Rembrant, Van Gogh, Rubens y otros grandes artistas del pincel. También había reproducciones en mármol o en yeso de escultores célebres, ocupando hornacinas o centros de corredores.

—Y bien. —Alma se detuvo ante la puerta de acceso a la Sala de Curso Superior—. ¿Ahora qué, señor Drury? ¿De veras va a meterse a estudiar?

—¿Y por qué no? —rió el detective, empujando la puerta sin rodeos.

Sostuvo impávido su interés durante toda la clase. Advirtió miradas curiosas de otros alumnos, y especialmente alumnas. Pero concentró su atención en el anciano profesor de blancos cabellos crespos, como si realmente fuera a ser un estudiante desde aquel día.

—Ha sido admirable —confesó Alma Charles, al abandonar el aula—. De no saber que no tiene usted el menor interés por el Arte, hubiera llegado a creer que seguía palabra por palabra la lección.

—Y la seguía —bostezó Max—. Sólo que no entendí apenas nada.

—¿Ha sacado algo en limpio que le ayude en sus tenebrosas investigaciones?

—No. Pero espero sacarlo. ¿Quién es el profesor que ha dado la clase?

—*Herr* Kruger. Es alemán, pero lleva treinta años o más en los Estados Unidos.

—¿Conoce bien a los alumnos?

—A los que llevamos con él año tras año, sí.

—¿Eran de esos Rhonda y Castle?

—Pues…, sí. Castle siempre iba adonde fuera Rhonda. Pero no le gustaba el arte.

—Lo imagino —la tomó repentinamente por una mano y echó a andar hacia atrás de nuevo—. Vamos. Alma, tiene usted que presentarme a alguien.

—¿Yo? —Ella se quedó asombrada—. ¿A quién?

—A *Herr* Kruger, naturalmente. Quiero charlar con él de algo de sumo interés.

Y no esperó la aprobación de ella, sino que siguió adelante sin parar.

CAPÍTULO IX

El profesor Kruger, *herr* Kruger, como decía Alma Charles, miró bondadosamente a ambos jóvenes, erguidos frente a él, en la desierta aula. Terminó de recoger con calma sus esquemas y dibujos, labor de la lección diaria.

—Claro que conocía bien a Rhonda Coleman y a Martin Castle, hijo —declaró, fijando sus ojos amables en Max—. He lamentado su trágico final. Y contra lo que muchos opinan, no eran tan malos como parece ser.

—¿Puede usted, con su conocimiento de ellos, asegurar tal cosa?

—Puedo asegurarla, mas no probarla. Un profesor nunca se engaña con sus alumnos, señor Drury. No necesita pruebas palpables, sino que estudia, observa, se limita a ir conociendo, día a día, la superficie y el fondo de sus alumnos. Rara vez marré en mis impresiones personales. Y eso, en cuarenta años de profesorado, no es desdeñable.

—Cierto. Yo, profesor, no busco pruebas. No se las pido. Sólo su criterio de hombre y de profesor. ¿Cómo era Rhonda Coleman?

—Una mujer joven, mimada y no demasiado sensata. Se dejaba deslumbrar fácilmente, era fácil presa para un desaprensivo con atracción sobre ella.

—¿Martin Castle?

—No lo creo. Castle nunca me ha parecido tal cosa. También un típico producto de la juventud de hoy. Desordenado, trivial, un poco necio y sin inteligencia notable. No le gustaba la Pintura ni la Escultura. Pero le gustaba Rhonda y por eso venía.

—Profesor, le diré algo que quedará entre nosotros. Aficionó a Rhonda a las drogas.

—¿Es posible? —El alemán reflejó perplejidad—. ¿No se

equivoca?

—No, en absoluto. Estaba drogada. Y lo confesó. Esto, su padre no tiene necesidad de saberlo. Pero yo lo vi. Castle la apartó de la gente, la encerró en su casa para hundirla en el vicio.

—He de creer lo que usted dice, señor Drury. Pero me resisto a ello. Un hombre que abandona las drogas, tras durísimos sacrificios, es difícil, por no decir imposible que vuelva a ese vicio y arrastre a él a la chica que le gusta.

—¿Que abandonó las drogas? ¿Quién?

—Martin Castle —el profesor se sentó, indicando otras dos sillas a Alma y Max, al otro lado del pupitre de enseñanza—. Se sinceró una vez conmigo. Había sido un cocainómano. Hasta que se operó en él un cambio y quiso regenerarse. Lo logró, tras penosos esfuerzos y un largo internamiento. Pero eso dejó huella, y su aspecto era por ello todavía enfermizo, viciado. Desde luego, conservo otro vicio, pero menos fuerte y menos peligroso: la bebida. Digo menos peligroso porque no llegaba a ser un alcohólico. Bebía demasiado, sí, pero nunca hasta la embriaguez. Pudo haber hecho alcohólica a una mujer débil de voluntad, como Rhonda. Pero no aficionada a las drogas. No lo creo.

—¿Usted vio alguna vez a Rhonda Coleman bajo el efecto de las drogas o algo similar?

—Nunca. Pero si realmente las ingería, eso podría explicar cierta borrosa expresión de sus ojos, y el brillo excitado que a veces se apreciaba en ellos. Aunque eso jamás me llamó la atención, ya que hace tiempo que lo manifestaba y lo creí debido a excitación nerviosa, no a otra razón.

—En cuanto a Castle… ¿tenía amistades en la Escuela? Ando buscando a las personas que tuvieran mayor contacto con él. De ahí puede surgir algo de luz.

—Dudo que la encuentre. Castle contaba con pocos amigos. Incluso entre los alumnos, no gustaba de intimar con ninguno como es costumbre.

—¿Sin excepciones?

Herr Kruger hizo un esfuerzo de memoria. Se arrugó su amplia frente.

—Sí, hubo una excepción —asintió—. Por eso resultó más sorprendente. Fue al iniciarse el curso del presente año. Tuvimos un

alumno forastero. Pero duró poco. Apenas si asistió a cuatro o cinco clases. Era un joven de aspecto grave y reflexivo. Acaso tendría unos treinta años. Parecía un alumno interesado, y por ello me sorprendió su brusca ausencia. No le he vuelto a ver más.

—¿Y ese hombre se hizo amigo de Castle?

—En cierto modo. Por entonces, Rhonda no acompañaba aún a Castle. Aquel joven…, ¿cómo diablos se llamaba? ¡Ah, sí! Branwell, Claude Branwell era su nombre.

—¿Claude Branwell? Siga, por favor. ¿Qué hizo aquel joven?

—Se sentaba en la misma hilera de asientos del aula que Castle. Les vi charlar, reír juntos… Al abandonar el aula, lo hicieron juntos un día. Y otro…, y otro… Al salir yo a los corredores, les vi a veces charlar animadamente entre sí. Era cómico, pero pensé que ambos tenían un mismo objetivo y lo disimulaban mutuamente: vigilar, observar a Rhonda, que siempre pasaba ajena a ellos, a reunirse con su joven compañero de entonces.

—¿No dio Branwell razones de su marcha?

—No. No dijo nada. Dejó de asistir. Extraño, porque había pagado su matrícula y parecía un excelente alumno. Muy seguro de sí…, realmente como si ya supiera dibujo.

—¿Es una impresión exacta de él?

—Eso es. Raro, ¿verdad? Pero no pude evitar el pensar eso.

—¿Era inteligente?

—Mucho. Parecía captar las cosas con una facilidad pasmosa. Me dije a mí mismo que no pararía hasta saber lo que era exactamente y de dónde venía. Pero no tuve ocasión. Marchó antes de que me fuera posible ahondar más en él. Nunca le pregunté a Castle por él ni por la índole de su amistad. Ya les he dicho que Castle no fue nunca demasiado comunicativo con nadie.

—¿Dónde puedo adquirir la filiación completa de Branwell, profesor?

—En la Sección de Ingreso de la Escuela. Siga el corredor hasta la salida y suba después a la planta superior, donde hallará las oficinas. Diga que le envía yo. Pero se sentirá defraudado. Allí no resuelve nada. Ya examiné yo antes sus fichas de ingreso.

Le dio las gracias, dirigiéndose a la salida de la clase con Alma Charles. Ya en la puerta, pareció recordar Drury alguna cosa. Se detuvo, volviéndose hacia *herr* Kruger e interrogó:

—Se me olvidaba, profesor. Usted que tan bien conoce a las personas que asisten a sus clases…, ¿qué opinión tiene formada de Alma Charles?

Herr Kruger sonrió, mientras ella enrojecía vivamente, muy confusa.

—Es una jovencita juiciosa e inteligente —informó—. Muy laboriosa también. Y si usted no fuera un hombre, y joven por añadidura, le diría que muy bonita…

Riendo, Drury tomó del brazo a Alma y salió con ella de la clase.

—¡Es usted abominable! —Se enfadó ella, avanzando rápidamente por el pasillo, al compás de su paso largo y elástico—. ¿No se le ocurrió preguntar otra cosa?

—Sí. Iba a decirle si opinaba que usted y yo podíamos ser felices en el matrimonio. Pero me arrepentí a tiempo. Después de hablarle de mi odio al hogar hubiera sido una pregunta improcedente.

—Exacto —declaró ella secamente—. Aborrezco el matrimonio tanto como usted.

Drury sonrió sin añadir nada más. Poco más tarde entraban en la oficina de registro. Les permitieron leer la cartulina rellena por la letra aguda y cultivada de Claude Branwell. Descubrió poco, como dijera el profesor Kruger, gracias a cuyo sólo nombre les permitieron el acceso al fichero. Branwell tenía treinta y un años. Figuraba como estudiante sin residencia fija. Su domicilio en Junction City… los «Apartamientos Bahía».

—«Bahía»… —Drury repetía el nombre al abandonar con Alma el edificio de la Escuela—. «Bahía»… Seguro que se encontró con el amable Larson, de la Sección de Forasteros. Y siguió su consejo.

—¿Qué quiere decir? —Se intrigó Alma, sin entenderle.

—Nada, jovencita. Voy a dejarla en casa. Y muy agradecido por su cooperación.

—¿Va a seguir metiéndose en líos, no es eso?

—Es posible. Soy incorregible por completo. Pero confío en verla de nuevo… sano y salvo.

—Yo también lo espero —y los pardos ojos de la muchacha se fijaron en él, brillantes—. Cuídese, Drury. No cometa más locuras. Deben vigilarle muy de cerca.

—¿Si me vigilan? —Max asintió—. No vuelva la cabeza, pero si escucha un poco sentirá el motor de un coche que nos sigue

despacio. Me van vigilando muy de cerca.

—¿Quiénes?

—Cualquiera lo sabe. Aún no tengo la menor idea de quién moverá los hilos de todo esto. Puede ser Merril o ser otro. El Sindicato puede tener al gobernador en el bolsillo, en cuyo caso sería Slade. El teniente Mulligan puede ser un bribón astuto que maneje el cotarro a sus anchas. Y así tantos otros… Rosso va a tener que barrer de firme, cuando llegue a gobernador.

Subieron al «Buick» de Drury. A partir de allí, el joven hizo diabluras al volante, rebasando las velocidades permitidas y describiendo curvas escalofriantes. Cinco minutos después, el coche seguidor ya no estaba a sus talones.

—Perseguidor burlado —rió Max, frenando ante la casa de apartamientos donde vivía Alma—. Y la dama en su casa. Cierre bien la puerta. Y no abra a nadie. Yo tengo que hacer un par de visitas todavía.

—¿Teme que me ocurra algo a mí también? —Los ojos reflejaron temor.

—No sabemos lo que puede ocurrir. Todo el que se acerca a mí parece víctima de un maleficio. No me gustaría que a usted le ocurriera algo.

—¿Por qué? —preguntó ella, entreabriendo los labios en la penumbra del coche. Su cuerpo juvenil y cálido rozaba el de Max Drury involuntariamente.

—Porque es joven, bonita e inteligente, como dijo el profesor Kruger. Y porque es una buena chica. ¿No le basta eso?

—No. Quiero que me diga otras razones. Por ejemplo, que no sea hipócrita, y confiese que le gusto un poco —se inclinó, aplastando su boca contra la de Max bruscamente. Al apartarse, abrió la portezuela y declaró—: Usted a mí me gusta muchísimo, Max…

Enrojeció hasta la raíz de sus ondulados cabellos de suave color, y echó a correr hacia la puerta del edificio, por la que desapareció, sin que Drury hubiese aún salido de su estupor.

Se tocó los labios. Pensativo, los frotó con el pañuelo. Pero aunque quitó el *rouge*, de un escarlata sin estridencias, no logró borrar con igual facilidad la sensación de quemadura que persistía en ellos.

—Diablo de chiquilla —farfulló de mal humor—. La fortaleza se tambalea…

Alejó de su mente tales ideas y pisó el acelerador, poniendo en marcha el coche. Voló literalmente hacia otro punto de Junction City, por entre las borracheras de luces y de colores que lo inundaban todo al llegar la noche.

No tardó más de siete minutos en alcanzar los «Apartamientos Bahía». Frenó el coche en el bordillo opuesto al del edificio de apartamientos. Encendió un cigarrillo sin moverse del volante, y oteó la calle. No descubrió a nadie sospechoso alrededor.

Salió del «Buick», cruzando rápidamente la calzada. Se sumergió en la oleada de luz del moderno y lujoso vestíbulo del «Bahía». Avanzó en derechura hacia el «comptoir», donde un joven imberbe, de uniforme azul y galones de oro, se inclinó solícito hacia él.

—¿Desea apartamiento, caballero? —preguntó vivamente.

—Sí, por favor —mintió Max, tranquilamente—. Uno bien lujoso. No importa el precio.

—Enseguida, señor —la obsequiosidad del empleado creció al conjuro mágico de la demanda—. Firme en el libro registro, por favor.

Drury tomó el libro y comenzó a estampar la firma. Entretanto, el conserje se volvió hacia otro empleado, llamándole con voz engolada. Rápido, Drury comenzó a hojear páginas en busca de la firma que deseaba.

Le sorprendió la mirada del conserje, y Max sonrió, extrayendo un billete de veinte dólares.

—Son cinco dólares al día, señor —informó con frialdad el conserje, retirando el libro—. ¿Se queda uno o varios?

—Uno, por el momento. Cobre y guárdese la vuelta —sonrió Max.

—¿A cambio de qué?

—Chico listo. Ando buscando a un viejo amigo que me escribió desde Junction. Me dijo que se alojaba en el «Bahía». Me gustaría saber si está aún aquí.

—No podemos dar informes de nuestros clientes, señor.

—Ya sé —extrajo otros veinte dólares, que dobló sobre el mostrador—. Pero tenga en cuenta que es un amigo mío, casi un pariente. Necesito encontrarlo.

El joven recogió este billete con igual premura que el anterior. Se suavizó algo su tono.

—Está prohibido revelar nada de los clientes, pero dada la circunstancia… ¿Cuál es su nombre, señor?

—Claude Branwell. Hace unos meses que llegó a Junction.

—¿Branwell? —El conserje enarcó las cejas, comenzando a hojear el libro—. ¿Cuándo fue su entrada en el edificio, más o menos?

—A principio de curso en las Escuelas. No recuerdo fecha exacta.

—De eso hace unos cinco meses —frunció el ceño—. ¿Ha dicho Branwell?

—Eso es. Claude Branwell. Estudiante. Sin residencia fija.

La mano del joven comenzó a pasar hojas de atrás velozmente. Max tenía los ojos fijos en ellas. Por eso no advirtió la presencia de la persona situada a su lado, hasta que habló, apoyando una mano firme sobre el libro.

—¿Busca algo, Drury?

El conserje dio un respingo. Max volvióse despacio, dueño de su sangre fría. Chocó su mirada con la glacial de Larson, el funcionario del Control de Forasteros. Éste sonrió burlón, mientras endurecía su gesto al mirar al joven del «comptoir».

—Siempre eficiente…, siempre oportuno —recitó sarcástico Max Drury, encogiéndose de hombros—. ¿Me ha seguido?

—Le he vigilado. Yo siempre vigilo. —Su mirada se achicó, fija en el conserje, que no se atrevía a mirarle—. En cuanto a usted, después hablaremos.

—Señor, me engañó… Dijo que era amigo de Claude Branwell.

—¿Branwell? —El tono de Larson fue chirriante—. Vaya… ¿Quién es ése?

—Es lo que trato de averiguar. Usted me ha estropeado el juego.

—No me gusta su juego. Anda metiendo las narices en todo. Acaba de salir del hospital, salvando la vida por casualidad, y ya vuelve a las andadas.

—Yo no me canso nunca, Larson. ¿Le asusta que investigue sobre Branwell?

—¿Asustarme? ¿Por qué razón?

—Era un forastero. Usted controla a los forasteros de Junction.

—¿Y qué?

—Éste desapareció de repente. Como engullido por la tierra. Raro, ¿eh?

—No tanto. Era más inteligente que usted. No le gustaba esto, y se fue.

—O le echaron. Y yo quiero saber por qué.

—Usted siempre quiere saber. ¿No ha complicado ya la vida a demasiada gente?

—No a todos los que yo quería ver complicados. Queda mucho trecho por recorrer aún.

—Váyase de aquí.

—Ya me voy. Pero no voy a dejar la pista de Branwell. No sé por qué, ese hilo nuevo puede llevarme al fondo mismo del ovillo.

—O al fondo de la fosa.

—Muy gracioso. —Drury arrugó la nariz—. ¿Ya la han cavado?

—Se la está cavando usted mismo.

—Así sólo falta que alguien me empuje —rió Max—. A ser posible, con un camión o una ametralladora provista de teleobjetivo. Son sus métodos, Larson.

—No sé de qué me habla.

—Claro. Aquí nadie sabe nada. Están supurando veneno, pero nada saben. Adiós, Larson. Y no sea muy duro con el chico del «comptoir». Se creyó lo que yo le dije. Igual le hubiera ocurrido a usted, de no ser un esbirro importante de Merrill y compañía.

Salió del «Bahía», dejando a un Larson perplejo, ceñudo, apoyado en el mostrador.

—Claude Branwell —masculló para sí el agente. Miró con ira al empleado—. Maldito estúpido… No quiero que reveles nada de los clientes a nadie. ¡Y mucho menos de ese tal Branwell!

CAPÍTULO X

Entró en su cuarto para cambiarse de ropa. Aún tenía que cenar e ir al
«Lilly's».
Coleman y Rosso le habían dicho que estaba totalmente reformado y marchaba bien. Después de todo, era legalmente suyo todavía.

Encendió la luz, comenzando a despojarse de la chaqueta. Silbando entre dientes una melodía, se encaminó al armario donde guardaba su ropa. A través del amplio ventanal, Junction City le ofrecía sus edificios sólidos y altos, cuajados de luz. Era una gran ciudad en pequeño. Más allá, el lago delimitaba su extensión urbana.

Tomó el colgador con su único traje oscuro, propio para la noche. Aún se encontraba débil, y el brusco movimiento del brazo herido le hizo sentir una punzada en la cicatriz del balazo. El colgador cayó de su mano.

Maldiciendo entre dientes, se inclinó a recogerlo. En aquel preciso instante, chascó el vidrio de la ventana, como roto por una pedrada. No hubo detonación, pero algo zumbó siniestramente dentro de la habitación, y por encima del inclinado Drury.

Al fondo de la estancia, el espejo del tocador se hizo añicos. Drury volvió allá los ojos dilatados por la sorpresa. Vio el roto en forma de telaraña, con el orificio inconfundible en su mismo centro.

¡Un disparo silencioso!

Rápido, se arrojó al suelo, sobre la alfombra. Un segundo chasquido, nuevos vidrios quebrados, y un runruneo de abejorro metálico que murió en un mueble.

Con la celeridad del pensamiento, obró Max para evitar nuevos disparos tan peligrosamente cercanos. Sin moverse del suelo, se

descalzó. Arrojó el zapato contra la luz del techo.

Acertó en pleno globo, y se quebraron con un chasquido éste y la bombilla que encerraba. La sala se quedó en tinieblas, sólo iluminada por la claridad parpadeante del exterior, cambiando en cien tonalidades distintas.

No se repitieron los disparos al faltarle al tirador emboscado la ayuda de la luz. Sin arriesgarse, Drury se deslizó pegado al suelo hasta muy cerca del ventanal.

Vio movimiento en una ventana del edificio de enfrente. Algo vidrioso hizo centellear la luz de los fluorescentes. Una sombra difusa se apartó del hueco. Raudo, Drury se incorporó y lanzóse hacia la puerta.

Salió al corredor, pulsó el botón del ascensor, y éste se detuvo segundos después. Penetró como una tromba:

—¡Pronto, abajo! —gritó al ascensorista—. ¡Acaban de disparar sobre mí desde el edificio de enfrente!

El ascensorista se precipitó hacia la planta inferior. Nada más abrirse las puertas, Drury salió como una catapulta, cruzando el amplio vestíbulo sin detenerse. La gente se volvió, asombrada, al verle con tales prisas y en mangas de camisa.

Pisó la acera. Pasaban muchos vehículos por la calzada y se detuvo un momento en el borde de la acera, esperando un claro para cruzar. Al otro lado se había parado un coche, del que saltó alguien a la acera. Drury le reconoció. Gritó con voz potente:

—¡Rosso, no se mueva de ahí! ¡Vigile esa puerta!

El joven Raymond Rosso, perpleja la expresión, se volvió hacia Drury. Pareció entender, porque asintió y se quedó en la acera, con los ojos clavados en la salida del edificio desde donde se efectuara la agresión.

Hubo una disminución en el tráfico, y Drury salvó la calzada en varias zancadas, llegando junto a Rosso, que había empuñado una pequeña automática del calibre 32 con aire resuelto.

—¿Qué es lo que ocurre, Drury? —interrogó sordamente al reunirse Max con él.

—Han vuelto a atentar contra mí. Y por el mismo sistema de la otra vez. Sólo que ahora con silenciador. Desde esta casa. A la altura del piso séptimo. No ha podido tener tiempo de salir. Y si lo hubiera hecho, hubiese tenido que verle usted.

—No he visto salir a nadie. ¿Cree que utilizaron un riñe?

—Sí. Con teleobjetivo nuevamente. Me salvó una providencia. Al caerme de la mano la percha del ropero, me incliné a recogerla. Entonces pasó sobre mí la bala. Y otra más tarde.

Sin vacilar, Rosso alzó su automática y disparó al aire. El estampido provocó la alarma. Un grupo de gentes se detuvo junto a ellos. Un agente del tráfico corrió hacia el lugar del disparo. Rosso sonrió, combativo.

—Bien hecho, Raymond —aprobó Drury—. Vamos a tener que registrar ese edificio, hasta el último rincón. Y por Dios que esta vez, a no ser que se lo haya tragado la tierra, aparecerá el tirador del rifle. Con todo este barullo, no podrá abandonar la casa sin ser visto.

* * *

Max Drury y Raymond Rosso salieron cabizbajos del edificio. Tras ellos, un grupo de policías armados, casi tan nutrido como el de curiosos agrupados en la acera. El teniente Mulligan iba con sus agentes. Tampoco parecía precisamente feliz.

—Empiezo a cansarme de ir siempre detrás suyo, Drury —rezongó, parándose junto a su coche—. Si algún chiflado quiere seguir practicando el tiro sobre usted, me tiene sin cuidado. Márchese de Junction y no le ocurrirá nada.

—Las balas no van a convencerme para que huya —replicó Drury, virulento—. Estoy seguro de que el tirador estaba ahí. No ha podido salir. Usted o sus hombres, por abulia, no han dado con él o le han permitido escapar.

—Por esta parte no ha salido nadie —le avisó el conserje con viveza, rodeado de curiosos que se agolpaban ante la casa—. Hemos sido cien ojos vigilando mientras ustedes hacían el registro. Si no está dentro, es que ha salido volando.

—Hay escaleras de incendios, azoteas y patios. —Mulligan se encogió de hombros—. Mil medios de escaparse. Era ingenuo pretender una cacería así.

—No es tan fácil escapar con un rifle pesado y dotado de varios accesorios igualmente engorrosos. Y esa arma no está en la casa, lo hemos comprobado.

—Tampoco puede asegurarse… Hay mil lugares que ni el más agudo policía sospecha.

—Sí. Dobles fondos, pasadizos, secretos y demás efectos de melodrama —replicó Drury—. Esto no es un folletín, teniente, sino la vida real. Un rifle con silenciador y telescopio, pesará más de veinte libras. Y abulta lo suyo.

—Regístreme —respondió, zumbón, el teniente—. A lo mejor lo llevo en mi chaleco.

—Teníamos que haberlo encontrado —apoyó Rosso a Max Drury —. No lo entiendo.

—Hay tantas cosas que yo no entiendo, que acabaré por volverme loco —silabeó Max.

—Subiremos a su apartamiento, Drury —observó Mulligan, secamente—. Hay que retirar los proyectiles y comprobar su calibre. Puede ser interesante.

—Puede serlo, pero no lo creo… En fin, vamos allá, Rosso. ¿Sube usted?

—No, Drury. Venía a informarme de cómo se encontraba de sus heridas —sonrió con ironía—. Y casi me encuentro con un cadáver. Le felicito por su suerte y su habilidad. No todos deben la vida a una percha o a un zapato.

Drury rió también alegremente, olvidándose de su dramático lance, y despidióse de Raymond Rosso, encaminándose con el teniente Mulligan hacia el Walworth.

Pero sabía que todo cuanto el policía aparentase hacer era tan ficticio como carente de sentido práctico.

Una vez más, el asesino del fusil ametrallador habíase esfumado. Y la muerte seguía aleteando en torno suyo, amenazadora y sutil. Como un fantasma tenebroso del asfalto de Junction City.

* * *

—Buenas noches, Drury. Su flamante local marcha a la perfección. ¿Y su propietario?

Max guiñó un ojo a la opulenta y provocativa Lilly, que seguía dirigiendo el establecimiento como si fuera suyo. Pero lo hacía bien. Había clientela abundante, a pesar del temor que en todos producía el saber que Drury era un «no contribuyente», sometido por tanto a

las iras de los ejecutores del Sindicato de Control Ciudadano.

—El propietario está bastante peor que el local —comentó Max, meneando la cabeza—. Además de dolerme todo endiabladamente, alguien ha intentado esta noche agujerearme la piel desde una ventana.

—¿Otra vez? —Lilly parpadeó. Bajo la blusa de satén rojo, tremoló su potente busto—. Cielos, Drury, si fuera agente de Seguros, no aseguraría su vida ni en diez centavos.

—Hasta ahora voy viviendo —gruñó Drury, mirando al barman, el mismo que le sirviera el día de su llegada a Junction. Un día que parecía muy lejano—. Sírveme un
high-ball,
si aún te acuerdas de prepararlo.

—Claro, patrón —sonrió el otro—. Será especial para usted.

—Da gusto ser el amo. Le tratan a uno como a los ángeles. —Miró a Lilly—. ¿Y los del Sindicato? ¿No han dirigido ninguna amenaza o insinuación?

—Nada. Se ve que están también un poco atemorizados por el ritmo que llevan las cosas desde su llegada, Drury. Antes había violencias, pero no corría la sangre. Ahora esto parece un matadero. El asfalto está poniéndose rojo.

—Alguien dijo una vez eso mismo… —meditó Drury. Estaba pensativo—. Y la sangre sólo se lava con sangre, Lilly.

—Cielos, qué lúgubre es usted —se estremeció ella.

Drury seguía pensando en algo. De pronto, miró a Lilly.

—Una pregunta, Lilly.

—Dispárela —le invitó Lilly, sonriendo coquetonamente.

—Necesito un favor de usted. Muy confidencial. ¿Es usted de fiar?

—Soy de absoluta confianza —se acercó a él hasta rozarle—. Y le hago el favor que me pida. Sea cual sea.

—Por ahora, sólo se trata de una diligencia privada. Estrictamente secreta. —Sonrió al ver la decepción en el rostro de la rubia. Le acarició la barbilla—. Más adelante, habrá tiempo de hablar de cosas más gratas, Lilly. Quiero que envíes un telegrama… Urgente. Pero quiero estar seguro de que sale de Junction, no que quede detenido en la estafeta por alguien. ¿Entendido?

—Entendido. —Ella se arregló el escote, soltando un botón más.

Rió con picardía—. Conozco al telegrafista de servicio nocturno. Puedo estar a su lado hasta que lo despache. Y lo despachará encantado.

—Encantado o no, que lo despache —tomó el high-ball y bajó del taburete—. Ven conmigo, Lilly. Te daré el texto.

Se encaminaron al despacho interior. Allí, Max dejó su vaso de bebida, tomó papel y trazó unas rápidas líneas. Lilly lo tomó, leyéndolo. Silbó, alzando los ojos hacia Drury.

—Caramba —musitó—. ¿No se ha equivocado en el destinatario?

—Creo que no —rió Drury, duramente—. Se avecinan días graves para Junction. ¿Crees aún que ese telegrama saldrá?

—Este u otro cualquiera. —Ella le guiñó un ojo—. Ya lo verá…, patrón.

E inclinándose sobre Max, le plantó sus labios en los de él. Drury, aunque se echó atrás, no pudo evitar el beso. En el mismo momento se abrió la puerta del despacho.

—¡Oh, perdonen! No debí entrar sin llamar.

Max sintió una cosa parecida a una descarga eléctrica cuando reconoció la voz aquélla. Volvió vivamente la cabeza hacia la puerta. La carita menuda, de ojos pardos y muy abiertos, la boca roja y carnosa, redondeada por un mohín de asombro y decepción profundos.

—¡Alma! —masculló. Miró con cierta irritación a Lilly, que se alejaba riendo, con un suave cimbreo de sus caderas de ánfora, y se frotó los labios manchados de rojo—. Alma, deje que le explique. Esa condenada mujer es…

—No tiene que excusarse conmigo —cortó glacialmente la joven, irguiendo su cabecita con altivez—. Es soltero, libre y dueño de sus acciones…

—Pero, Alma, deje que se lo cuente. —Avanzó hacia ella—. No hay malicia ni…

—Perdone si esta noche hice yo igual que esa señora. Debe considerarme muy mal.

—No sabe lo que dice, criatura. Se trataba de una broma que…

—Por favor, señor Drury. —La voz de ella era seca, cortante—. Le repito que no quiero explicaciones. He venido a traerle algo que

he encontrado en casa esta noche. Entre las cosas de Rhonda. Nada más verlo, he pensado en usted y se lo he recortado del Boletín Escolar de Junction.

—¿Qué es eso? —Se intrigó Drury.

—Hay la costumbre, en todas las aperturas de curso, de publicar en el Boletín las fotografías de los cuadros de diversos Colegios. El nuestro es uno de ellos. Rhonda recortó la fotografía donde aparecemos las dos, junto con todos los demás. Véala.

Max Drury extendió la mano. Quiso coger los dedos de la joven, pero ella lo eludió dejando en su mano el recorto de una revista editada en buen papel couché. Por ello, la reproducción litografiada era excelente y nítida, bajo el epígrafe:

«*Apertura de curso en la Escuela de Bellas Artes de Junction City*».

Se habían marcado dos puntitos con tinta verde, sobre Alma Charles y Rhonda Coleman, en la hilera de muchachas. Detrás, estaban los estudiantes varones, y los profesores a un lado… Reconoció a *herr* Kruger. Siguió con el índice la hilera de rostros. Se detuvo un momento sobre el de Martin Castle. Siguió después.

De repente dio un brinco y retrocedió. Había un rostro familiar entre todos los restantes. Por una coincidencia con el momento de disparar la placa, el hombre fotografiado había salido con los ojos cerrados, sin duda al parpadear.

Por eso le reconoció. Una exclamación de estupor brotó de sus labios. Solamente le faltaban los dos hilillos de líquido espeso y oscuro, brotando de la nariz, para…

—¡Cielo, Alma! —gimió—. ¡Es el hombre muerto de aquellas fotografías!

—Sí —asintió ella, despacio, con la mirada fija en la fotografía, estremeciéndose—. Y ahora lo he recordado. Es el hombre llamado Claude Branwell…, el desaparecido…

En el mismo instante, sonó en el exterior un estruendo de cristales aterrador. Alguien chilló, con voz descompuesta:

—¡Es Slade con los ejecutores del Sindicato!

CAPÍTULO XI

Nada más percibirse el estruendo, Max Drury arrojó a un lado a Alma Charles, mascullando abruptamente:

—¡Por lo que más quiera, no se mueva de aquí! ¡Bajo ningún pretexto!

Luego, mientras la gente prorrumpía en gritos en el salón de su negocio, se lanzó como una saeta hacia la puerta.

Allí estaban Slade y los demás. Con su aire de siempre. Cubiertas las manos con los guantes de piel, los ejecutores de las decisiones sindicales de Junction City. Slade, con una recia barra de hierro, había empezado a quebrar botellas y anaqueles tras el mostrador.

Drury no esperaba tan pronto la violencia. Miró a la puerta. Los dos tipos, con las manos sepultadas en sus amplias americanas, vigilaban a los ocupantes del establecimiento.

Max clavó sus ojos en el asustado barman. Éste le buscó con la mirada, y al encontrarle, hizo una muda, angustiada pregunta. La cabeza de Drury asintió. El camarero, sin moverse de donde estaba, se dejó caer de espaldas sobre cierto punto de las anaquelerías. Inmediatamente, en la puerta del establecimiento, y a espaldas de los dos guardianes armados, brotó una sirena de alarma que comenzó a aullar rabiosamente. Los dos tipos se volvieron, dando un respingo, para encontrarse con que de las rendijas del muro que habitualmente servían para el aire artificial brotaba una densa nube de humo acre.

Agitaron las manos, mientras el humo brotaba, sibilante, y comenzaron a toser, con los ojos cubiertos de lágrimas. Slade, que se había vuelto, chilló irritado:

—¡Cerrad eso! ¡Son gases lacrimógenos! ¡Esos malditos van a pagarlo caro!

Pero sus dos guardianes no podían ni sabían cerrar aquello. Y el gas les rodeaba, inutilizándoles entre grandes toses y llanto.

Drury sonrió duramente. Esta vez, la reforma del local había guardado sorpresas poco agradables para los verdugos del Sindicato. Rápido, saltó al centro del local.

Slade se volvió, encontrándose con él. Tuvo un destello de furia. Tanto él como Slade y sus destructores profesionales, estaban lejos de la acción del gas.

—¡Haga parar ese chisme o no lo cuenta, Drury! —rugió Slade, virulento—. ¡Es una orden!

Llevó la mano al bolsillo de su ancha chaqueta verdosa, sospechosamente abultado. Drury no le dejó concluir. Su mano derecha se cerró, cayendo implacable sobre el otro. Slade se tambaleó, ya con un revólver chato, de cañón recortado, entre sus dedos. Drury le atacó con otro mazazo violento de su izquierda, que cruzó el mentón del tipo, arrojándole aparatosamente contra una mesa, que se vino abajo, en medio de un estruendo atroz de botellas y copas.

Los esbirros de Slade, en número de cuatro, avanzaron amenazadoramente hacia Drury. Eran tipos fuertes resueltos y nada escrupulosos. Pero todo eso se daba también en Max Drury. Y por algo éste había sido expulsado de dos Cuerpos distintos durante su vida policial.

La dureza de sus puños se estrelló contra el grupo de individuos enguantados. Cayó entre ellos como un alud. Eludió un directo terrorífico al rostro, e hincó la rodilla en el estómago de uno, que se dobló gimiendo, para volver a erguirse, disparado como una catapulta por el mazazo de abajo arriba que le clavó Drury en el cuello. Sin respiración, el hombre rodó por tierra, con los ojos en blanco.

Un puño le golpeó en pleno rostro. Algo salobre corrió por entre sus labios. Rabioso, Drury giró sobre sí mismo, evitando otro impacto doloroso, y aferró una silla inmediata.

La volteó en el aire, estampándola sobre el cráneo de otro de los hombretones. Éste se arrugó igual que un muñeco, aplastándose de bruces sobre las baldosas.

Aún quedaban dos enemigos, mientras el gas se extendía más y más. Drury evitó meterse en la zona lacrimógena, y vio cómo Slade

se incorporaba tambaleante entre vidrios, con el rostro cubierto de cortes, y el chato revólver Colt en la mano, buscando a su enemigo.

Despreciando a los otros dos, Max brincó de nuevo sobre Slade. Una lluvia de impactos machacó el rostro innoble del verdugo. Cayó contra el mostrador. Allí comenzó a ir girando igual que una peonza, de arriba abajo, a impulso de los mazazos de través de un Max Drury implacable y virulento.

Por último, Slade se abatió contra la pared. El revólver escapó de sus dedos, y fueron los de Drury los que lo aferraron al vuelo revolviéndose como un tigre contra los restantes adversarios que aún quedaban en pie en medio del campo de batalla que era el establecimiento. Los clientes, agrupados lejos de la salida del gas, presenciaban con incredulidad la desigual lucha, temiendo por la suerte final de Max Drury.

—¡Para el gas! —ordenó al camarero con brusquedad.

Y amartilló el revólver, disparando sobre uno de los dos supervivientes del grupo de vandálicos, que rebuscaba algo en su bolsillo.

La bala destrozó el codo del hombre elegido. Con un aullido quebrado por el dolor, el herido se abatió contra el mostrador. Su compañero, sin esperar a más, alzó los brazos al techo, como si quisiera colgarse de una lámpara, y permaneció inmóvil.

—Bueno —jadeó Drury—. Asunto concluido, amiguitos… Tenía ganas de enfrentarme a vosotros. Yo no soy Lilly ni ninguno de los asustados propietarios de Junction City. Y esto de hoy, ya sabéis lo que significa: el que ha de pagar a vuestro cochino Sindicato, ya no pagará. Lo que hace uno, puede hacerlo otro. Y lo van a hacer. Sólo hace falta que uno se resistiera con éxito. Ese he sido yo, granujas. Os vais a largar de aquí ahora mismo. ¡Y corriendo como comadrejas, sucios rufianes!

Uno de los que sufrieran los efectos del gas derramaba llanto contra el mostrador. El otro, tosiendo, se doblaba sobre una mesa. Súbitamente, uno de los que habían caído bajo los puños de Drury, comenzó a incorporarse.

—En marcha y con buenos modales. Salid de mi local para no volver nunca más. Se han acabado los Sindicatos «protectores» del industrial. Nada de chicas públicas en los establecimientos, ni cuotas canallescas a cuatro bandidos protegidos por la ley. ¡Fuera!

El que se había recuperado sepultó de pronto la mano en su chaqueta. La extrajo armada de una plana automática que dirigió hacia Drury con gran rapidez, disparando.

Max intuyó el peligro. Saltó de costado, y uno de los nuevos espejos se hizo añicos al recibir la bala, a espaldas suyas. La réplica del chato «Colt» incautado por Drury, destrozó al otro los dedos y le arrancó de entre sus falanges la humeante automática. Un aullido de infinito dolor acogió su certero disparo.

—Yo no bromeo —avisó con dureza diamantina—. ¡Fuera todos de aquí!

Slade se incorporó, sangrante y maltrecho. Echó a andar hacia la puerta. Detrás suyo, los demás. Como perros apaleados. Ya en la puerta, Slade se aferró al marco, volviéndose con expresión de ira inmensa hacia Max.

—Esto le costará la vida, Drury —silabeó—. Recuérdelo bien.

Salió, mientras Max reía agriamente. Ni un solo esbirro del Sindicato quedó dentro del establecimiento. Drury se volvió al público con una sonrisa torva en su semblante.

—Por favor, señores, perdonen el desagradable espectáculo. Pueden seguir tomando lo que deseen. La casa invita ahora. Y no teman a los verdugos de Slade. No volverán más…

* * *

El ambiente de Junction City se había densificado de repente. La resistencia violenta de Max Drury contra los elementos del monstruoso Sindicato, no apareció en los diarios, salvo en el de la oposición que financiaba Herman Rosso, el candidato. Pero bastó lo ocurrido para que toda la ciudad conociese la noticia, rápida como un reguero de pólvora en extenderse.

Pronto comenzó a cundir el ejemplo. Los propietarios de la cadena de establecimientos Walcott se negaron a pagar cuotas y anunciaron a las chicas que frecuentaban sus mesas y reservados, de que a partir de determinada fecha no serían admitidas allí.

Recibieron amenazadoras llamadas telefónicas del Sindicato de Control Ciudadano, pero esas llamadas, al multiplicarse a otros propietarios de bares y locales de bebidas, fueron perdiendo efecto. Slade y su pandilla no podían abarcarlo todo.

En menos de una semana, fueron hasta treinta y nueve los locales que se rebelaron contra los Sindicatos de Junction y sus leyes acomodaticias.

> «NUESTRAS INDUSTRIAS PLANTAN CARA AL SISTEMA DE SINDICATOS DEL VICIO MANTENIDOS POR EL GOBERNADOR MERRIL»

Así rezaba el diario de Herman Rosso, en grandes titulares.

El gobernador Merril dirigió una alocución personal a la ciudad, a través de las cámaras de Televisión, y Max Drury la escuchó, sentado cómodamente en su apartamiento, mientras saboreaba un high-ball.

—... No quiero exigir de vosotros una obediencia ciega, de gentes sin criterio propio, pero sí ciudadanía. Si Junction City ha llegado a Ser una ciudad alegre, rica y frecuentada por forasteros, se debe a su ambiente, único, de diversiones y de placer. Eso es manantial de riqueza, fuente de ingresos que nos permiten mejoras. Mi sistema de Sindicatos es estrictamente legal y justo. Si os ponéis contra él por la fuerza, cometéis un delito que...

Asqueado, Drury cerró el receptor. El arrogante, atlético gobernador del Condado de Junction, hablaba apasionada y convencidamente ante las cámaras. Pero a él no podía engañarle.

Se volvió hacia su visitante, que, como él, estaba contemplando la Televisión.

—Ya lo ves, Alma —comentó, entre dientes—. Nuestro primer ciudadano se pone serio. Eso indica que van a ocurrir cosas. Faltan apenas unos días para la Convención política. Según como vayan las cosas, Merril no llegará al final. Su sistema se resquebraja, y su edificio de barro amenaza hundirse, sepultándoles en estiércol a él y a su gentuza. Eso es lo que él ve, y por ello gallea aún en las pantallas televisoras. Sabe que está perdido, y trata de sacar el mayor provecho posible.

Alma Charles asintió, sorbiendo lentamente su refresco de menta, preparado por Drury.

—Has sido todo un héroe, Max Drury —asintió, sonriente—. Cada vez que recuerdo tu pelea de aquella noche en el bar... Creí

que los aplastabas a todos con tus solas manos.

—Poco faltó —rió Drury—. Sólo que soy un chico moderno y me gusta también que las pistolas hablen un poco. Los puños son algo anticuados.

Rieron los dos. Alma le miró con simpatía.

—Al principio, pensé que tenías algo con Lilly, esa rubia del bar —declaró—. No podía saber que estaba ayudándote en algo. Eres un terrible seductor de mujeres, Drury.

—Muy amable… —Se puso en pie, pensativo—. Por cierto que no he tenido respuesta a cierto telegrama que Lilly me despachó aquella misma noche.

—¿Importante?

—Importantísimo. Es lo que me falta para completar cierta teoría que tengo. Si es tal como yo sospecho, es posible que alguien acabe en la silla eléctrica.

—¿El gobernador Merril?

Drury no respondió… Estaba reflexionando, con el ceño fruncido y los ojos clavados en el muro de su apartamiento. De repente, sonó el teléfono, sobresaltándoles a ambos.

Descolgó el auricular.

—¿Quién llama? —preguntó, con voz seca.

—Soy yo, Raymond Rosso —avisó la voz del joven al otro lado del hilo—. Venga enseguida a mi casa, Drury. Están sucediendo cosas muy importantes. Es posible que el gobernador Merril no pase de esta noche, si lo que hemos obtenido contra él es cierto. Pero Coleman y yo queremos que lo vea usted antes de utilizarlo.

—¿Qué dice a ello su tío?

—El no lo sabe aún. Estoy tratando de localizarle, pero con el discurso de Merril por la Televisión y el ambiente ciudadano al máximo grado de tensión, no resulta fácil. Debe andar en plena lucha por hundir del todo a Merril.

—Voy enseguida para allá, Raymond. —Colgó con premura y miró a Alma, que le escuchaba anhelante—. Las cosas se precipitan, pequeña. Vale más que te metas en casa y no andes esta noche por ahí. Ven, te llevaré a tu casa.

—¿Grandes acontecimientos?

—En vísperas de ellos. —Se movieron hacia la puerta. El timbre del cuarto zumbó. Drury torció el gesto—. Vaya… Estamos siendo

muy solicitados, a lo que veo.

Sepultó la mano en su americana. Ahora no se separaba de la automática que había adquirido recientemente, las cosas no estaban como para andarse con juegos. Avanzó hacia la puerta del apartamiento, se hizo a un lado con Alma, y preguntó:

—¿Quién es?

—Abra, Drury. —La voz del candidato a gobernador de Junction, Herman Rosso, sonó tras ella—. Tengo precisión de verle. Inmediatamente.

—Voy enseguida.

Abrió la puerta. Un Herman Rosso agitado, nervioso y con ojos brillantes de emoción, penetró en el piso, cerrando tras sí rápidamente. Miró a Alma con recelo.

—¿No podemos hablar a solas? —preguntó a Drury.

—Puede hacerlo ante ella —declaró Max—. Es una chica de plena confianza. Me ha ayudado mucho.

—Bien. —Rosso no discutió, dejando caer su corpulencia en un butacón. Respiró con fuerza—. Esto se hunde ya, Drury. Tenemos a Merril en un cepo, del que irá directo a la silla eléctrica.

—Ya dije yo que alguien acabaría tostándose en ella —musitó Max, pensativo. Estudió en silencio a Rosso y luego preguntó—: ¿Qué es lo que sucede? Su sobrino Raymond me ha telefoneado. Parece ser que también en su oficina hay algo explosivo, a punto de volar en pedazos la corrupción política de Junction City.

—Raymond es un chico listo. No sé lo que habrá encontrado, pero sí sé lo que he encontrado yo —rió de buen grado—. ¿Sabe una cosa? Acabo de enterarme de quién era realmente Anne Fisher, la muchacha rubia a quien usted vio morir en la calle.

—¿Un agente federal? —preguntó Max Drury.

Rosso dio un respingo, mirando al ex detective con asombro.

—¡Eh! ¿Cómo sabe eso? Es un informe especial de Washington que…

—Era de suponer, Rosso. Ya imaginaba algo así hace tiempo. ¿No ha habido también otro agente federal en Junction?

—Sí. —Rosso boqueó, perplejo—. ¿También sabe eso?

—Nada más lo sospechaba. Era… Claude Branwell, ¿verdad?

—Sí. —Herman Rosso inclinó la cabeza—. Que me ahorquen si usted ignora algo. ¿Ha sido acaso el que…?

—¿El que telegrafió urgentemente a Washington, pidiendo que investigaran la desaparición de Claude Branwell hace cinco meses? —sonrió tristemente—. Sí, Rosso. He estado esperando esta respuesta muchos días.

—Pues ya ha llegado. Lea… —Le tendió con aire fatigado un telegrama cifrado. La traducción del mismo figuraba sujeta con una grupa al impreso amarillo de las Western Union:

> «Claude Branwell es esposo de la agente federal Jane Fisher, muerta en Junction. Ignorábamos desaparición Branwell por haber pedido la baja del
> F. B. I.
> y concedida antes de su viaje a Junction City. Jane Fisher, introducida bajos fondos de Junction para obtener pruebas inmoralidad y corrupción ciudad. Enviamos inmediatamente fuerzas federales en vista informes recibidos».

—Cielos… —gimió Alma, después de leer el texto—. Ahora sí que no entiendo nada.

—Pues ahora todo está claro —habló Max con suavidad—. Jane Fisher cumplía valerosamente una dura difícil misión en Junction City. Su marido, también agente federal, no quiso dejarla sola. Temía por ella, y se presentó en Junction. Como estudiante de Bellas Artes. Vigilaba de cerca a Martin Castle, de quien su mujer debía haberle informado. Pero entonces, Branwell ya no era agente federal. Tenía órdenes de no inmiscuirse en la labor de su mujer y necesitó darse de baja para desobedecer esas órdenes. Un escrúpulo moral que nos refleja claramente la honradez del pobre Branwell.

—¿Dónde está él ahora?

—Le mataron.

—¿Eh? —Rosso dio un respingo—. ¿Cómo lo sabe?

—He tenido sus fotografías. Alguien sacó fotos a hombre muerto y llegaron a mi poder. Pero me la arrebataron cuando estaba herido. Branwell había sido muerto a tiros, porque los hilos de sangre de su nariz eran sospechosos. O tal vez de una brutal paliza, lo sabremos cuando se conozca el lugar donde está enterrado y

podamos ver su cuerpo. Algo falló en el peligroso juego de Claude Branwell. Acaso vio a su mujer, se entrevistaron ambos o ella le delató involuntariamente con una mirada, un gesto… Sospechaban ya de Jane Fisher y liquidaron a Branwell. La dejaron así sola, a su suerte, y a punto sin duda de delatarse por el terror. Pero era una chica valerosa. Se dominó. Al verme, algo la hizo confiar en mí. Quiso hablarme, decirme algo… Tal vez huía entonces de los asesinos de su marido. Y la asesinaron también.

—Es una horrible historia —se estremeció Alma.

—Sí. Todos los que se aman, mueren —dijo lúgubremente Drury —. Luego les tocó a Rhonda y a Mártir Castle. Éste sabía demasiado. Rhonda también, porque había obtenido de algún modo unas fotografías imprudentes que podían lanzar al
F. B. I.
como un enjambra sobre la ciudad, y convenía matarla, silenciar su voz acusadora. Cayeron ambos, siendo en realidad inocentes de muchas cosas. Creo que en este caso, hemos estado siendo engañados y burlados por ingeniosas cortinas de humo desde un principio y…

—Drury, tenemos que descargar el golpe de gracia lo antes posibles —le apremió Rosso—. ¿Vamos a casa de Raymond a ver las pruebas que ha obtenido?

—Sí, Rosso. Hay que ir muy deprisa. Ellos no se dormirán precisamente. En marcha.

Salieron del apartamiento, descendiendo a la calle Drury tenía aparcado su «Buick» en la calleja adyacente. Iba a subir Alma, cuando la detuvo sonriendo el candidato a gobernador.

—No. Ustedes dos vayan atrás. Yo conduciré. Cuando manejo un volante, soy más rápido que el rayo. ¿De acuerdo, Drury?

—De acuerdo, gobernador —sonrió Max, vivamente.

Entró Herman Rosso en el compartimiento delantero. Drury rodeó el coche para dar entrada a Alma por el otro lado.

Exactamente cuando llegaban a la parte posterior del «Buick», roncó el motor de éste, accionado por el candidato. Y en aquel instante toda la calle pareció llenarse de fuego, de estruendo y de horror. Alma gritó aterrada, lanzándose en brazos de Drury, que saltó instintivamente atrás, con los ojos dilatados por el espanto.

El «Buick» entero, con la carrocería abombada y rasgada, era

pasto del fuego. Dentro, tras la violenta y súbita explosión, se carbonizaba el cuerpo tronchado, roto, de Herman Rosso, virtualmente engullido por el estallido del automóvil.

Echaron a correr. Alma no podía sostenerse sobre sus piernas, pero Drury la arrastraba consigo, mientras una serie de explosiones seguían a la primera, al inflamarse la gasolina del depósito. Ni siquiera intentó Drury extraer del «Buick» al infortunado candidato.

Sabía cómo quedaba una persona sentada al volante, cuando se conecta con el motor una potente bomba. Y lo único que podía hacer era apartar a Alma del peligro y apartarse él mismo…

CAPÍTULO XII

La hilera de hombres esposados resultaba de un dramatismo estremecedor. Estaban absolutamente todos los tristes personajes que habían hecho de Junction City un reinado de pánico y de vicio.

Duncan Merril, el teniente Mulligan, Slade, Larson, Burt Ralston y muchos más de menor importancia. Todos iban desfilando ante las caras graníticas, implacables, de Dale Coleman y Raymond Rosso, ambos vestidos de luto, de Max Drury y Alma Charles, del agente especial Hayward, de la Oficina Federal de Washington, rodeado de un grupo de
G-Men.

—Asunto concluido —dijo Hayward, mirando a Raymond Rosso, con cansancio—. Carne para la horca. Ha sido una buena recogida de basuras, señor Rosso.

—Sí —silabeó lentamente el joven de arrogante aspecto, cuya habitual simpatía aparecía velada ahora por la expresión dolorida de su pálido rostro—. Los asesinos de Jane Fisher, de Rhonda, de Martin Castle, de tío Herman, el hombre que hubiera hecho de Junction una ciudad nueva y próspera…

—Eso ha sido muy doloroso —asintió Hayward—. Pero estoy seguro de que el señor Coleman será un buen gobernador, hasta que surja otro más joven o más amante de la política.

—Lo intentaré al menos, señor —declaró Coleman—. Por el recuerdo de Rhonda, de tantos otros, víctimas inocentes de esos asesinos…

—¡No puede achacamos crimen sangriento alguno! —protestó vivamente Merril, agitando sus manos esposadas—. ¡Cierto que hemos alimentado un sistema d vicio y de placer, porque era productivo para la ciudad! ¡Pero no hemos asesinado a nadie! ¡Es

una campaña insidiosa y absurda!

—Llévenselos —rezongó Hayward—. Me da asco oírles.

—Usted, Drury, puede hacemos justicia —implore repentinamente Merril, clavando en él sus ojos centelleantes, de un frío azul. Se parecía más que nunca a Kirk Douglas—. No es amigo mío. Nos ha hundido junto con los demás. Pero en cambio confío en su inteligencia. Admito mis culpas, no me excuso por nada de cuanto he hecho. Pero jamás moví un dedo contra nadie.

—El gobernador tiene razón —apoyó Ralston, esperanzado—. Recuerde la encerrona del «Sparrow». Pudimos matarle, pero no lo hicimos. Martin tampoco lo deseaba. Mis chicos le dieron una buena tunda y le dejaron allí. Se fue por su pie, ¿no es cierto? ¡No somos asesinos!

—Vamos, apártense de mi vista —les replicó Drury ásperamente —. Me dan náuseas todos. Ahora se podrá respirar un poco el aire en Junction.

—No esté tan seguro —replicó Merril, abatido por el fracaso de sus protestas. Bajó las manos esposadas—. Hasta hoy corrió el licor y el dinero por Junction. Tal vez sea sangre lo que corra después por su asfalto… De todos modos, Drury, aún confío en usted.

Se alejaron. Max les vio partir hacia el coche celular de los federales, con expresión meditativa. Merril ya no se parecía a ningún actor de la pantalla. Era un fracasado, un hundido… Las patrullas federales, armadas de rifles, recorrían las desiertas calles del distrito más populoso de Junction, cerrando establecimientos y precintando casas dudosas.

—Bueno, se terminó —suspiró Raymond Rosso, echando a andar —. Vida nueva en Junction.

Max asintió, con la vista fija en el asfalto. Alma se acercó a él, oprimiéndole. Sobre los edificios grises, el cielo era también gris, nublado… Hacía frío. Alma se estremeció.

—¿Vamos, Max? —pidió—. Puedo servirte café nuevamente…, como el primer día que fuiste a casa… ¿Recuerdas?

—Sí… —Drury alzó los ojos. Entonces vio a Audrey Merril. Estaba sola, erguida en una acera distante, viendo partir al coche celular con un brillo en sus hermosos ojos. El aire húmedo agitaba sus ropas, pegadas al cuerpo. La recordó en la mesa del «Realston. De todo eso, parecía hacer años—. Sí, Alma, vamos…

Echaron a andar. Junto a ellos iban Coleman, Raymond Rosso, el federal Hayward. De repente, Drury se soltó de todos. Cruzó, ante la sorpresa de ellos, la amplia calzada desierta. Se detuvo frente a Audrey Merril, que le miró fijamente.

—Buenos días, señora —saludó.

—Hola, Drury. —Ella no sonrió. Sus ojos estaban húmedos. Le temblaba la boca—. Lo logró, ¿verdad?

—Sí. Su esposo tenía que caer. No se puede dotar de vida a lo que se pudre.

—Cometió errores, es cierto —suspiró ella—. Pero no tantos como se dice. No es tan malo. Es un ambicioso, un materialista terrible. Pero yo le he visto enfurecerse cuando supo que habían muerto Rhonda Coleman y Martin Castle. Juraba que alguien quería hacer de su ciudad un cementerio, ensangrentar sus calles… Y era sincero.

—¿Cómo puede usted saber que lo era? Un hombre puede engañar incluso a su mujer.

—A mí, no. Jamás me hubiera engañado Duncan. Le conocía muy bien, Drury.

—Bien. ¿Qué va a hacer ahora?

—Esperarle. Sé que no pueden matarle. No es culpable de nada monstruoso. Algún día saldrá de la prisión, convencido de sus errores e iniciará una nueva vida. Yo le estaré esperando.

—Admirable… —Drury la miró con respeto—. Admirable lealtad, señora. ¿No me guarda rencor?

—No. —Le puso una mano temblorosa en un brazo—. Aunque le parezca mentira, no, Max Drury. Usted luchó a su modo. Tenía que vencer, porque tenía fe en sí mismo y en su causa. Adiós, amigo mío…

Se alejó calle adelante, bajo el cielo nublado. El aire agitó su amplia falda. Drury tragó saliva y volvió cabizbajo, al grupo de acompañantes. No dijo nada a nadie. Ni siquiera a Alma.

En el cruce inmediato se despidieron de Rosso, Colleman y el federal. Max Drury quedó en ir por la tarde a declarar para la encuesta contra los gobernantes arrestados. Luego, él y Alma Charles se encaminaron a la Avenida Nacional, a casa de la muchacha…

* * *

—¿Preocupado, Drury?

Max asintió, terminando su taza de café. Alma inclinó la cafetera, vertiendo nueva infusión. Luego, se acarició los cabellos, acomodada en un brazo del butacón que ocupaba él ante la Televisión.

Estaba hablando Dale Coleman ante las cámaras. El anciano se expresaba con sencillez, pero firme y duramente. Su palabra era clara y esperanzadora para la ciudad sometida a limpieza.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó ella—. ¿La señora Merril, tal vez?

—Es una de las cosas —asintió él.

—Es muy bonita —musitó Alma, como exponiendo un pensamiento íntimo.

—No pensaba en eso, sino en lo que me dijo. Es una mujer admirable. Y ama a su marido. Confía en el ciegamente.

—Toda mujer confía en su marido, aunque sea un bribón.

—Pero no cuando es un asesino o tolera los crímenes ajenos —cortó Max de pronto.

—Pues… no, claro que no —se sorprendió Alma—. Si es una mujer normal, hasta de su marido le horrorizaría tal idea. ¿Tú crees en la buena fe de la señora Merrill?

—No sé… —Sorbió más café, sin quitar los ojos de la Televisión—. Estoy tratando de imaginarme…

—¿Imaginarte qué?

—Un hombre lo bastante inteligente como para descargar los golpes en la sombra, cubierto por la figura de Merril, de un sistema degenerado que puede enmascarar sus delitos. En una administración de corrupción y de vicio, la violencia sangrienta puede muy bien atribuirse a los gobernantes…, mientras no haya pruebas de lo contrario. Y no las hay, naturalmente. Nuestro hombre es muy listo, demasiado para dejar cabos sueltos.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿A dónde vas a parar?

—Deja que continúe. Son ideas. Ideas confusas que no sé por dónde atarlas. Tal vez… tal vez refiriéndolas en voz alta, encuentre su sitio exacto… Escucha, Alma. Sigo imaginando cosas. Ese hombre astuto y envuelto en la sombra planea algo grande. Poder,

riqueza, impunidad para sus delitos y sus vicios, no sé aún. Sólo sé que ese hombre puede existir. Y entonces, Jane Fisher llega a Junction… Investiga, como una
taxi-girl
más. Su marido teme por ella y viene en pos de la muchacha, tras su baja en el
F. B. I.
Así, sin ataduras, vigilará a la esposa sin delatarla… Pero sumamente asombrado, nuestro hombre, que según *herr* Kruger es sumamente listo y rápido de comprensión, ve algo raro en las cosas de la ciudad. Ve que el gobierno de la población está corrompido, sí…, pero que hay algo más que huele mal. Negocios más sucios que el juego, las mujeres o la bebida. Drogas, por ejemplo. Grandes cantidades de drogas. Y eso, ni Merril ni su gente sabe nada.

—¿Es una fantasía o una realidad toda esa teoría tuya? —preguntó Alma.

—Fantasía por ahora. Pero puede ser realidad. Y sus posibilidades son las que me atraen, Alma. Me fascinan, mejor dicho. Sigo razonando por ese camino: Claude Branwell sigue entonces un rastro diferente del
F. B. I.:
el tráfico de drogas. Descubre que en la Escuela de Bellas Artes, centro de reunión juvenil, puede ser uno de los puntos clave de ese tráfico inhumano de narcóticos. Y acude a ella como alumno. Vigila de cerca a los sospechosos: Martin Castle es uno de ellos, porque fue adicto a las drogas. Y Rhonda Coleman otra, porque es adicta. Descubre cosas importantes. Cree saber ya quién distribuye las drogas. Sigue esa pista. Y da con su propia muerte. El traficante le asesina. Oculta su cadáver antes de tener ocasión de ocultarlo, destruirlo o enterrarlo. Alguien da con él, entretanto, y fotografía al muerto. Chantaje, sin duda. Pero el chantajista muere.

—¿Muere? ¿Otro crimen?

—Sí, estoy seguro de ello. Bastará revisar los archivos policiales de entonces. Veremos algún otro caso oscuro, de muerte accidental o cosa así. Nuestro hombre no es fácil de intimidar. No se detiene ante nada. Muerto el chantajista y muerto Branwell, comete e error de no destruir las fotografías. Alguien las encuentra y se las queda, para investigar aquello tan extraño. Rhonda Coleman, que las

guarda al alcance de cualquiera, entre sus propias fotos…, precisamente donde a poca gente se le ocurrirá buscarlas.

—Dios mío, Drury, todo eso suena a terriblemente lógico.

—Lo es. Y aún te lo parecerá más. Entonces, Jane Fisher se queda sola. Ella ha visto a su marido. Está inquieta. Entonces desaparece él… Es terror el que siente ahora. Quiere hablar con alguien que sea de fiar, porque la vigilan de cerca y le es imposible comunicar con Washington sin correr peligro de muerte. Su marido acaso la avisó de algo, porque ella ha descubierto también que en Junction hay algo peor que la propia administración política de la ciudad. Y no es tonta. Le resulta fácil descubrir que Ralston, Castle y los demás son inocentes como pajarillos en el asunte de las drogas. Entonces me ve a mí. Le inspiro confianza. Me busca. Y cuando va a hablarme, a manifestarme sus temores…, un camión la mata. Un camión que conduce un chofer recién despedido por Ralston. Eso es cierto, y Ralston no ha sido quien le pagó, sino otra persona.

»Así llegamos a la desaparición de Rhonda Coleman. ¿Por qué ha desaparecido ella? Es lo más absurdo de todo este caso. Estaba en casa de Martin Castle, donde cualquiera podía encontrarla. No había mucho misterio en el asunto. Y el asesino sabía dónde estaba ella. Está tan sorprendido como todos por su desaparición. De repente descubre que le faltan las fotografías. Sospecha la verdad. Rhonda lo sabe todo y le tiene miedo. Ha huido. La oculta Castle, que la está apartando poco a poco de las drogas, tal y como él mismo se apartó voluntariamente del vicio. Mientras Rhonda no intente algo, no hay peligro. Pero al entrar yo en el caso, todo se tambalea. Soy un tipo duro y obstinado, que acabaré encontrando a Rhonda y haciéndola hablar. Ella hablará y todo se irá al traste. Entonces alquila la oficina situada frente al piso de Castle. Instala un rifle ametrallador dotado de teleobjetivo. Y cuando siguiendo mis pasos me ve allí, vigila nuestra conversación gracias a la lente de su arma. Sabe leer en los labios de las personas lo que se dice. Cuando ve las fotografías, comprende el peligro. Y dispara. Dispara a matar a los tres. Luego, acude corriendo al piso, entra con los curiosos, obtiene audazmente las fotografías ante todo el mundo y sólo entrega las de Rhonda, haciendo desaparecer las otras.

»Pero esto, como dijo Merril, no encaja con la actitud de los

amigos de Castle, de Ralston y de otros en el asunto. Ellos me dan una paliza, pudiendo matarme impunemente, y me dejan allí con vida y libre de ir adonde me plazca. Esto no encaja con los repetidos intentos de matarme. Tratan de asustarme por todos los medios, pero no de matarme, como el misterioso tirador de rifle. Eso sólo da una solución lógica: mis enemigos son de dos bandos. Sé quiénes son unos: Merril y compañía. Pero ¿y el otro? Ésa es la incógnita… Estoy acercándome demasiado a la solución del asunto, y por eso debo morir. En cambio, a Merril y los demás les tiene sin cuidado mi suerte. Se creen fuertes. Demasiado para temer algo de mí.

—Pero ¿quién puede ser esa persona, Drury? ¿Existe realmente?

—¿Si existe? Sí. Es alguien que tuvo contacto con Rhonda Coleman. Lo suficiente para habituarla a las drogas, antes de que ella acompañase a Martin Castle, de quien se enamoró por su voluntad y firmeza en librarla del demonio de los narcóticos. Alguien que conocía al dedillo mis avances investigadores… Alguien que pudo descubrir a Claude Branwell en la escuela. Alguien que se mantenía al margen por completo del sistema de Merril, y que incluso le interesaba que éste se hundiera, acusado de crímenes que no había cometido. Alguien que pudo disparar sobre mí, a mi apartamiento, desapareciendo después, pese a que Raymond Rosso y yo buscáramos por todas partes. Alguien que supo que yo había lanzado un zapato contra la bombilla, a pesar de no decirlo en absoluto. Alguien, en fin que pudo sufrir el hurto de las fotografías delatoras a manos de Rhonda Coleman… y que esperaba que yo subiera a mi «Buick», para que al poner en marcha el motor, estallase el mecanismo infernal puesto dentro… Porque, naturalmente, la muerte del candidato Herman Rosso fue puramente accidental, y el explosivo era para mí. Por eso, poco antes, había sido requerido por teléfono con urgencia. Así tomaría el coche con toda seguridad. Si algo nos salvó a ti y a mí, Alma, fue la llegada providencial de Herman Rosso.

—Dios mío, Drury, ¿luego, entonces, es cierto? —Los ojos de la joven, muy abiertos, se fijaban llenos de terror en él—. ¿Existe… y pudo habernos destruido a los dos?

—Sí, Alma.

—¿Y… es… es…?

—El único que pudo aficionar a las drogas a Rhonda Coleman, antes de que ella huyese de él para unirse a Martin Castle, a quien todos creíamos el peor cuando realmente solo quería su salvación de las drogas, puesto sobre aviso por su accidental amigo Claude Branwell, que pronto vio al verdadero autor de la corriente de vicio de narcóticos en Junction. El único en fin, que pudo salir tranquilamente de la casa des de donde me dispararon la otra noche, guardando el rifle en su propio coche, aparcado allí, fingiendo salir del mismo cuando yo alcanzaba la calle…

—*¿Es… Raymond Rosso*?

—Sí, es Raymond Rosso, pequeña —asintió con voz sorda, helada, el antiguo detective privado.

—Raymond Rosso…, que ha venido a tapar sus bocas, mi querido Max Drury…

Los dos se volvieron con un sobresalto. La taza cayó de la mano de Max, y ella chilló agudamente.

Raymond Rosso estaba allí, en el umbral de entrada al gabinete. Debía de estar lloviendo fuera, porque llevaba gabardina, brillante de lluvia, y sombrero de lona. También llevaba una pesada pistola automática que les encañonaba a ambos.

El rostro del guapo, arrogante Rosso no era ahora guapo ni jovial. Una expresión de dureza infinita, de crueldad sin límites, delataba en él al imprevisto asesino que Drury acababa de retratar en una completa teoría de los crímenes de Junction City.

CAPÍTULO XIII

—¿Ha utilizado la llave de Rhonda para entrar? —preguntó serenamente Drury, mirándole sin moverse, en tanto que Alma se pegaba a él, llena de terror.

—Claro. ¿No se le va nada, verdad, sabueso?

—Nada. Pero se me han ido ya demasiadas cosas. Debí sospechar de usted mucho antes. Sobre todo cuando me dijo lo de mi puntería con el zapato, al disparar usted a mi apartamiento. Yo no lo había mencionado, sólo el asesino, el que veía a través del teleobjetivo, podía ser capaz de saberlo. Pero ha tenido su castigo Rosso. Un duro castigo providencial. La muerte que trazó para nosotros fue a caer sobre su tío Herman.

—¡Cállese!

—Sólo lamento que fuera él. Herman Rosso era un hombre íntegro, a cuya sombra quería medrar usted y su maldito vicio. Por eso era preciso hundir a Merril que no toleraba las drogas, pese a su aparente falta de todo escrúpulo. Merril y su sistema de vicio han sido los que me impidieron ver la realidad mucho antes. La cortina de humo a que yo me refería era la propia Junction City. De otro modo, hubiera sido fácil desenmascararle.

—Pero no lo ha sido. Y ahora que lo ha logrado, tal como yo temía en cuanto le vi reflexionar después de las protestas de inocencia del gobernador Merril y de su esposa, es tarde. Va a morir.

—¿Tal como mató al autor de las fotografías de Branwell y al propio Branwell?

El rostro de Raymond Rosso se contrajo vivamente.

—¿También sabe eso? Davy, el fotógrafo, era un pobre diablo. Dio casualmente con el cadáver de Claude Branwell cuando yo lo

oculté en un sótano que tenía alquilado para almacenar las drogas. Davy trabajaba conmigo. Al ver muerto a Branwell, se asustó primero. Luego pensó en extorsionarme y le salió mal la cosa. Apareció muerto en una calle. Había tenido la desgracia de ser arrollado por un coche que le destrozó.

—Siempre sistemas similares… ¿Con Branwell fue el revólver?

—Esta pistola —rió, agitándola ante los dos rostros pálidos y crispados… En la pantalla de Televisión, Coleman seguía hablando de nuevos sistemas, de orden y de justicia. De paz y de limpieza social. Era una ironía cuando su propio sobrino iba a sumar dos nuevas víctimas—. Branwell era listo, muy listo. Pero cometió el error de creer que yo era tonto. Dije que iba a venderle drogas a buen precio. Se hizo el adicto y vino conmigo al almacén. Allí le acribillé a tiros cuando me volvió la espalda ante el *stock* de cocaína, morfina y opio. No me dio trabajo, para ser un ex federal.

—Es usted un monstruo —masculló Drury—. ¿Por qué no deja con vida a Alma? Ella no revelará nada. Acabe conmigo, pero perdónele a ella, Rosso.

—Imposible —adelantó el arma, con la mano tensa—. Han de morir los dos. Lo siento…

Con su mano izquierda alzó el volumen del televisor. La voz de Coleman atronó la estancia. El nuevo gobernador ignoraría siempre que iba a ser cómplice forzado de un doble crimen, ahogando las detonaciones del arma que empuñaba la misma mano que mató a su hija.

Max Drury arrojó de repente a Alma contra el suelo. Ella salió despedida, con un grito de terror. En el mismo momento disparó Raymond Rosso.

El arma detonó, y el proyectil se hincó en el brazo del sillón donde se acomodaba la joven. Ella iba a ser la primera víctima, acaso porque Rosso prefería acallar antes la siempre peligrosa garganta de una mujer aterrorizada.

Esto fue providencial. La automática expelió el cartucho vacío, y Rosso, con un juramento, se dispuso a apretar el gatillo nuevamente, esta vez sobre Max Drury.

Pero ya éste habíase incorporado de un salto, mientras Rosso efectuaba toda esa operación. Su mano izquierda esgrimió un pesado cenicero que arrojó contra Rosso. El objeto chocó con su

pistola cuando brotaba el segundo disparo. El impacto fue tan violento que el segundo proyectil silbó varias pulgadas por encima de Drury.

Después, ya era tarde para intentar nada. Max cayó sobre Rosso con toda la fuerza de su cuerpo recio, atlético, movido por unos nervios como tendones de acero y por el ansia de vida.

Rosso era fuerte. Resistió el embate. Ambos hombre; cayeron contra el televisor, que se volcó, destrozándose la pantalla de vidrio y borrando la figura de Coleman. Un chispazo brotó del aparato, y enmudeció, mientras ambos hombres forcejeaban con violencia.

Aún empuñaba Rosso el arma, dotado de una furia igual a la de Drury. Era la lucha de dos hombres por la vida. Alma había corrido al ventanal y lo abrió, comenzando a gritar con estridencia:

—¡Socorro! ¡Socorro!… ¡Un asesino! ¡Suban pronto…!

Sonaron silbatos en la calle. Los federales aún patrullaban por muchos sectores de la ciudad. Los gritos de Alma eran capaces de despertar a un ejército.

Rosso recibió un impacto de los puños de Drury en pleno rostro. Se tambaleó, y su dedo se disparó en el gatillo. La detonación vibró, quebrando la lámpara del techo la bala sin destino.

El estruendo aceleraría la llegada de refuerzos. Rosso luchó todavía por su triunfo, pero Drury era un gato salvaje. Hincó dos veces sus puños en el vientre de Rosso, haciéndole tambalear.

Le iba acosando hacia el ventanal, de donde se retiró Alma, asustada, tras el éxito de sus voces. Rosse logró asestar un directo al mentón de Max, pero éste replicó con una serie fulminante al hígado, que tornó blanca la faz contraída del asesino.

Sonaron disparos de alarma en la calle. Un coche patinó frente al edificio, chirriando sus gomas sobre el asfalto húmedo de la ciudad lluviosa. Llegaron voces, órdenes y carreras ruidosas.

Raymond Rosso supo que había llegado el fin. Tambaleóse en el mismo umbral del ventanal corredizo. Furioso, arrojó su pistola contra Drury. Aunque él la eludió, no pudo evitar que le rozase con fuerza la sien, y se tambaleó, aturdido.

En ese preciso instante, Rosso gritó su despedida:

—¡Adiós, maldito polizonte! —rugió—. ¡No me veréis en la silla eléctrica!

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, saltó de un brinco el

hueco del ventanal.

Alma chilló larga, estridentemente, mientras algo hendía el vacío. Abajo, sonó un choque sordo, escalofriante. Alma siguió chillando cuando Drury corrió a ella y la tomó entre sus brazos.

Luego, cuando rompió en sollozos y el ex detective asomó su cabeza por el hueco que condujera a Rosso a la eternidad, vio la figura rota, desarticulada, del asesino de Junction City. Inmóvil sobre el asfalto negro y brillante por la lluvia, con la gabardina arrebujada en torno a su figura atlética, ahora sin movimiento ni armonía… Los federales armados rodeaban su cuerpo vencido.

Algo más que el agua de lluvia encharcaba ya el asfalto. Algo rojo, espeso… Recordó a Jane Fisher, a Branwell, a Rhonda, a Martin Castle, a Herman Rosso… Todos estaban ya bien vengados.

Estrechó contra sí a Alma, apartándose de la ventana. Acarició sus cabellos, agitados por el aire húmedo.

—Vamos, pequeña —musitó—. Ya ha terminado todo y estamos vivos aún.

—Sí, Max…, pero ha sido horrible.

—Horrible, querida. Sin embargo, ya pasó. Eso queda atrás. No siempre los que se aman han de morir…

Ella alzó la cabeza. Su rostro bañado en llanto, miró con trémula emoción a Drury. En la puerta golpearon con fuerza. Los federales estaban allí. Pero como él dijera, ya nadie era necesario. Todo había concluido.

—Max, querido… —susurró Alma, con un hilo de voz.

—Mi pequeña Alma, ¿sabes una cosa? —Max Drury sonrió—. Creo que voy a quedarme en Junction para siempre. Pero no tendrás que ir a la cafetería. Ni a la oficina. Tal vez, ni siquiera te de tiempo a asistir a las clases del bueno de *herr* Kruger…

—Max…

—Sí, pequeña. Creo que estoy estropeándome por completo. Empiezan a gustarme el hogar, la esposa, los hijos, la paz…

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del
ISBN
aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.